

Z/ 13135: 15,755 (1926)

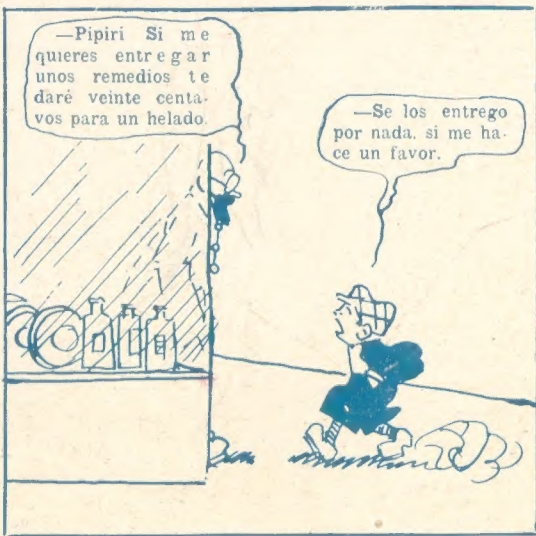
FRAY MOCHO



1492-12 Octubre-1926

Por Ramón Gálvez

N.º 755



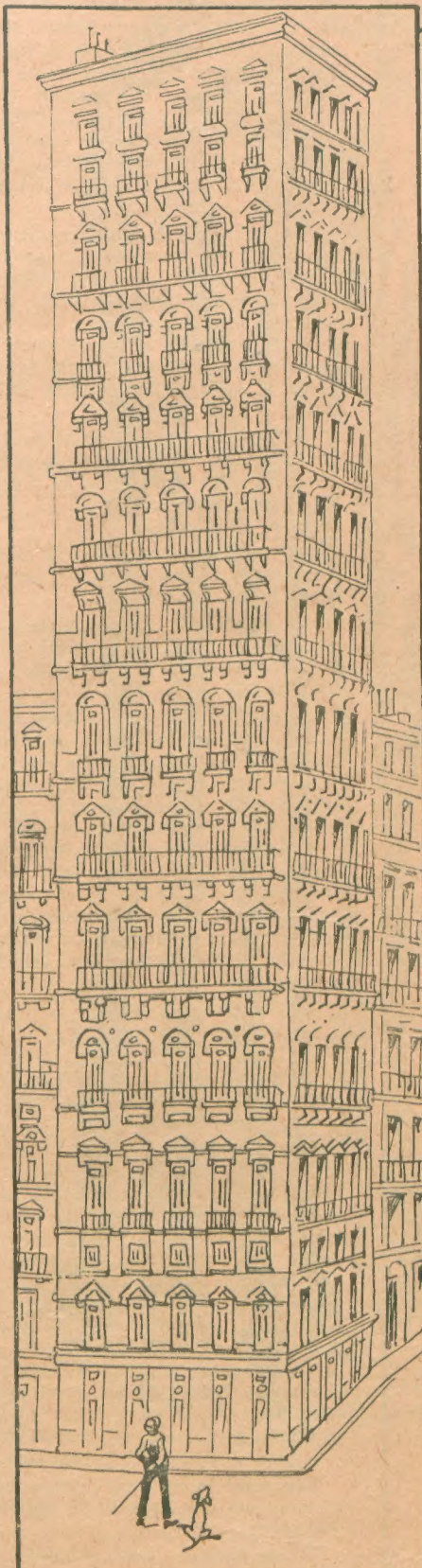
FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 12 de octubre de 1926

N.º 755

DE LA SEMANA, por Rojas



—¿Por qué dirá la gente que las casas bajan?

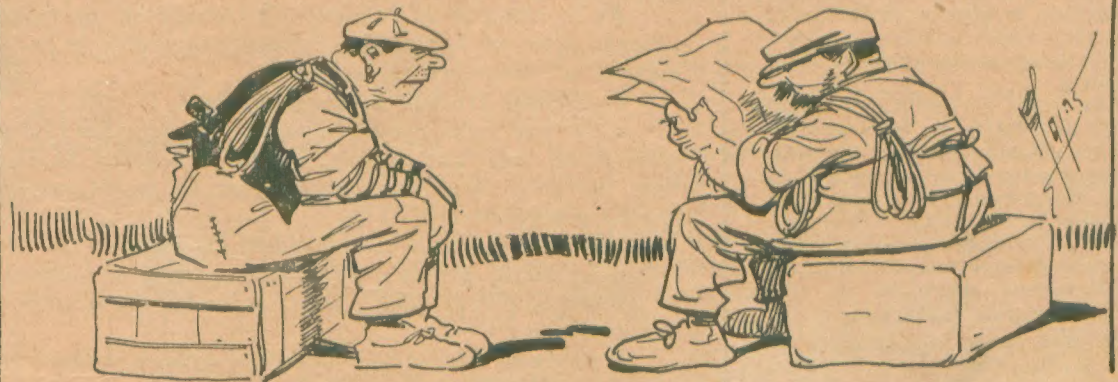


—Uno de los excursionistas argentinos que visitaron Rusia, viene encantado de los soviets. Dice que allí da gusto vivir sin ladrones. En una comida que les dieron, de buena gana hubiera robado una cucharilla como recuerdo de aquel país honrado.



—Con motivo del centenario de San Francisco de Asís, se ha hablado mucho del santo.
—Pero no me negará usted que se ha hablado más del cianuro.

—Si a la reina de Rumania le dan 25.000 dólares por que represente en un film, a Primo de Rivera deberían pagarle 50.000.
—Pero tendría que ser en una película cómica.



—El general Sun - Chuan - Fang, soberano de Kiang - Si, tomó la ciudad de Na - Chang, degollando a los na - changueses.
—¡Esa sí que es una buena changa!



CON NOVIO

Por Javier de Viana

Una ventolina de verano ensombreció súbitamente el cielo; dió cuatro o cinco embestidas, escarbando el suelo, levantando polvo, jugueteando y ágil como un cachorro; piruetó un rato, lanzó unos mordiscos y unas manotadas inofensivas a las ramazones severas de los eucaliptus, se enredó en apretada espiral; bajó, subió, tornó a bajar y tornó a subir y se fué, llevando como trofeo algunas briznas de paja del techo del galpón, escasos trozos de papel y abundantes plumas diseminadas en el patio.

De seguida, el cielo serenado se anubló ligeramente y contadas gotas de agua, unas gotas gruesas como lagrimones, empezaron a caer con estrépito sobre la tierra dura, reseca, agrietada, atormentada con las inclemencias de tres meses de pertinaz sequía. Luego, la lluvia menuda y rápida se esparció como una bendición por todo el campo.

Los dos viejos no pudieron resistir la tentación de observar de cerca, de gozar el placer de aquella lluvia tan ansiada, y salieron, yendo hasta el guardapatio, sintiendo que las gotas menuditas, rápidas y suaves, producían en sus rostros ajados y dolientes el mismo placer que en las hierbas marchitas y en el suelo árido.

Don Tiburecio aspiró con fruición el vaho deletéreo que exhala al mojarse la piel de la tierra, y doña Encarnación olvidó un instante sus tristes pensamientos y se admiró de oír brotar de sus labios una expresión de contento; de aquellos labios que, en el transcurso de cinco meses eternos, sólo habían dado paso a suspiros y quejas.

—¡Qué bendición de Dios! — había exclamado.

Y el viejo paisano, tras una transitoria alegría, echó una mirada al campo desierto, a la chacra sin alambrado y sin cultivo, meneó tristemente la cabeza, y dijo con amargo desconsuelo.

—¡Viene tarde el agua! ¿Pa qué viene ahora, si ya no tenemos ni vacas, ni ovejas, ni caballos, ni hijos para sembrar la chacra?...

—¡Oh! No digas eso, Tiburecio, no digas eso! — interrumpió la viejecita lagrimeando. — La guerra nos ha destruido todo, es cierto; y lo que es peor, nos ha llevado nuestros dos hijos; pero hay que confiar en la bondad de Dios: nuestros hijos volverán, y con tal que ellos vuelvan, bien perdido sea todo lo demás.

Don Tiburecio no respondió; y los dos viejos, en silencio, sumergidos de nuevo en la incurable tristeza de que momentáneamente les había arrancado la alegría de la lluvia, echaron a andar, mustios, con paso tardo, hacia las habitaciones de la estancia.

Las frases cariñosas y consoladoras de Micaela, no lograron disipar las sombras que cada día más, como el polvo sobre los muebles de casa abandonada, iban cubriendo aquellas pobres almas, sencillas y buenas, castigadas por la adversidad en la época indefensa del ocaso. ¡Abrumador derrumbe de una larga existencia venturosa!

Micaela, recostada a un poste del guardapatio, insensible a la lluvia, pensaba en aquella historia de una vulgaridad brutal. La fortuna y la felicidad había entrado al galope

en aquella casa. Los negocios marcharon siempre a maravilla; don Tiburecio y doña Encarnación eran dos espíritus simples. Dos seres que se querían buena y llanamente. Habían tenido ocho hijos, dos varones y seis mujeres. Micaela recordaba

Micaela, muchacha huérfana, criada en la casa, había sido testigo de seis amoríos, de seis esponsales y de seis velorios. Una tras otra, había visto partir a sus amigas, — sus hermanas casi, — pri-

ACUARELA

Junto a una alberca de aguas cristalinas, entre el áureo verdor de los chopales, hay una casa blanca. En sus umbrales picotean y escarban las gallinas.

Sangran en las ventanas clavellinas, y con sus ojos blancos y leales un lebel, entre setos y rosales, persigue el vuelo de las golondrinas.

Me detengo un instante, y mientras miro la blanca casa entre verdores presa, nostálgico de paz, en un suspiro

muy dulce y hondo, a suplicar me atrevo:
¡Señor, una casita como esa,
y dentro un viejo amor y un libro nuevo!

FRANCISCO VILLAESPESA.

las grandes fiestas, el derroche de alegría, que se habían hecho seis veces en la estancia. Una tras otra, las hijas del patrón se fueron casando; y unas tras otra, por una fatalidad inexplicable, fueron muriendo.

mero para el nido blanco del himeneo, después para la cueva negra de la eternidad.

No era envidiosa, ni era mala, pero había sufrido: linda, afectuosa, se veía envejecer, demasiado pobre para merecer cortejos serios,

El escorpión y la tortuga

A la orilla de un río llegó, jadeante y medroso, un escorpión. La cola en arco, dispuesto a clavar su dardo ponzoñoso, el animal buscaba refugio ya que no podía proseguir su marcha.

Una tortuga salía del agua en esos momentos, y al ver inquieto al escorpión, le preguntó qué le pasaba. Contóle el alacrán su pena, y la tortuga, con dolida, le ofreció pasarlo al otro lado del río para que siguiese tranquilo su jornada.

En la mitad de la corriente, la tortuga oyó un ruido extraño sobre su caparazón. Temiendo que algo le sucediese a su compañero, le preguntó:

—¿De qué procede, amigo, ese ruido?

—Lo que estás oyendo, contestó el escorpión, es el golpe de mi chuzo que pretendo hundir en tu lomo. Sé muy bien que no lo conseguiré nunca; pero no puedo, amiga, resistir a mi instinto.

Viendo la tortuga tanta maldad, replicó:

—Lo mejor que yo puedo hacer es librar al malvado de su propia perversidad y poner a los buenos al abrigo de sus ataques.

Y diciendo esto, se zambulló en el agua, y el perverso alacrán se ahogó al arrastrarlo la corriente.

demasiado digna y honesta para ser tentada por proposiciones indecorosas.

Contaba ya veintiseis años; y no había tenido nunca novio. La sabían muy seria, muy juiciosa y ninguno de los mozos del pago se atrevió a engañarla, tentando una aventura. Ella había sufrido, ¡oh sí! había sufrido mucho, serena y discretamente, y había llegado a la resignación, cuando estalló la guerra civil. Pedro y Luis, los dos hijos del patrón resolvieron ceñirse la divisa y marchar en defensa de su credo político. Luis era un muchachón de veinte años; Pedro iba en los treinta. Los dos habían sido siempre muy buenos con la huérfana, pero Pedro tuvo para ella un respeto extraño, un respeto que, en ocasiones, llegó a producirle a ella algo dulce y amargo, semejante a la visión de un imposible. ¿Ser amada ella? ¿y por el hijo del patrón?...

Sin embargo, dos días antes de partir, Pedro le comunicó su designio, le pidió que, con reserva, le preparase la maleta, y luego, tartamudeando, emocionado, — era muy tímido Pedro, — le rogó le bordase una divisa. Al recibirla, de sus manos, dijo, fija la vista en el suelo:

—Ha de volver a usted. Pediré que si me matan, se la traigan como recuerdo; y si vivo, la traire yo para decirle...

—¿Para decirme?

—Que la quiero, y que si usted me quiere... ¿me quiere por novio, Micaela?...

—¿Mi novio?... ¿mi novio? — exclamó la moza, súbitamente arrebolada como una flor de ceibo: — ¿mi novio?...

Ambos balbucearon algunas de esas frases que parecen no decir nada y dicen más que las que intentan ser explicativas. El partió; ella quedó rezando porque Dios amparase a su novio. ¡Su novio!...

Y recostada a un poste del guardapatio, evocaba sus gratos recuerdos, cuando al levantar la cabeza, vió venir un jinete. No tardó en reconocerlo, y, echando a correr hacia las habitaciones, dijo alborozada:

—¡Señora!..., ¡señor!..., ¡ahí está el niño Luis!...

—¿Y Pedro? — preguntó la madre tras las primeras efusiones.

Luis vió clavados en él, con ansiedad terrible, tres pares de ojos. Se pasó la mano por el rostro y mostró el pañuelo negro que llevaba anudado al cuello. La anciana lanzó un rugido y cayó desplomada; el viejo permaneció inmóvil, pálido, imponente, como un gran árbol muerto, los ojos sin lágrimas, la boca sin voz. El mozo, desconcertado, miró a Micaela que le interrogaba con una mirada escrutadora. Entonces él, dominado, sacó del bolsillo una divisa ensangrentada y se la entregó temblando.

—¡Sin novio! — dijo conmovido.

Ella besó la reliquia sangrienta, y, como en una especie de delirio, contestó:

—Con novio... con mi novio... con el único posible... en la eternidad!...

Y cayó fulminada.

SINTÉTICAS

EL PLACER DE LA REVANCHA

Hubo una época en que el "canard", secular institución periodística, era considerado como una modalidad exclusiva de la prensa estadounidense; pero, con el andar del tiempo, ha ido cultivándose tan esmeradamente en otras diversas partes del mundo que, por el hecho de su universalización, quedó levantado el sambenito que pesaba sobre nuestros colegas norteamericanos, para ser equitativamente repartido entre la generalidad del gremio.

Algunas veces nos tocó a los argentinos ser víctimas inocentes de disparatadas informaciones, relativas a nuestro país, publicadas en diarios de Europa; y como era muy justo que el pago se realizase en la misma moneda, es esto, precisamente, lo que ahora venimos haciendo, con todo éxito. Basta recorrer las noticias cablegráficas del exterior, publicadas por nuestra prensa, durante las últimas semanas, para comprobar que nos hemos sacado la espina, tomándonos un brillante desquite.

GIRO EN DESCUBIERTO

En Bilbao, (España), existía un establecimiento de crédito denominado Banco Vasco. A juzgar por los hechos, sus miembros dirigentes resolvieron, sin discrepancia de criterio, convertirse en los principales clientes de la institución mencionada, y en vista de su próspera situación, (la de ellos, no la del banco) decidieron suspender los pagos y cerrar las puertas de la casa.

Pero como un señor fiscal no estuviese conforme con el programa que se habían trazado los aludidos banqueros, acaba de solicitar para la cabeza dirigente de estos financistas, se le imponga una temporada de forzada reclusión a la sombra, por el término de 48 años.

Ahora bien; si consideramos los que ya tiene de edad el interesado, y que debe haber duplicado la picardía, se nos ocurre pensar que el señor fiscal al prodigarle medio siglo más, ha girado en descubierto, es decir, ha librado un cheque incobrable, pese a su buena intención.

DIFERENCIA FUNDAMENTAL

En Villa de Marino, (Italia), acaba de exhumarse con motivo de la tradicional "ottobrata", la antigua costumbre de celebrar la fiesta de la vendimia. Una de las particularidades de los mencionados festejos populares, consistió en que, durante todo el día, las fuentes públicas de dicha localidad, estuvieron arrojando vino tinto y blanco, en lugar de agua.

A Villa de Marino y Buenos Aires, los separa, indudablemente, una fundamental diferencia, pues mientras allí hay vino donde debiera existir agua, aquí se encuentra agua donde debiera haber vino.

A TODO HAY QUIEN GANE

Después de su triunfo revolucionario, los comunistas rusos se dedicaron, durante años, a la caza de hombres, olvidando la de los lobos. Ello trajo, como consecuencia, una reproducción tan enorme de dichos carnívoros, que la Ucrania, la Rusia Blanca y la Transcaucasia, se hallan actualmente invadidas por más de cien mil individuos de la mencionada especie animal. Este formidable ejército ha arrasado aldeas y hasta villas importantes, ha atacado los trenes en marcha y está devorando ganados por valor de diez millones de rublos anuales.

De nada ha servido que el gobierno soviético, con la cooperación de varias sociedades de caza, haya organizado numerosas expediciones para exterminar a los lobos, pues, según las informaciones respectivas, éstos nuevos bolcheviques están decididos a matarle el punto a sus adversarios políticos, realizando, íntegramente, todo el programa dictado por el soberano poder de sus colmillos.



Mario Bergani, después de su baño en Eldorado se detuvo para almorzar en una de las salas de "Gambrinus", evitando ir al salón central, donde tenía la seguridad de encontrarse con algunos colegas que le hubiesen obligado a conversar.

No significa esto que fuese un hombre adusto, sino, por el contrario, en el grupo de los jóvenes pintores napolitanos era uno de los que gozaban de mayores simpatías y prestigio. Pero el calor era tan intenso, que hacía penosa toda clase de fatiga.

Terminado el almuerzo, llamó al camarero, pagó, dejó una buena propina y se dispuso a salir.

La plaza Plebiscito era un verdadero horno. El sol había tomado plena posesión de ella, de la fachada del palacio de la Comandancia militar, de la Prefectura y de la columnata de San Francisco de Paula. Dos únicos personajes, Carlos y Fernando IV, montados en sus caballos de bronce, resistían impertérritos aquella lluvia de fuego.

Mario Bergani, buscó el autobús que no aparecía por ningún lado, y se resignó a esperarlo en un ángulo de la plaza, deseoso de que llegara pronto.

Mientras estaba allí apareció, a lo lejos, un punto rosado que avanzaba heroicamente por la plaza desierta. Los ojos expertos del artista, evocadores de la belleza femenina, notaron en seguida que aquel punto rosado era una elegante sombrilla al amparo de la que caminaba una dama.

Continuaba su marcha hacia él, quien, olvidando un momento el autobús, esperó que se dejase ver la heroína. Pronto se convenció de que valía la pena, pues se delineaba ya uno de esos preciosos figurines femeninos, de los que el artista prodigaba en sus telas.

Vestía un traje gris metálico vaporoso, colocado sobre una túnica de chiné color banana, en cuyo fondo se destacaban los brillantes colores de un gran ramo de flores que llevaba sobre un brazo.

En seguida se destacó el rostro perfecto y de líneas finas, aureolado por cabellos de oro, y todo iluminado por el reflejo suave de la sombrilla color rosa, que daba a los ojos y a los labios una extraordinaria viveza.

Se encontraba la deliciosa visión a pocos pasos de su observador, cuando acaeció lo imprevisto. La rubia criatura vaciló, y flores, y sombrilla se escaparon de sus manos, al mismo tiempo que sus piernas cedían. El pintor llegó apenas a tiempo de sostenerla en sus brazos.

Evidentemente, el poco galante Febo se vengaba de la imprudente criatura que se había atrevido a desafiarle.

Había cerrado los ojos y respiraba afanosamente. No había que perder tiempo. Tomándola en sus brazos Mario Bergani la condujo al saloncito del Gambrinus, de donde había salido momentos antes y la colocó sobre un diván de terciopelo, y pidió agua fresca y un cordial, al camarero que había acudido solícito.

Afortunadamente no se trataba de un caso grave. Era un pequeño desvanecimiento producido por el calor.

El artista salió en busca de las flores y la sombrilla, que habían quedado en la plaza y regresó en

Una insolación

NOVELA DE VERANO

Por Honorato Fava



La rubia criatura vaciló, y flores y sombrilla se escaparon de sus manos, al mismo tiempo que sus piernas cedían. El pintor llegó apenas a tiempo de sostenerla en sus brazos.

LA TIERRA

Yo adoro a la tierra, aspiro con deleite sus perfumes, y cuando, después de una larga sequía, la primera lluvia produce el aroma simpático y misterioso que la impregna, salgo sin paraguas a recrearme en aquel encanto, lleno de poesía, y me parece asistir al acto de la creación, cuando Dios evocaba el mundo de las plantas y lo poblaba de animales. Yo amo a la tierra y la atormento con mi pala y con mi azada, y a veces con mis manos. Ella tiene muchos misterios, muchos habitantes, muchas fisonomías para ocuparse horas y horas, como el más elocuente de los libros, como el más inspirado de los poemas. Cuando me siento en la tierra me parece viva; percibo las palpitaciones de vida que transmite por las mil y mil raíces que serpentean en su seno; y al acariciar hojas y flores, me creo cercano a Dios, y aun me figuro oír su voz, esa voz sin palabras que entienden todos los pueblos del mundo. Pienso con orgullo que esta tierra es mía, hasta el centro del globo. Ella me manifiesta sus deseos, sus necesidades y sus caprichos. Yo no puedo saber con tranquilidad que sufre la sed y el hambre, y nada me regocija tanto como verla beber por las bocas de mi regadera las perlas cristalinas que vierto en su seno. Ella aspira, sorbe esa agua que la refresca, que la satisface, que la fecunda, y que restituirá inmediatamente en sus mil hijos que esperan de ella la bebida y el alimento.

PABLO MANTEGAZZA.

seguida junto a la dama, quien más repuesta, miraba extrañada en torno suyo.

—¿Cómo se encuentra, señora?

—Bastante mejor... ¡Gracias!... ¿Qué me ha ocurrido?

—Nada grave. Una mala jugada del sol. Son cosas que ocurren. Esa plaza es un horno y usted ha abusado un poco de sus fuerzas al querer atravesarla a las dos de la tarde. Afortunadamente estaba yo cerca y pude evitar que cayera usted al suelo.

—Le agradezco mucho, señor. Discúlpeme la molestia y ya que es tan gentil, hágame traer un automóvil.

—Pero usted no puede marcharse así. Tome antes un refresco, o una taza de te... de café... Lo que desee...

—Nada, nada. No puedo permanecer aquí con usted... ¿Qué pensaría la gente?... No tengo el honor de conocerle...

Su voz temblaba ligeramente y sus miradas vagaban huyendo de las que amorosamente le dirigía el joven artista.

—Es cierto... Nos vemos ahora por primera vez... Una verdadera fortuna para mí... Pero la gente puede hasta sospechar que seamos buenos amigos, que nos hayamos conocido en otra parte...

Sacó de la cartera una tarjeta y se la entregó apresuradamente, a la joven.

—No me permito solicitar su nombre — agregó — pero siento el deber de comunicarle el mío, en la esperanza de que no le sea desconocido...

La señora lanzó una mirada a la tarjeta, arrugó la frente, e hizo un gesto de desdén.

—En efecto. No desconozco su especial predilección por el bello sexo — agregó con una singular sonrisa.

—Es una admiración espontánea, natural, hacia los encantos y la gracia... es un culto hacia la belleza femenina, que es el soplo alentador de mi arte. Y ahora que tengo la dicha de verme...

Ella lo interrumpió con un leve gesto de impaciencia.

—Ignoraba que usted se entusiasmasse tan rápidamente... ¿Es también efecto del calor? Le confieso que hubiera preferido deber a otra cualquiera persona un servicio semejante.

—No me explico por qué haya podido molestarla... He hecho lo que me pareció correcto...

—Sí, sí. No pretendo negar su gentil acto, pero ahora que sé quién es usted, debo ponerme en guardia, por que sé que su "arte" le lleva hasta traspasar los límites de la corrección.

Había pronunciado la palabra arte con una entonación de burla, que no pasó desapercibida para el pintor, quien notaba en su interlocutora una frialdad hostil, que no se explicaba.

—Le ruego me haga traer un automóvil.

Se levantaron. El la ofreció el brazo.

—Gracias; puedo caminar perfectamente ahora.

—Pero no comprendo...

—La explicación puede dársela mi amiga la condesa Varelli, a quien usted bien conoce. No le digo más y voy yo misma por el taxi.

El artista hizo acercar el vehículo solicitado, subió ella, cerró la portezuela, y Mario Bergani, todavía sorprendido por las últimas pa-

labras de la desconocida, no pensó ni aún en tomar el número del autómóvil.

Transcurrieron dos semanas durante las cuales el pintor trató en vano de descifrar el misterio del repentino cambio de su encantadora desconocida, sin llegar a resolverse a ir a ver a la condesa Varelli, para explicarle lo ocurrido y aclarar la cuestión.

Pero antes que él, la señora de la sombrilla color rosa había confiado a la aristocrática dama la aventura.

—¿Sabes, querida, lo que me pasó hace dos días?

—Cuenta, cuenta amiga mía. Algo por el estilo de lo que me ocurrió a mí el invierno pasado.

—En efecto. Figúrate que me vi obligada a salir de casa con todo el calor...

Y a continuación siguió, punto por punto, el relato del involuntario abandono en brazos del desconocido, y la tarjeta.

—Puedes imaginarte mi estupor cuando me di cuenta de que había caído en las redes del imbécil que se había atrevido a levantar los ojos hasta tí y a quien pusistes en la puerta.

—Había vivido siempre sin criada — nos contaba el sabio Pignerol, — hasta que un día se me ocurrió tomar una de veinte años, llamada Catalina.

Su debut me costó un plato de porcelana de China.

—¡Buena la ha hecho usted!

—No es nada, señor — se apresuró a contestarme; — más vale que se rompa este plato viejo que no uno nuevo.

—Catalina — me limité a decirle, — no toque usted nunca mis porcelanas antiguas.

—Está bien — me contestó; — y si el señor quiere hacer la limpieza, por mí no hay inconveniente. — No me atrevía a decirse a usted; pero esa era mi idea.

Le pareció muy bien mi resolución, y a mí no me disgustó.

Al día siguiente, al oír a Catalina que se reía sola, exclamé:

—Más vale así. La alegría es un buen remedio contra la neurastenia.

Estaba disponiendo un conejo para el almuerzo.

—Me río — me dijo — porque este conejo me recuerda lo que me ocurrió en la última casa en que serví. En vez de verter vino blanco, eché agua purgante de Javel. Si el señor hubiese visto los gestos y las contorsiones de toda aquella gente. Era para morir de risa.

Esta pequeña confesión me dejó pensativo.

Es una naturaleza sincera — me dije; — me gustan los caracteres así. Cuando hay franqueza es que hay buenas cualidades. Pero no debo olvidar que me debo a la ciencia y no a Catalina.

Carifiosamente, para no afligir a aquella cabeza de chorlito, le dije:

—Hija mía, yo no soy de esos amos que se creerían deshonrados por trabajar yo mismo en alguna cosa. Así es que he decidido encargarme de las salsas.

Se lo dije con tanta dulzura, que Catalina no se enfadó.

—¿El?

—El mismo. Recordaba bien el nombre y la profesión.

—¿Y qué hiciste?

—Tratarlo en la misma forma que tú le tratases... Por más que te confesaré que hallé en él algo de simpático...

—Pues a mí me pareció siempre de una vulgaridad exasperante.

—Pero Bergani, ¿dónde te me-

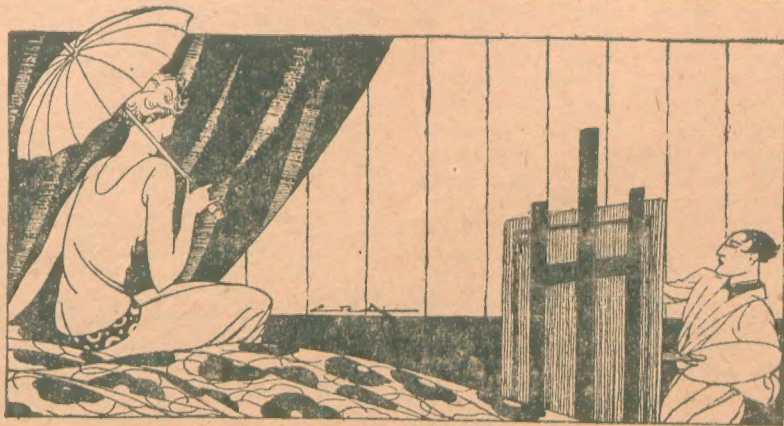
tes? ¿Estás enamorado? Hace una semana que no pareces por aquí, y no puedo encontrarte...

—Es que he tenido que hacer... ¿Qué quieres?

—Te pedí hace tiempo que me dices la dirección de un pedicuro para una señora amiga mía y no te has vuelto a acordar...

—Ya lo creo y aquí tengo su tarjeta... Tómala.

Bergani sacó la cartera y comen-



...Y lo único que consiguió fué enriquecer la propia galería de bellezas femeninas, con una deliciosa cabecita rubia...

zó a buscar sin encontrar lo que deseaba.

De pronto una horrible idea acudió a su imaginación. La desaparición de la tarjeta, la que él había entregado a la dama de la sombrilla color rosa, la mirada irónica y la frialdad de ella al leer el nombre...

Sufrió una especie de desvanecimiento y murmurando unas palabras de excusa y prometiendo traer a su amigo la tarjeta al día siguiente, se alejó pretextando una cita.

El deseo de rehabilitarse a los ojos de la desconocida, le hizo correr a casa de la condesa Varelli, a quien no conocía, pero que recibió con placer al artista y al verlo tan consternado rió mucho del incidente y prometió aclararlo.

Así las dos víctimas de aquel torrido día tuvieron ocasión de verse de nuevo... Pero nada de tierno y pasional nació del encuentro, pues el amor no nace de una circunstancia ridícula y lo único que consiguió el artista fué enriquecer la propia galería de bellezas femeninas con una deliciosa cabecita rubia que se destaca sobre el fondo de una sombrilla rosada.

UNA PERLA

Por Daubignac

EL POEMA OCULTO

Hoy he escrito en mi alma el poema indeleble por el que verteré una lágrima en la hora de mi muerte.

Lo he escrito con tinta de ensueño en lo recóndito de mi "yo", para que conserve siempre el atractivo de lo "único".

Quiero que sea mío, solamente mío, este poema, para que un día vague conmigo en las inmensidades eternas.

Muchas cosas llenan mi vida, pero este poema oculto es para mí tan grande, que está destinado a desbordar mi muerte con su esencia.

Poema de renunciamento.

Poema de sacrificio!

Hermano: si eres pobre y humilde, imita mi ejemplo, guarda el secreto del mejor poema de tu vida y te sentirás poderoso como un dios.

Si eres poderoso en la Tierra, hermano; si tienes sobre los huesos de tu cráneo el peso de una corona, llama a tus súbditos, aunque sean millones; llama a tus más valientes guerreros; llama aún a tus más hermosas mujeres y no podrás lograr la piedra fantástica de "mí" poema!

Si quieres salvarte de esa afrenta a tu poderío, escribe tu mejor poema, con tinta de ensueño, en lo más profundo de tu alma y llegarás a mi altura, sintiendo entonces la realidad de tu grandeza.

Y andarás con la frente alta, mientras tus dolores brotan como una rosa de fuego en tu poema oculto.

Y dirás, al ver la inmensidad: aquello es de Dios, pero yo tengo mi poema, el poema que jamás comuniqué, porque está compuesto de Renunciamento y de Sacrificio y debe esperar que llegue el momento en que comencemos a vagar eternamente entre las estrellas.

HORACIO MARTINEZ FERRER.

Pero Catalina no tenía una salud de hierro. Me confesó que moler el café le daba vértigos.

—¡Pobre hija! — le dije conmovido. — Yo moleré el café. Precisamente, el médico me ha recomendado que haga algún ejercicio.

Un día entró llorando en mi laboratorio.

—¡Señor, han robado en el sexto piso! Yo no quiero acostarme más en el cuarto de arriba. Me daría mucho miedo.

La expresión de terror que ofrecía el rostro de Catalina, me conmovió.

—Tranquílcese — le dije. — Desde hoy dormirá usted en mi alcoba y yo me acostaré en el sexto piso.

Un día Catalina me dijo con la ingenuidad de sus veinte años:

—¡Cómo brillan las botas del señor! ¡Qué maña seda para limpiarlas! ¡Se puede uno mirar en ellas como en un espejo!

Y me tendió sus zapatos.

—¿Por qué no me los limpia el señor? Esto lo distraerá.

Me lo dijo con una ingenuidad que no pude enfadarme.

Al terminar el mes me dijo que se marchaba de mi casa. La noticia me dejó estupefacto.

—¡Eso está muy mal hecho, Catalina!

—Estoy fatigada, señor, y necesito descanso.

—¡Dejarme en una época en que es tan difícil encontrar criada!

—Eso no le preocupe al señor. Yo le firmaré un certificado con el cual le será fácil encontrar.

Y en un papel de envolver, escribió:

"Yo, la avajo firmante, declaro que sólo tengo que halavar los vuenos y leales servicios del señor Pignerol. En fe de lo cual, firmo, Catalina".

Y el sabio concluyó:

—Es lástima. Hubiera logrado hacer algo de aquella muchacha, y luego la hubiera enseñado ortografía.



Entre la Ensenada y Punta Alta, existen diferencias capitales. La primera, ciudad de mayor tradición, como a sus espaldas habla de abolengo el fuerte colonial de Barragán, va perdiendo su rango de población "náutica", inundada por una marea humana que deposita en las márgenes de sus riachos y murallones una masa heterogénea de estivadores; gente de las islas, obreros de los frigoríficos y tripulantes de los buques mercantes, sin posibilidad de amalgama entre esos elementos con los de la marina militar.

La Ensenada se parece un poco a la Boca, con algo de Campana e Ingeniero White, de donde la armada se bate en retirada, dejando para representarla a las gentes de la Base que si no viven en La Plata, es por haberse radicado en aquella en tiempos de mayor auge.

En cambio Punta Alta, a pesar de sus lunares, está llamada a un destino más nacionalista, pues hace una vida de mayor contacto con la gente de la Escuadra, cuyos afanes y preocupaciones comprende, como ocurre en menor grado con Martín García y en cierto modo con Zárate.

Gran parte de sus comercios pertenecen a antiguos Mayordomos, Maestros de Vivieres o personal que ha servido en los buques, y los que no provienen de ella, están familiarizados con su medio, no siendo extraño oír en sus locales paralelos de los oficiales Almirantes o interesantes consideraciones sobre política naval.

Cuando la Escuadra, por abandonar el puerto, corre el albur de aprovisionarse en Madryn, — por ejemplo — el comercio representativo eleva sus quejas a los poderes públicos, y la asunción de tal o cual persona al Ministerio de Marina origina oscilaciones en la plaza, llegando a causar subas o bajas en el valor de los inmuebles!

¡Eh!... osté sabe...; parece que a este Ministro le gusta que lo Talleres trabajen, — dice un comerciante en rueda de vecinos. — ¡Eh claro! aunque no pague un poquito más, la plata quedano en casa ¿sabe? y no se la damo a cuento inglés que ne tiene la Marvinia o eso americano que ne quieren chupar la sangre...

A veces la gente de tropa de los buques arma algún escandaleta con menoscabo de la autoridad civil y los jefes para calmar los ánimos mandan, como medida previa, a los francos por agua a Bahía Blanca. Entonces el comercio minorista está de parte de los hombres de cuello azul y se oyen apreciaciones como ésta:

—¡Eh! ¡qué tanto barullo y macana! totale do herido e cuatro botellas!... No vale propio la pena de avisar a la Zona! ¡Son cosa de mochocho!... Había que vere la que se armábamo en tiempo del Almirante Cordero!...

En otras oportunidades el jefe de la Escuadra toma medidas más conciliadoras, haciendo desembarcar diariamente del buque de guardia una patrulla armada, al mando de un oficial, para que recorra sus calles, y todo queda en paz.

No hace mucho penetré en una casa de lotería en busca de un billete, y el español que me atendió mantuvo conmigo el siguiente diálogo:

—¿Cómo está usted, señor teniente? ¿es que aún no lo han ascendido a usted? Porque vamos,

LUCES DE PUERTO...

Por el Teniente H. Dosserres

¡que ya debe de estar usted requetecumplido!

Y como yo, creyéndome en presencia de un antiguo servidor le preguntara en qué buque habíamos estado juntos, me contestó:

—Como estar en buque alguno, con usted señor teniente, no lo he estado nunca; pero ¡vamos! que le conozco a usted por el cabo Pinocho, que le recuerda a usted desde que era guardia-marina! Ahora, estar a bordo realmente lo he estado, pero en el "Temerario" ¿comprende usted? de modo que algo entiendo de marina; pero descuide usted, señor teniente, que en cuanto pueda meto un hijo en la marina, que es mi gran afición.

—¿Tiene muchos hijos? le pregunto, pensando en que si son pocos, la pobre madre, que en ese momento va a entrar al salón, lo puede pasar muy preocupada.

va dar un recomendación par conseguir un bec a mi hijit y después voy ver si el seor Fulán qu'está en Administratif me ayud un poco para emplear a mi hij.

—¿En la marina también, Souza?

—Quién saz seor Teniet; pues usted sab que con la fusión dos cuerps, os furriels and'espacio. Yo quisier mejor un banc y si lo consig, el seor qu'stá en Contaduri Prinspal me va dar la fian.

—Bueno, adiós — le digo para zafar; — y que se la den pronto.

El siempre cumplido responde:

—Adiós y gras, seor Tenient. Que se cas pront y le den cas en la zon, pero si quier vivir en Punt Alt yo tein sempr un cas con bañ par quilar o seor Tenient!

Punta Alta odia a esos buenos gameleros de los buques que ha-

Sol del domingo

Sol del domingo... Sé bueno siempre para los niños y para los viejos. Eres el que hace reír las casas y los árboles como en un brillo inusitado; el que saca a los huérfanos de sus habitáculos, en largas filas, a ver la ciudad, a respirar la salud de los jardines y los campos. Sé suave y de oro puro para ellos; y para las viudas tristes y para los niños pobres. Sé propicio para los solitarios que piensan, a orillas de los lagos, junto a los cisnes, en cosas melancólicas. Tú eres el hermoso sol, el sol del día del Señor, tú estás guardado en el gran joyero que el Príncipe de las cosas tiene en su empireo, y no sales sino una vez por semana, cuando ella nace, a vivir su existencia de seis días, y para que salgas a lucir en el puro azul, el Padre sagrado te confió al orfebre más entendido de su reino de arriba: ese te limpia, te pule, te bruñe como a escudo de oro, y te lanza al espacio a que resplandezcas, sol del domingo... sol del domingo...

RUBEN DARIO.

Mi interlocutor me responde:

—Bueno, como tener hijos, he de serle a usted franco ¡no tengo ninguno! Pero Dios mediante ¿comprende usted señor teniente? los tendré y entonces allá con todos ellos...

Después entra en división un expensero portugués, que me saluda ceremoniosamente como él cree que le corresponde a quien ha acompañado al Banco a muchos contadores.

—¿Qué tal amigo Souza, siempre joven y perfumado, eh?

—Muy bien seor Teniet, ¿y la seor?

—¿Qué señora, Souza? ¡si yo no soy casado! — le digo para despistar.

—¡Ah, disculp, seor Teniet!... Es que en os grands navios todos seors tenients son casados. ¿Y su famil seor Teniet?

—Muy bien; ¿y la suya?

—Muy bien, gras, seor Teniet. Ahora el seor Jef d'Arsenal me

cen sus compras en Bahía Blanca o en Buenos Aires.

—Eh!... nosotros hace treintacinco año que vivimo con la marina ¿sabe señor Teniet? — exclama el dueño del almacén "Del estopor abierto". — Pero osté que e razonable, señor Teniente, dígame un poco si también nosotros no tenemos derecho a adelantá! Yo he conocido al Quefe de Batería, de Guardia-marina y al Quefe de la Base, mismo como osté, e mandaba la "Bermeco" mandaba!... Y osté sabe, todo asciéndon e ahora, por ejemplo, que el Regimiento hace pagá un peso de gamela por día a los oficiales y dos a los Comandantes, tenemos que aumentá un poco aunque nosotros! Además este año tengo de meter un hico en la marina ¿sabe? Mi muquer me dice ca espere... ca espere... que pueda ser que al Quefe de Asunto Cevile lo nombren Segundo de la Escuela de Mecánica y entonces podamo pretendé un poco más; pero yo no espero...

Francamente al mochocho le gusta... Eh si no le gusta, osté sabe que yo mando en casa, y lo meto lo mimo!... ¡Eh claro! esperando que le venga la gana se le pasa la edá ¿sabe?...

—Y dígame — le pregunto — por qué nos manda queso tan malo, si el que aquí veo me parece bueno?...

—¡Eh si!... yo lo curo señor Teniente que le mando dal mismo que el Quefe de Tallere! Lo compramo cuando estuvo el "Roma", lo compramo; pero osté sabe, a vece eso gallegue mayordome ne meten la proa y le ponen propio da la despesa... ¡Siguro siño Teniente!...

—Y vino del que nos vendió antes de salir a viaje, ¿tiene?

—¡Ah! Dal bueno estamo esperando ¿sabe de cuándo lo teniamo? ¡De ante del viaje del "Rivadavia" a Chile! ¿Se acuerda señor Teniente? Yo francamente también creía que el buque no iba a llegá a tiempo, ¡pero llegó! Ah, yo siempre digo: si nosotros tuviéramo má buque, ya iba a ver cuánta pata ancha haciamo nel continente! ¡Eh, la marina e necesaria señor Teniente! E dígame un poco, siño Teniente: ¿es cierto que a Fulano le van a dar un buen puesto dal Ministerio? Yo siempre decía que totale una aboyadita al costado no tiene importancia, e como é propio un furbo tenía de andar arriba... Además es compadre mío, e nosotros lo queremos mucho ¿sabe? Pensare, que el bruto de su ahicado que está en el Ferrocarril no ha querido entrá a la Escuela da Aviación! Osté se da cuenta señor Teniente, con la aviación y con un padrino como ese a dónde habría llegado? E una lástima que ande apurado, señor Teniente; si no yo le iba a decir una fórmula que tengo para dársela a un diputado nel día que tengamo representación nacional en el Congreso: cuatro exploradores y do crucero por cada buque corazado ¿y osté sabe cuánto corazado? Ahora se lo digo insiguída: dos corazados por cada uno de lo que téngano todo lo vecino cunto, más de tres de cada clase para tenerlo siempre en reparación nel Puerto Militar. ¡Eh, la seguridad e la seguridad, señor Teniente!

Punta Alta es la ciudad marinera por excelencia de la república, y la tercera de la costa en orden comercial. Le preceden en orden de importancia, Bahía Blanca y Mar del Plata, porque Necochea no alcanza a abrirse paso al mar a través de su barra, y desde La Plata al norte hay sólo ciudades fluviales.

Carmen de Patagones, Madryn, Comodoro Rivadavia y Gallegos, son también poblaciones de mar, es cierto, pero sin ambiente marino todavía — aunque la primera tiene para nosotros blasones heroicos. — Nuestra gente palpa eso, sin dificultad, y mantiene para Punta Alta el rango que le corresponde, y así como los oficiales esperan con ansiedad su licencia para trasladarse a Buenos Aires, ellos esperan el permiso de un mes que le corresponde a la renovación de sus contratos, para pasarlo en "Punta".

Es claro, allí todo está hecho a su gusto y usanza.

La población, además de amplios cafés, tiene buenos biógrafos donde se pasan con frecuencia cintas con argumentos de marina.

En un biógrafo de lujo vi en Buenos Aires, no hace mucho, una buena adaptación de "La Batalla" de Farrère, pero los episodios más culminantes pasaban desapercibidos para el público, con gran indignación de mi parte. Si nosotros llegáramos a batirnos en el mar —pensaba— nuestro pueblo no sabría jamás cómo mueren sus hijos, como ignorarán siempre la historia de nuestras campañas navales del pasado.

Los espectadores, no apreciaban nada de lo que veían y cuando por casualidad conocían algo de las cosas de a bordo no sabían darle su verdadero nombre, lo que me llenaba de desesperación. En determinado momento no pudiendo contenerme más, expliqué en voz alta y con autoridad el significado de determinados pasajes de la obra y mis vecinos, después de haber dicho en voz baja "debe ser un marino", se callaron la boca hasta el extremo de no comentar ni las leyendas de la cinta, lo que evidenciaba su tímida ignorancia.

Recien empecé a sentirme a gusto, cuando avisé a un camarada, con quien nos solidarizábamos cambiando senales de aprobación e inteligencia.

En cambio, en "La Marina" de Punta Alta, todos habrían "pescado" lo que veían, y si el operador pretendiera impresionar a los espectadores moviendo la superficie del mar — como el mozo que atiende las mesas inclina la bandeja para marcar presuroso manteniendo el equilibrio de su contenido, el público grueso que conoce su oficio gritaría:

"¡Leeh!... ¡tongo! ¡que role como Dios manda! ¡Que se mojen como nosotros si quieren enseñar lo que es el mar! ¡A enganar a tierra adentro!

¡Allí sí que se puede saborear una cinta de a bordo y seguir al dedillo todos sus detalles! Con la sanción de ellos yo estaría seguro de ver una buena película.

Cuando se trata del "Pathé Journal" la gente no se sorprende, gritando a veces a coro:

"Nueva York. ¡Manyá la 5.ª avenida! Nosotros fondeamos en 76".

Al verlo al rey Alfonso, la gente aplaude entusiasmada y lo encuentra parecido.

Hay muchos entendidos en cuestiones de marina en Punta Alta, aunque en el comercio predominan en razón del número los italianos.

Antes de salir a viaje tuve que entrar en una fiambrería, que tiene acorazados pintados sobre los quesos, y cuyo dueño usa en invierno un abrigo intermediario entre el capote y sobretodo. En definitiva, una cosa en líneas de la otra.

Apenas me ve, le dice a su consorte, refiriéndose a la máquina de cortar fiambre.

—¡Roosa! A ver si virás un poco el cabrestante para filar unos grilletitos de cudeguín al señor Teniente.

Y luego, dirigiéndose a su hija, que en la puerta presencia el des-

file de la gente de la marina que se vuela por las calles, agrega:

—E a ver osté, señorita namorada de la cretona e del saco naval, si lecha uno pantallaso al comedor y ne deja caer do copita de chiente para que el ancla haga cabeza.

Después me informa:

—El día de la entrega de lo premio ne la escuela que mantenemo lo vecino con la marina, un galleque medio pensadore estaba calentando la cabeza a esto mochacho, que le gusta la papa pelada, diciéndole que aquí lo que hacían falta eran biblioteca para obrero y que necesitábamo otra clase de escuela per cada soldado. Entonce yo le paré la arrancada y le dique adelante de todo lo que en ese momento salían: "osté se aguanta un po-

tatré, pero algo se pierde sempre como en lo manipuleo del carbón. Después de ventenueve año al lado de la marina, todo sabemo donde ne aprieta el zapato, señor Teniente, porque nosotros — agregó sonriendo — como decía un Ingueniero da la Escuela da Inglaterra, estamo por prescripcione médica al lado del mar con un ancla fondeada dal estómago e si la lévano se morimo todo!

—¡Bueno! — le digo — ¿y a qué hora nos manda las compras?

—Ah, ¡eso e moco de cebadera! Total con el carrito vamo del destacamento, después pasamo por lo chalé para que preparéno lo pedido, al Centro Naval, a la Contaduría Principal. E! una tres hora... porque osté comprende, una pala-

los tamariscos desde donde se ven en las noches de rada las luces del puerto.

Cuando estemos a lo largo de las baterías, próximos al través de Arroyo Pareja, la gente del transporte que nos lleva correrá a echar las defensas al costado para que el remolcador que trae el viejo práctico de todas las entradas y salidas de nuestros buques, salte a bordo por una escala de gatos.

Vendrá con diarios, que todos querrán leer conjuntamente, pero yo escucharé las novedades que él nos traiga verbalmente y no me separaré hasta que en la última de nuestras preguntas nos conteste:

—Además me nació otro hijo... Es el clima, señor Comandante. — Y dirigiéndose al timonel le diga: "Levantando timón; proa a la 11 hora".

Cuando Punta Alta celebra las festividades patrias o cualquier otro acto de importancia, sus vecinos más respetables y sus comerciantes más antiguos se sientan al lado de los Almirantes.

De cuando en cuando ese puesto de honor recae en un ex servidor, que se ha elevado por su trabajo honrado. Entonces, claro está, la foja de servicios de aquéllos salen a relucir una vez más al regreso a sus casas.

Los chicos de sus escuelas presenciaban la jura de la bandera de nuestros conscriptos y cantas a veces con ellos el Himno Nacional. En nuestro hospital naval se atiende, cuando es necesario, a sus pobladores; en los altares de la capilla del pueblo, uno de nuestros capellanes oficia misa diariamente, y en los días de tristeza y luto para la gente de los buques, ellos acompañan a los caídos que yacen para siempre al lado de sus propios deudos.

Si alguien quisiera escribir la historia del progreso de la marina, que se radique en Punta Alta. Entonces sabrá además quién fué el Almirante llamado a mandar la escuadra cuando los temores de guerra con Chile; cómo apareció en Punta Arenas la división que llevó al Presidente Roca a la histórica entrevista de los jefes de Estado; cuáles fueron las causas del relevo de tal o cual Almirante; quiénes nuestros más hábiles maniobristas o los más brillantes organizadores.

De igual manera sabrán en qué actividades han sido dedicados sus hombres y qué servicios importantes han prestado al país, en distintos puestos civiles, porque ellos al igual que las ciudades de la costa, irradian sus luces sobre el mar...

Como muchos conocen el sud, por haber navegado en nuestros buques o tratado nuestra gente, aprecian lo que esas regiones deben a la Escuadra y la historia de su desarrollo. En ellas quedan también muchos ciudadanos honorarios de futuras Punta Altas de los que el "Almirante" en Madryn — por citar el más próximo — es un miembro representativo, y cuando en todo el extenso litoral atlántico haya muchos como él, la marina se habrá encarnado en el alma nacional.

BANCO MUNICIPAL DE PRESTAMOS

A V I S O

Se hace saber al público que la
AGENCIA "A"

TRASLADADA A
TUCUMAN, 885

Funciona todos los días hábiles, inclusive sábados, de 11 a 22 horas.

P A G A :

Hasta 5 % de interés, en caja de ahorros y 6 % a un año de plazo.

co señor de uñas avanzadas, porque osté e un iforante que no conoce la marina e se ne quiere hacer el Monte de Oca. Sepa que sólo dentro de cada Cabo de la Armada hay un maestro profesional y otro da analfabeto e anque alguno con patente de especializacione!" El Quefe de la Comandancia que pasaba, me dico despacio: "gringo, cállate que vas a meter la pata"; pero yo sabía que me lo decía da modesto y me pegué otra zambullida a fondo. E todavía tengo de decí más; que esto maestro cóbrano todo puntualmente a fin de mes y si quiere le puedo mostrar cuarentasete libreta al día.

—Osté sabe, señor Teniente, que veramente tengo entre toda sesan-

brita acá, otra allá e una miradita al blanco de 9 por 33 para ver cómo se han portado lo Artillero este año, se viene tarde, siño Teniente. ¿Le parece bien para después del zafaranchio dincendio, siño Teniente?

Al emprender el regreso a la zona se encuentran siempre personas conocidas que lo saludan al paso, llevando la mano al sombrero. Si está vestido con ropa civil el agente de la zona que tiene ancla en el casco le toma a uno el nombre y el apellido.

Yo siento añoranzas de esas cosas después de un año de ausencia y ardo en deseos de ver el barroso color de esas aguas y los bajos médanos de la costa, contenidos por

Iba con la mirada vaga, apagada, perdida en los vastos campos, que cruzaba como un autómata. Una arruga tenaz, profundísima, le surcaba la frente.

En su traje parduzco notábase un desaliño grande, y sólo la barba encuadrada, muy negra, resaltaba sobre la blancura de la camisa de lino.

De vez en vez, su mano se levantaba en señal de amenaza.

—¿Por qué me dicen loco? ¡Si los locos son ellos!... — murmuraba con mueca despectiva.

Hacia algunos años que el pobre Ramón vagaba por el pequeño pueblo natal, separado de todos, ahuyentado como perro rabioso del que se teme el contagio. Él, en tiempos, había tenido una buena hacienda, que administraba con buen acierto, aumentándola cada año.

Al terminar su carrera de maestro, recogió el título con la buena suerte de la concesión de la escuela de su pueblo, entonces vacante. Y, ¡quién lo pensara!

Aseguraban los que le conocieron desde niño, que era una gran cabeza, con mucho dentro, muchos estudios y gran saber. Largas noches pasaba sobre los libros, que hacía venir frecuentemente, cada vez más abultados y de mayor tamaño.

—Va a volverse loco — solían decir los más viejos, que gozaban de autoridad en el pueblo; ese afán de meterse tantas hojas en la cabeza y no hablar con nadie... — y no terminaban la frase por esa falta de expresión tan extendida en los aldeanos.

Enseñaba a los chicos con verdadero desvelo, a fin de hacer de los más despabilados hombres que pudieran más tarde buscarse un porvenir, mundo adelante.

Y surgió de sus anhelos la ingratitud.

Reprochósele la forma autoritaria, perseverante y concienzuda de su labor.

—¡Habrás visto el orgulloso!... ¡Se le metió el maestrazgo en la sesera y cree por eso que va a martirizar a nuestros hijos!

Sólo Adrián le comprendía y sabía agradecerle aquella lucha de honradez enfrente de la ignorancia de aquellos rufianes. También Lina compartía con el hermano sus mismos sentires.

¡Pero eran tan pobres y tan solos!

¿Cómo iban a luchar con aquellos convecinos del lugar que poseían, el que más, el que menos, prados, agros y grandes encuadrados de maizales?... Nada tenían los huérfanos; vivían de su trabajo honrado. Adrián labraba los campos, transportaba las sellas del agua, hacía largas caminatas a pie, descalzo, por los senderos, como recadero. La hermanita, menor que él, flexible, delicada, era a ratos niñera, lavaba en los regatos, que corrían cristalinos, montones de ropa, llevada en cestos piramidales, y sus manecitas, a fuerza de estrujar, se deshacían en grietas.

Ramón, el maestro había mirado siempre por ellos. Desde muy niños, cuando la pérdida del padre, le interesó la suerte de los dos muchachos. Ella, tan blanca, tan rubia, con una sonrisa de resignación siempre en los labios.

—Os vendréis para mi casa — les había dicho un día el maestro. — Adrián podrá asistir así a las clases, y tú, Catalina, ayudarás a

EL "MAGISTER"

Por Margarita Astray Reguera

Eduvigis; ya la pobre va teniendo sus años, y justo es que descanse. En el comienzo, todo fué bien; las lenguas no se desataron, porque ninguna se atrevió a ser la primera en clavar su aguijón venenoso en la honra de Catalina.

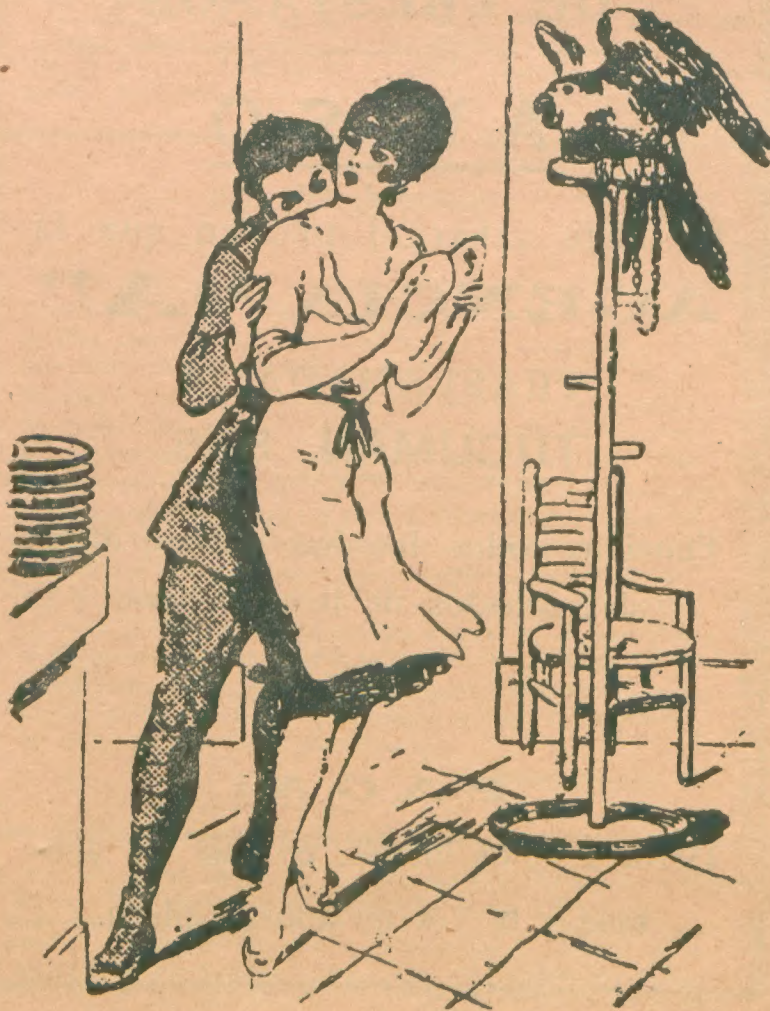
Pero la envidia pudo más, comenzó su obra de destrucción, solapada, prudentemente, con el tacto de quien sabe propalar la calumnia, que el pueblo en masa recogió.

Por algún tiempo, la muchacha vivió ignorando la desgracia que la perseguía. Una tarde, la tía Eduvigis se atrevió a refunfuñar entre dientes:

che entera, formó su decisión: marcharse al siguiente día. No les diría una palabra y sufriría sola en el silencio, confortada por su honradez sin mancha.

Con su hatillo debajo del brazo se presentó en la sala de la escuela dos horas antes de la clase. Allí estaba el maestro — bien ajeno a las habladurías, — entregado a sus libros, en la palma de una mano apoyada la frente y atusándose la barba negra y rizada con la punta de los dedos.

Catalina entró de puntillas, sin atreverse a hacer ruido. Temía molestar; no quería causarle el me-



ELLA.—Estáte quieto y no seas imprudente; mira que el loro lo charla todo luego...

EL LORO.—¡Yo quiero una cotorra ahora mismo!...

—Ya se ve que te amarga mucho el trabajo. ¡Claro, desde que el señor maestro te mira con tan buenos ojos!... Tienen razón los que dicen que estás hecha una señorita...

Una oleada de sangre cubrió las mejillas de la muchacha.

—¿Eso dicen? ¡Canallas!

—Sí, ponte moños, a ver si vas a decir ahora que es mentira...

¿Para qué saber más? Huiría, se refugiaría en la capital para ganarse la vida. ¿Quién le daría trabajo en la aldea?

Después de llorar mucho, la no-

nor daño. ¡Era el maestro tan bueno! Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Eres tú, pequeña? — dijo él con acento cariñoso. — ¿Qué te trae tan de mañana?

—Es que...

—¿Lloras, Lina? Dime en seguida por qué lloras.

La muchacha estalló en un profundo sollozo.

—Es que me marchó, señor Ramón...

El suspiró:

—Como todos, tú también te alejas...

Y ahora vivía solo, sin hogar: la desgracia le perseguía constantemente, y aun hizo el postrer esfuerzo. Después de haberse visto destituido del cargo, anunció su propósito de dar clases gratuitas a los chicos.

Nadie acudió. Se temía al loco como todos le llamaban.

Al divisarle los chicos, desde lejos, en los senderos del lugar, echaban a correr, gritando:

—¡Que viene el loco!

La vida, sin llegar a declararse la miseria, había, sin embargo, cambiado mucho. Vendió poco a poco las fincas mayores, y sólo le quedaron, entre otras, la casita heredada de los padres.

Allí se reclinaba la mayor parte del tiempo entre sus libros, esperanzado, alentado, con la alegría de descubrir cada día mayores bellezas, a medida que su cerebro ahondaba en el estudio. Salía de noche, paseaba hasta la tarde entre los pinos, pensando alto, hilvanando el hilo de oro de sus recuerdos, o se paraba en la actitud de quietud de un niño curioso que escuchaba el canto de un grillo. Llegaba hasta él el murmullo suave y acompasado del río, al chocar contra las piedrecitas de la orilla.

Muy entrada el alba, volvía a la casita pequeña y lo encontraba todo en orden, pues el fiel Adrián cuidaba de ello. Las aves de corral, al verle, todo lo contrario de los muchachos de la aldea, corrían a su encuentro, le saludaban pomposamente, levantando las alas y abriendo el pico, que castañeteaba en graznidos de una amalgama casi grata.

Así vivía, abandonado, aquel hombre bueno, recto de espíritu, y cuyo corazón sólo había albergado un amor único: el bien a la Humanidad, el anhelo de hacer la luz en aquellos cerebros oscuros.

Ramón había envejecido en un período de años muy corto; la espalda había encorvado; la barba, encanecida, le daba un aspecto de vejez prematura, que desmentía el fulgor de sus ojos vivaces, llenos de vida y con un tesoro de juventud encerrado en un alma sana.

—Cuando me muera — solía decir a Adrián, — lo poco que queda ya sabes que es para ti, y si alguna vez vuelve Lina, no la abandones.

Y el muchacho, ante estas dos ideas, se limpiaba una lágrima con el dorso de la mano...

Más de una vez, el señor cura y el médico de la aldea habían hecho expreso el viaje a la ciudad para visitar al alcalde. La verdad, según su conciencia, era más que expuesto el que Ramón continuara allí. Asustaba, según manifestaciones del vecindario, a los chicos, que pretendía pervertir con sus ideas y arrebatos de loco.

—Nada; esta vez se lo prometo solemnemente; se le traerá y lo entregaremos al gobernador, a fin de ver dónde se le debe recluir.

A oídos de Adrián había llegado esta decisión, que todo el vecindario alababa.

El pobre muchacho pasó aquella noche sin dormir, dando vueltas, preguntándose cómo debía prevenir a su amo.

Pero él también lo había oído aquella misma noche al encaminarse a los pinares, y no volvió.

Unos días más tarde, el río lo había devuelto a la orilla...



LA CULPABLE

Por A. Hernández Catá

A las siete de la mañana todos los invitados estaban a bordo, y el patrón, luego de desatracar la barca con un remo, mandó cargar las velas. Poco a poco las lonas se hincharon y el torbellino de espuma que nacía en la proa, partiéndose a lo largo de ambas bandas en dos grecas crujientes, fué a formar detrás de la embarcación un camino. Los muelles, los malecones, las montañas doradas por el sol, las boyas pintadas de rojo, iban quedándose detrás, y de súbito, al tomar la vuelta del Morro, el mar apareció vasto y tranquilo, turbado solamente de raro en raro por los triángulos diminutos de las velas, que parecían llamas.

—¿Se va a marear la señorita?— preguntó el patrón.

La señorita recogió las dos gasas flotantes de su sombrero y mostró orgullosa su rostro, sin responder.

No, no se mareaba; ninguna de las gracias de su semblante habían perdido vida, sus grandes ojos negros estaban ávidos de reflejar todos los horizontes a la vez. Aquella era su primera salida después de casada y había que mostrar entereza. Asistía a la pesca por testarudez, para no separarse de su Emilio, y había opuesto a toda razón, para disuadirla, esa resistencia disfrazada de resignación, que es la mejor arma de las mujeres.

Cuando ya los murmullos de la ciudad se extinguieron, y lejos de la costa, un gran silencio envolvió la barca, preguntó, afectando serenidad:

—¿Y es verdad que es tan peligrosa la pesca de agujas?

—Vaya señorita. Cuando se levanta grande, así, y viene derecho para la barca con su espolón, hay que tenderse en seguida y pensar en Dios, por si acaso. Al hermano de un compadre mío, en Nipe, le cayó una; partió en dos quedó... Pero es pesca que rinde, eso sí.

—Si no pica ninguna tendremos que pescar tiburones — dijo el patrón.

—¡Ay qué miedo!

Todos los hombres sonrieron. Y el marido de Luisa creyó necesario disculparse:

—Yo le dije que no debía venir; que esta excursión era sólo para hombres; pero ella...

Raúl Villa, el organizador de la pesca, concluyó:

—Luisa no ha querido separarse de usted; mi mujer, a los tres meses de casada, hacía lo mismo... Y volviéndose hacia los otros:

—Parece que vamos a tener terrenal: sopla aire caliente.

La barca era grande, y además del patrón y marinero — un negro de risa feroz — iban cuatro: Raúl Villa, un oficial de marina, Emilio Granda y su mujer. El oficial maniobraba los foques y el patrón la vela mayor; de tiempo en tiempo Raúl iba a ver si las cuerdas de los anzuelos se mantenían flojas, y el negro guisaba en el fondo de la barca la sopa de pescado que lo había hecho famoso en el puerto; sólo Luisa y Emilio permanecían inactivos, mirando al mar y la playa distante.

El viento se había hecho más rápido; la barca marchaba muy inclinada, rozando casi el mar por estribor. Dos veces había hundido Luisa una mano por el gusto de sentir el agua chocar y romperse contra su carne. Al intentarlo otra vez, dijo el patrón:

—No saque usted la mano, señorita, más vale.

—Le quieren meter miedo, Luisa.

—Ya sabe usted que to pué ser, don Raúl; más de tres casos se han visto.

Alzándose del fondo de la barca el negro, dijo, extendiendo hacia la ciudad uno de sus brazos:

No crea la niña que el patrón va mal. Allá en mares de España no hay pescaos tan bravos. Hace unos años tropezaron ahí a la entrada dos barcos, y del que se hundió, que era de guerra, ni quedó ni uno vivo... Los tiburones se dieron el gran banquete. El mar estaba colorao de sangre.

La idea del peligro había puesto en todas las facciones de Luisa el incentivo de la violencia, y los

los instintos de hombres de mar y empezaron a emularse con historias y hazañas unidas por el odio común a los tiburones. Raúl confesaba que al verlos de cerca lo transformaba un furor casi ciego; uno a uno se arrebataban las anécdotas de la boca y Luisa los oía apasionadamente. Sentado en su rollo de cuerdas, Emilio rebuscaba en vano, con despecho, alguna aventura heroica que contar.

El oficial, que se había levantado a tantear los anzuelos, exclamó:

—¡Ya ha picado uno!... ¡Cómo tira!

Arriaron las velas y la barca quedó abandonada al tenue vaivén del mar. Sin apartarse de su hornillo, el negro preguntó:

—¿Es aguja, maestro?

La nostalgia del incógnito

¿No sentís, al pasar por la vida, la ausencia de algo muy nuestro que no encontráis? ¿No os parece que, en vuestras jornadas por el mundo, buscáis algo cuyo nombre y calidad ignoráis, pero que os pertenece? ¿No soñáis este incógnito? ¿No amáis este incógnito? ¿No esperáis este incógnito? Vuestra fe o vuestro escepticismo, ¿no giran alrededor de este incógnito? ¿No es éste el mayor dolor de vivir? Vivir, y vivir como entreviendo lo que se ama, y se espera, y se anhela, y morir sin descubrir el incógnito. Un gran día fué anunciado; os habéis prometido la felicidad; el día llega, y esperáis ansioso, seguís sediento. Amáis a una mujer, anheláis sus ojos; el día llega, esperáis ansioso, seguís sediento. Amáis a una mujer, anheláis sus ojos; el día llega, y seguís ansioso, y seguís sediento. ¿Qué esperáis? El incógnito. Y este mal tiene gran remedio en vosotros. El incógnito habita en vosotros, sólo que está muy adentro, muy adentro, y vos camináis hacia fuera: así sentís tanta nostalgia.

Nuestras vidas tienen un gran fondo de verdad. El que más se aproxima a ese fondo se hace más humano y se hace grande, y el que se aparta se hace pequeño, se hace plebeyo. Nuestras vidas van todas a parar al gran mar, llámese Nada, llámese Eternidad, y tener conciencia de esto es ayudar la corriente y caminar en verdad. Los que pretenden quedar en el mundo, ¡cómo desmerecen a vuestros ojos!

V. GARCIA MARTI.

hombres no apartaban de ella los ojos, separándolos rápidamente cuando Emilio miraba.

Como preguntase al negro si era verdad que los tiburones para hacer presa tenían que retroceder y volverse, de modo que su mandíbula saliente quedara hacia abajo, el negro, después de hacer chasquear la lengua, respondió:

—Pamplinas, niña; el tiburón come aunque sea de lazo.

A un gesto de Raúl el negro volvió a su cocina, y al poco rato un vaho oloroso halagó los estómagos. Aunque todos querían rehuir la conversación para no amedrentarla, Luisa insistía en sus preguntas de tal modo, que en el patrón, en el oficial y en Raúl se despertaron

—¡Qué! Es uno de esos condeños... Echele cabo, teniente, pa cansarlo un poco.

Por turno, todos fueron a tocar la cuerpa que estaba tensa y hacía marchar suavemente la barca.

De pronto Raúl Villa gritó:

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! Subid los otros anzuelos por si acaso.

A los diez o doce metros por la proa, el tiburón se vislumbraba ya sujeto al extremo del cable, y en torno de él, siluetas veloces que se iban acercando, precisando. La resistencia debía ser enorme, porque el oficial y el patrón, dedicados a rescatar la cuerda tuvieron que pedir ayuda.

Ya el cautivo estaba sujeto a la borda, y el patrón, inclinándose con un hacha en la diestra, le desarticuló las mandíbulas con sendos tajos; una de las fauces se desgajó dejando ver siete hileras de dientes. Luisa seguía con el alma en la vista la escena.

Al terminar, el patrón volvió a mirarla, como dedicándole lo que acababa de hacer; entonces Raúl cogió un hierro de verja y sujetándose de una de las cuerdas del palo mayor, para poder avanzar el cuerpo fuera de la borda, hundió la punta lanceolada varias veces en la cabeza del tiburón, que aun aleteaba con furia.

De un vigoroso esfuerzo el oficial lo izó hasta la altura de la borda; todavía el cuerpo formidable se debatía un momento, y antes de que quedara inmóvil, uno de los tiburones más grandes, de una sola dentellada le arrancó un pedazo cerca de la cola; los otros se lanzaron también; acometían desde lejos, certeramente; llegaban, las enormes cabezas se abrían, y al retirarse, un fragmento semicircular desaparecía del cuerpo del cautivo.

—Son los tigres del mar — dijo Emilio. — ¡Pobre del que cayera aquí!

Luisa se sujetaba convulsivamente a la cuerda, hasta hacerse daño en las manos. El negro, que había cogido el hacha para despedazar al tiburón, prendió con el azuelo un trozo de carne y lo echó a cubierta.

De repente, como si aun después de separada del cuerpo persistiese en ella un instinto de exterminio, la masa de carne comenzó a agitarse, a saltar, a golpear furiosamente una y otra banda. Y hubo un momento de pánico.

Los gritos de Luisa, en vez de turbar más a los hombres, fueron como un clarín; todos se abalanzaron a proa, pero, al llegar, ya sobre la carne palpitante había caído el cuerpo sudoroso del negro, que volviéndose hacia Luisa le mostró, antes de echarla al mar, la masa que se contorsionaba todavía bajo sus brazos hinchados por el esfuerzo.

¿Qué pasó entonces? ¿Se dio ella cuenta de la sonrisa con que había premiado la hazaña? ¿Por qué la voz de Raúl se tornó turbia al ordenar al negro que se ocupara de la cocina únicamente?

Raúl aseguró un nuevo anzuelo bien cebado fuera de la borda; el patrón cogió el hacha y el oficial cargó rápido su revólver, y otra vez Raúl, con un pie en la mura y sujeto con la izquierda en los cordajes, proyectó el cuerpo fuera de la barca para poder herir perpendicularmente con el hierro.

Los tiburones acudieron en grupo; llegaban, se soliviantaban para alcanzar la presa, y un tajo, una bala o la lanza acerada y airada los recibían.

A cada ataque los hombres volvíanse a mirar a Luisa, y aunque ella decía: "No, no..., basta ya", algo en su cara revelaba el orgullo de recibir aquel homenaje primitivo de peligro y de fuerza.

Dos veces Emilio quiso tomar parte, pero lo rechazaron; el negro, empujándose junto a su fogón, se encogía de hombros y dejaba ver su sonrisa ancha y reluciente...

Era un frenesí, una cosa a la vez estúpida y trágica. Cada uno contaba en alta voz sus víctimas;

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Van cuatro con éste!

Raúl se quedó a la zaga y su brazo, que comenzó a blandir el hierro en golpes numerosos, se recogió de súbito concentrando fuerza para asestar sólo golpes ciertos; y al herir otra vez, el hierro se le fué de la mano para clavarse casi hasta el fin en la cabeza de un tiburón. Inmóvil en su sitio, sintiendo la rabia de la impotencia subirle a la garganta, vió que el tiburón, en lugar de morir, volvía a la carga; el pedazo de hierro que le asomaba sobre la cabeza, se le antojaba a Raúl una ironía, una burla. ¡Y no tenía otra arma!

El oficial quiso rematarlo de un tiro; pero él, descompuesto, le gritó:

—¡Ese es mío!... ¡Que nadie lo toque!

Y cuando lo tuvo cerca, inclinándose más, alzó el pie para golpear el hierro y, clavándose del todo, rematarlo al fin... El tiburón, más rápido, esquivó el golpe, y el pie, falto de resistencia, entró en el agua.

Un alarido de muerte rasgó la calma luminosa del día. Sin el socorro del patrón y del oficial, el cuerpo se habría desplomado; cuando ya, entre todos, le tendieron sobre una de las bancadas, Raúl estaba sin conocimiento; le faltaba el pie derecho y casi media pierna; se veía el hueso triturado; la sangre manaba a borbotones, esponjándose en la madera de cubierta.

El negro propuso quemarle el muñón con una brasa, pero los demás no accedieron; los pañuelos con que trataban de estancar la sangre se empapaban en seguida, y fué preciso envolver la pierna en una lona, que fué poco a poco enrojeciendo, hasta ponerse negra.

Estaban muy lejos de la costa y el aire había calmado; el patrón y el oficial cogieron los remos, y muy lentamente la barca se fué acercando a tierra. El regreso duró más de una hora.

De tiempo en tiempo, los remeros se volvían furtivamente para ver si el cuerpo exánime, a proa, alentaba aún.

El negro no se había ofrecido a remar, y ya muy cerca del muelle, Luisa observó con repugnancia que estaba comiendo sopa y que había hurtado una botella del cesto de las provisiones.

Desembarcaron. En la Capitanía del Puerto, después de declarar, Luisa tomó un coche hacia su casa, mientras los hombres, en la misma ambulancia pedida por teléfono, fueron al hospital donde debían amputar la pierna a Raúl.

Al llegar a su casa Luisa sintió apetito, pero indignada contra sí misma por sentir aquella necesidad física, se acostó en seguida sin comer nada.

Hubiera querido dormir, olvidar; mas las horas pasaban huecas, largas, sin poder lograr sueño ni olvido; una idea cruel se insinuaba en su mente y en vano procuraba desecharla...

La luz fué menguando en las junturas de las ventanas y llegó la noche. Luisa sentía al mismo tiempo ansiedad y temor de que Emilio volviera.

Al fin oyó abrir la puerta y pasos en la alcoba contigua; era él; sin saber por qué, tuvo miedo y cerró los ojos. La angustia la hacía estar con los ojos muy abiertos en la sombra. Pasó un gran rato;

una campana sonó.

De repente, como si Emilio hubiera tenido la certeza de que ella lo acechaba, le dijo en voz baja y colérica, con un tono opaco, que Luisa no le había oído nunca:

—Si tú no hubieras ido, todos hubieran sido prudentes. ¡Has sido tú con tus gritos, con tu cara..., con aquella manera de sonreír!

Ella hubiera querido protestar, eximirse, pero no era contra su marido, sino contra su propia conciencia,

contra quien necesitaba hallar razones. La misma impureza de orgullo que sentía al ver concentrada por Emilio la idea que había ya halagado y torturado su mente, le probaba que era culpable. Entonces quiso saber de una vez la magnitud de su culpa, y balbució:

—¿Y han tenido que cortarle la pierna?

—Ha muerto.

Una llama de remordimiento la



Los esposos deben ayudarse mutuamente

Canción romántica al amor imposible

En un cofre de sándalo he guardado tus cartas
y sobre ellas me he puesto tristemente a pensar...
Son ellas mi tesoro, son ellas como sartas
de perlas engarzadas por un mago lunar.

En ellas me decías que pudiste quererme,
que cien noches eternas le rogaste al Señor
por ese ensueño mío, que se desploma inerte
como al paso del viento se desploma una flor.

¡Oh, tus cartas, tus cartas! Cuando un sobre violeta
en mi mano coloca la virtud del azar,
te evoco, y tu dulzura me torna más poeta
y en brazos del recuerdo me detengo a soñar...

Y la carne doliente del corazón, es pulpa
de dolor y martirio, de ternura en el mal;
si otros te hicieron daño, ¡yo no tengo la culpa!
Si alguien te hirió en la frente, ¡yo no fui su puñal!

Mi delito es el dulce delito del añoro,
de adorar tus pupilas, de arrobarme en tu voz,
de hacer con tus cabellos una cuerda de oro
para escalar con ella los dominios de Dios!

Qué dulce es este sueño bajo el cual desvarío:
¡latir dos corazones en el mismo compás!
Mas, el sueño es el sueño... ¡Ni tu amor será mío,
ni el mío será tuyo para siempre jamás!...

En un cofre de sándalo he guardado tus cartas
y mi lírica estancia se empezó a perfumar.
Hoy las amo, mañana... ¿No serán como sartas
de perlas olvidadas en el fondo del mar?...

EDUARDO MARIA DE OCAMPO

Banquete a los gordos de París

Como se sabe, para pertenecer a ese club hay que pesar más de 100 kilogramos. El más joven de los comensales tiene diez y seis años y pesa 110 kilos. El presidente del club, M. Suty, pesa 180.

El banquete fué muy alegre y de muchos platos, bien colmados, que los comensales comieron con gran apetito, no escatimando de paso los vinos y los licores.

Se compuso de varias sopas, diversas clases de pescados, pollos, carnes asadas, cocidas y fritas; huevo, legumbres, frutas, quesos, dulces y helados. Duró más de tres horas y media.

A los postres, el presidente pronunció un discurso, que fué acogido con grandes ovaciones.

Dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

“Dicen por ahí que somos unas pobres víctimas de la obesidad, y nada menos cierto. Gozamos de una salud perfecta. Nuestras digestiones son excelentes, y nuestros sueños, profundos y tranquilos.

“Todos somos buenos, porque si no lo fuéramos estaríamos flacos. Poseemos un carácter amable y condescendiente, y consideramos la vida como un espectáculo pintoresco.

“Si todo el mundo estuviera gordo no habría guerras ni crímenes. Para estar gordo, normalmente gordo, como nosotros estamos, hay que vivir cómodamente, sin preocupaciones ni disgustos.

“Los flacos, que aparentan desdénarnos, en realidad, nos envidian. Al ver nuestras caras redondas, nuestras formas opulentas y nuestros colores sanos, piensan que somos felices y no se equivocan.

“No creáis a esos médicos que os dicen que la gordura es una enfermedad grave. Yo, que soy el más gordo de todos vosotros, a pesar de mis 180 kilos nunca estoy enfermo, y todavía puedo permitirme el alarde de tomar el autobús o el tranvía en plena marcha.

“Compañeros: La obesidad es el don de las conciencias puras. Seamos gordos y limpios de corazón”.

Terminado el banquete, los sesenta gordos se dedicaron a bailar al son de un piano y, por último, se fueron a un campo de football, donde, divididos en varios equipos, se pasaron la tarde haciendo tantos.

Armas Orientales

Una de las armas más curiosas de todas las que en tiempos remotos usaron los chinos y japoneses fué una especie de lanza llamada *plantan*, de forma curiosísima.

La hoja de esa lanza era ondulada y puntiaguda, y casi en el arranque de la hoja tenía otra hoja transversal, también ondulada y puntiaguda, formando entre las dos una especie de cruz invertida.

Un hombre honrado

Por Henri Jousset

Ayer tuve una de las mayores sorpresas de mi vida al ver en la calle al bueno de Maucuit. Aun no hacía una semana que le había visto vestido, embutido miserablemente en un colosal y raído gabán de algún amigo gigante, y dedicado a dar sablazos o a buscar colillas; y ahora me lo encuentro en el bulevar, ataviado con elegancia, con un habano en la boca, cubierta la cabeza con un sombrero de copa y las manos calzadas con guantes claros.

Maucuit no me dió tiempo para apreciar todos los detalles de su indumento, pues se dirigió precipitadamente hacia mí con la sonrisa en los labios.

—Buenas tardes, querido — me dijo.

Aquel "querido" familiar en boca de un sujeto que me asediaba a sablazos, no pudo por menos de producirme una impresión, que Maucuit advirtió.

—Veo — me dijo — que le ha chocado a usted mi transformación. De seguro que está usted pensando al verme tan elegante, que debo de haber asesinado a alguien, ¿verdad?

—Hombre, tanto como eso...

—¿Que no? Estoy seguro de ello... Amigo mío, se puede ser honrado aunque se haya sido mendigo en otro tiempo.

—¿Aunque se haya sido? ¿Según eso, habrá hecho usted fortuna y se retira de los negocios?

—Quizá crea usted que todo lo que le voy a contar es pura mentira. Pues nada más cierto. Si hoy día puedo disponer de unos cuantos francos lo debo únicamente a la casualidad.

—¿Cómo a la casualidad? — pregunté.

—Sí: a la casualidad y a la honradez... Hace precisamente un año y tres días me retiraba una noche a mi domicilio, situado allá en Grenelle, bajo el puente, por más señas, cuando al llegar a la avenida de Alejandro III llamó mi atención un objeto que había junto a la acera. Era una cartera de piel de Rusia, que contenía varios papeles y diez mil francos en billetes de Banco.

—¿Qué hizo usted de ese dinero?

—Lo que hubiera hecho cualquiera en mi lugar; cualquiera persona decente, se entiende. Obedeciendo los dictados de mi conciencia, llevé la cartera a la Comisaría del barrio.

—¡Eso le honra a usted, amigo mío!

—Lo mismo me dijo el sujeto que me recibió en la Comisaría, cuando le expuse el objeto de mi visita. Después de felicitarme calurosamente, elogiando lo que él llamaba un acto de honradez, me preguntó cuáles eran mis medios de subsistencia. Yo le declaré mis dos profesiones de mendigo y de recolector de puntas de tabaco. Me miró despreciativamente, pero yo no me di por entendido. Después de haber entregado la cartera en depósito y de haberle dado las señas de un amigo en cuya casa — se-

gún convenio establecido entre los dos hacía tiempo — vivía yo legalmente, salí con la cabeza muy alta de la Comisaría. El comisario me acompañó hasta la puerta, me felicitó otra vez — para él era yo un hombre de bien, puesto que tenía domicilio — y me notificó que si al cabo de un año no hubiese parecido el dueño de la cartera, ésta me pertenecería a mí, con los diez mil francos que contenía.

—Ahora comprendo lo ocurrido: nadie se ha presentado a reclamarla, y los diez mil francos le pertenecen.

—Casi está usted en lo cierto, y digo casi porque se presentó un sujeto reclamando la cartera; pero no se le admitió la reclamación. Sostenía el reclamante que al perder la cartera ésta guardaba diez billetes de mil francos, una cédula de elector a su nombre y un cupón para adquirir gratuitamente un pote pomada para hacer crecer el pelo. Pues bien; juró y perjuró que decía la verdad, pero pudo dar gracias a Dios de que no lo metiesen en chirona por tentativa de estafa. La cartera que yo había entregado contenía nueve billetes de mil francos y dos de quinientos, y además de esta suma, sólo algunos billetes del tranvía y tres o cuatro prospectos de restaurantes baratos.

—¡Ah!

—Así, pues, al cabo de un año se me hizo entrega de la cartera como a su único y verdadero dueño. Ahí verá usted cómo y de qué manera en la actualidad soy capitalista.

—Pues, me alegro muchísimo — le dije. — Ahí tiene usted la recompensa de una buena acción. Y ahora permítame que estreche esa mano.

Maucuit hizo un gesto de desdén y exclamó:

—¡Bah! No hay nada más fácil que ser honrado cuando uno es vivo. Si yo no hubiera sido un hombre de talento no hubiese entrado antes de ir a la Comisaría, a un café que aún estaba abierto y no hubiese cambiado allí uno de los billetes de a mil por dos de quinientos, no hubiese sacado después de la cartera la cédula electoral y el cupón para el pote de pomada, reemplazándolo por los billetes del tranvía y los prospectos de los restaurantes, y que me parta un rayo si mi buena acción me hubiera reportado más de cinco miserables francos.

Y añadió, al ver mi sorpresa:

—En este mundo hay que saber ser honrado.

Vida social

—Señora, tengo el honor de solicitar la mano de su hija, con quien deseo casarme.

—¿Qué descaro! ¡Pretender que yo le dé mi hija!

—Pero, señora; ¿acaso prefiere usted prestármela?

EL HORNERO

Cuando el hornero vió venir al hombre con sus herramientas, limpiar el terreno, hacer excavaciones, lo saludó con su voz simple y buena:

—Buen día, hermano, vamos a trabajar?...

—Es verdad, contestó el hombre.

El pájaro arquitecto se buscó una horqueta en un tronco propicio y también inició su fábrica.

Acarreó su barro, sus pastitos secos y, satisfecho de su obra, cantaba:

Finalizó su labor y lamentaba no poder ayudar al hombre, que lidiaba con las piedras, con los ladrillos, con los tirantes pesados.

A la aurora lo recordaba con su canto. A la oración le gritaba:

—Bueno, hermano, basta.

El obrero suspendía su tarea y sentábase ensimismado, suspirando, sin encontrar placer en la vista del campo, lleno de paz, del cielo cuajado de estrellas.

El pájaro reflexionaba:

—El hombre no está alegre... Por qué?... Ya vendrá la compensación cuando traiga su familia, en la que debe pensar ahora.

La casa se levantó fuerte y graciosa. Reían sus paredes claras, sus ventanitas verdes, su techo rojo.

—Si yo no supiese construir mi palacio confortable, te envidiaría, lo elogiaba el hornero.

Por el camino se vió una nube de tierra; se sintió el rumor de un carro aproximándose.

Venía la familia del hombre...

El hornero les dió la bienvenida en su algarabía, con sus gritos repiqueteantes como el martillo del herrero cantando sobre el yunque.

Pero, sorprendido de no ver jubiloso al obrero, y mirándole irse, le interrogó:

—Oh, y ahora que te hiciste tu casa te vas?

—¡Mi casa!, se dolió el trabajador: ¡Yo no tengo casa!

—La casa es para los otros... yo soy pobre... Para vivir en ella, cuando nos dejan, debemos hacer otras casas.

—No la hacías para tí, entonces?... Sin embargo te he visto trabajar con amor como en cosa propia.

¡Eres un héroe!

El hombre no sintió las últimas frases. Se alejaba encorvado, a prisa, a llevar pan para sus hijos... a continuar levantando casas... para los otros.

MONTIEL BALLESTEROS.

SABE QUE...

Si al mecer las azules campanillas
De tu balcón,
Crees que suspirando pasa el viento
Murmurador,
Sabe que, oculto entre las verdes hojas,
Suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas
Vago rumor,
Crees que por tu nombre te ha llamado
Lejana voz,
Sabe que, entre las sombras que te cercan,
Te llamo yo.

Si se turba medroso en alta noche
Tu corazón,
Al sentir en tus labios un aliento
Abrasador,
Sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
Respiro yo.

G. A. BECQUER.



Poetas uruguayos

Mario Castellanos



El poeta tiene la preocupación metafísica de la muerte. Por regla general, esta preocupación se presenta ilógicamente en los temperamentos más vigorosos, más fuertes, mientras que huye de los débiles y aún mismo de los que se saben en la orilla de esta playa dorada... Producto, sin duda, de la paz entre el espíritu y la vida, esta preocupación, en lugar de amenguar la impresión de pujanza, de

virilidad que nos produce "Selva Sonora", la afirma y la realza.

Castellanos tiene el don precioso de la emotividad; pocos versos me han conmovido tanto como los suyos. "Selva sonora" no es el libro de quien se halla indeciso ante los mil caminos de la vida. El poeta no ha perdido el tiempo en contemplar los distintos panoramas, con ánimo de analizarlos fríamente para elegir el más libre de riesgos. Embriagado por el recio vino de su juventud, se lanzó hacia el primero que descubrió su instinto ávido de senderos largos; tuvo la divina osadía, la audacia sublime de no calcular su vida futura. Y una vez en la ruta elegida con los ojos cerrados, se sacó la venda, de frente al sol, de cara al porvenir oscuro, desconocido, inimaginable...

Y fué conociendo la vida como quien va abriéndose una senda a golpe de cuchillo por entre malezas ególatras. Pero no sintió deseos de volver para poder elegir. Supo la alegría de ir bebiendo en los cálices generosos y la amargura de no sentirse comprendido en sus viajes al reino donde las almas se diluyen en el azul de los espacios infinitos; pero siempre tuvo: en su alegría, la gota de hiel que purifica, y en su angustia, el ímpetu de rebeldía, salvador de toda contingencia. De ahí la conformidad que trasunta su obra, conformidad con la vida, con el corazón, con los astros que le dieron el atroz inefable regalo de un alma sensitiva, sufriendo el torturador anhelo de cantar a todos los átomos del Universo, con la polifonía inagotable de un dios Poeta.

ALICIA PORRO FREIRE.

Montevideo, Septiembre del 26.

BLASON

Nací para luchar. Mi temple rudo
en el recio combate se ha forjado
y tengo el corazón acrisolado
por incesante batallar sañudo!

Nunca lo vil amilanarme pudo.
La insidia oscura o el decir malvado
jamás pudieron, en su afán menguado,
apenumbrar los timbres de mi escudo!

El Dolor multiplica mi energía,
que pule su diamante en la porfía...
La Adversidad mi espíritu no arredra!

Y el pampero invernal de los pesares
ha de asaltar, en vano, los sillares
de mi sereno pórtico de piedra!...

HACIA LA CUMBRE...

Sonó el minuto de emprender el viaje
hacia la azul región ambicionada...
(El etéreo país donde florecen
los sueños tristes, las quimeras áureas...
los pálidos miosotys del lirismo
y las perpetuas ansias!...)

Tenía ya dispuestas,
prontas al vuelo mis pujantes alas...
Era mi psiquis mariposa de oro,
fulgente y pura como ideal crisálida...

"¡Sígueme!" te grité, con entusiasmo,
con fervorosa, juvenil confianza...
"¡Sígueme!... sin temor... que, al fin
[del viaje,
ungida te hallarás: ¡llena de gracia!..."

Tú, al principio seguiste la ígnea huella
de mis vibrantes alas...
en el espacio transparente y lúcido
que de extraños rumores se poblaba...

Mas te faltaron fe... o acaso fuerzas
para llegar hasta la cima ansiada...
O, quizá, te faltó la intensa y honda
vocación por lo azul... que llena mi alma!
No fué mía la culpa...
sí, en la ascensión, quedaste rezagada!

Pródiga en sugeriones y en estímulos,
—como una fuerte y generosa hermana—
fué, para tí, la mariposa inquieta...
¡que una florida cumbre te indicaba!...

Ella siguió su vuelo... Y se halló sola,
en mitad de su lírica jornada!

¿Sola? ¡No!... ¡Temblorosa de supremas
infinitas nostalgias...
otra divina mariposa de oro
a su lado volaba,
en pleno viaje hacia el azul... en busca
de su gemela astral!... Y en la sagrada
región donde no imperan los mezquinos

intereses prosaicos... donde el alma
se agita libre, alegre, ágil y pura...
¡comulgaron las hostias consagradas
por el Ensueño... y, en el áureo vaso
de la Luz... el Falerno de la Gracia!
Y siguieron su viaje siempre unidas...
¡seguras del destino de sus alas!

No fué mía la culpa...
si en la ascensión quedaste rezagada...
y si otra excelsa mariposa lírica
en mis triunfales vuelos me acompaña!

VER SIN MIRAR

Ver sin mirar... oír sin escuchar...
me suele acontecer.
(En tranvía; en tertulias; al pasear...
y aun mismo en el hogar,
que guarda los tesoros del Querer...)
Sonámbulo, camino, sin cesar,
por los riscos y atajos del vivir.
Las líneas del paisaje sub-lunar
y el hervor del humano colmenar...
los llevo a percibir
sin mirar ni escuchar!...

¡Sólo ansío y procuro contemplar
mi paisaje interior!...
¡Sólo atiendo el rumor
de mi psíquico hirviente colmenar!...

MARIO CASTELLANOS.

Del Egipto legendario

L A S M O M I A S

Los egipcios quisieron conceder a sus muertos la felicidad futura del Ka, y como ésta dependía únicamente de la conservación del cadáver, pues si desaparecía éste el alma se encontraba sin apoyo y sus tormentos eran horrendos, de aquí que desde los tiempos primitivos los egipcios procurasen encontrar los medios conducentes a la conservación de los cadáveres.

La palabra momia deriva directamente del árabe *mumia*, betún. Esta palabra se encuentra en el griego bizantino y en el latín unos mil años antes de Jesucristo, y se sabe que "el nombre *mumia* se da al betún empleado en las tumbas egipcias".

No es fácil precisar si el arte de embalsamar es originario de los egipcios primitivos o fué introducido por los invasores. En estelas pertenecientes a los tiempos de la segunda dinastía (unos 4.000 años antes de Jesucristo) se ven varias figuras e inscripciones que solicitan del dios de la Muerte que el difunto pueda aprovechar los alimentos funerarios. En las inscripciones hay varias plegarias que demuestran que las creencias religiosas y la esperanza en una vida futura se habían desarrollado ya entre los egipcios y que éstos tuvieron desde la más remota antigüedad los conocimientos necesarios para momificar sus cadáveres, cuya vida ultraterrena sólo puede realizarse en forma de momia, que permite conservar el cuerpo en forma determinada.

A los cadáveres se les quitaban las vísceras, lavando las cavidades con líquidos aromáticos, y después se llenaban de mirra y otras sustancias aromáticas en polvo. Objeto de especiales cuidados era el cuerpo de un rico. Con unas pinzas pequeñas se les extraía el cerebro por la nariz, y las entrañas, haciéndoles incisiones laterales. Lavaban y afeitaban después el cuerpo y lo sometían a la acción de sales que desecaban sus músculos y partes carnosas.

La cabeza se llenaba hasta la mitad con bálsamo; algunas veces se reemplazaban los ojos naturales por otros de esmalte y se doraba totalmente la cabeza. Para dar al vientre su prominencia habitual, se llenaba de hierbas secas o algodón mezclados con bálsamo.

Las momias se sepultaban en sarcófagos o tumbas que, generalmente, tenían la forma del cadáver. Se las envolvía en gran cantidad de fajas y vendas, y a veces se encontraban estas momias por centenares.

Infinidad de piedras preciosas, objetos de oro, pendientes, anillos, etc., etc., adornan las momias de los personajes importantes.

Los cabellos eran en los hombres, cortos o formando rizados, y en las mujeres, largos y bien peinados. Las momias están tan impregnadas de las materias aromáticas con las que se les preparó, que tienen color amarillo oscuro, rojizo, pardo o negro.

Las características de las momias egipcias son diferentes, según las diversas épocas. Las momias correspondientes a la dinastía II son sencillas, presentan un color quebradizo, los miembros del cuerpo están raras veces envueltos y en el dedo meñique de la mano izquierda levantan casi siempre un anillo en forma de escarabajo.

Los de la 12 dinastía son negras y su piel muy seca, y en ellas los escarabajos y amuletos son abundantes.

Las de las dinastías 13 a 17 están mal confeccionadas y se destruyen fácilmente. Las de las dinastías 18 a 21 son negras y secas; la cavidad del pecho aparece llena de amuletos, y en la región del corazón se halla una piedra verde en forma de escarabajo, en la cual está escrito el capítulo XXX del Libro de los Muertos.

Desde esta dinastía las momias se colocan entre una especie de cartones finos, y en su superficie se pintan adornos referentes a motivos religiosos de ultratumba. Llega el apogeo y esplendor en el adorno de momias en los tiempos que corren entre la 26 dinastía y la conquista de Alejandro.

La cara de las momias estaba cubierta con una máscara pintada de brillantes colores; el cartón muy apretado al cuerpo, y los pies, protegidos por una funda. Encima de

la momia se colocaban los idolillos y amuletos, y con el cadáver se enterraban muchos de los objetos usados en vida.

En tiempos de los Tolomeos, las momias eran negras, pesadas, formando el betún, junto con las bandadas, una masa compacta que necesitaba cortarse a golpes de hacha.

Las momias egipcias son curiosísimas para el arqueólogo por la serie de motivos de decoración y adorno que en ellas encuentra, lo mismo en las de personas que en las de animales, pues los egipcios momificaban a cuantos de éstos creían merecedores de ese honor.

La riqueza de las tumbas egipcias era fantástica, y como la momia iba acompañada de objetos de uso particular del difunto, cuando se hace una excavación asombra el número de objetos que se encuentran y la riqueza de los mismos.

“**mamá...**”

LAS sirvientas, las compras, los “muchachos”, las visitas. ¡Tantísimas cosas, Dios Santo, tantísimas cosas a que atender! Naturalmente hay días en que la pobre “mamá” se irrita, se pone nerviosa y acaba con un tremendo dolor de cabeza y un espantoso cansancio “en todo el cuerpo”. Con qué ansiedad acude entonces a la

CAFIASPIRINA

Dos tabletas, un vaso de agua, y ya está otra vez “mamá” tan sana, tan risueña y tan activa como siempre.

Y para los “chicos” cuando están con dolor de muelas o de oído; para “papá” cuando ha trabajado mucho; para “abuelita” cuando está con su “reumatismo”, para toda la familia, en fin, **CAFIASPIRINA** significa alivio, bienestar y alegría.

Ideal también para las neuralgias; las jaquecas; las consecuencias del excesivo trabajo mental, los abusos alcohólicos y las trasnochadas.

No afecta el corazón ni los riñones.



¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el Sobre “CAFIASPIRINA” de dos.

EVARISTO CARRIEGO

El verdadero poeta del suburbio

Mañana se cumplirá el décimocuarto aniversario de la muerte de Evaristo Carriego.

Hoy, que la música popular ha decaído tanto, queremos trazar unas líneas sin pretensiones, sinceras, como homenaje al recuerdo de aquel verdadero y único poeta del suburbio. Porque eso fué Evaristo Carriego; un fotógrafo, un pintor del dolor humano en sus más pobres manifestaciones. El, como Cristo, hizo suyo el sufrimiento de los que le rodearon en ese escenario de miseria, desde el cual "sentía" cómo se le iba la vida, poco a poco, y él la despedía cantando, cantando siempre.

Era el poeta de los conventillos, de los barrios apartados, el buzo que descendía hasta el alma de las cosas más pequeñas, seguro de encontrar en ellas la poesía del dolor. Para todas las actitudes amargas que le mostraba la vida, había en sus versos una palabra de perdón, de esperanza, que venía a sus labios por el camino del corazón. Y fueron sencillos sus versos, como fué sencilla su vida, sin complicaciones inútiles que a nada conducían. Porque él no tuvo necesidad de retorcer el lenguaje para ofrecernos sus maravillosas pinceladas del suburbio. Evaristo Carriego, como verdadero poeta, tenía la virtud de mostrarnos un drama en cuatro líneas:

*"Así anda la pobre desde la fecha
en que, tan bruscamente, como es sabido,
aquel mozo que fuera su prometido
la abandonó con toda la ropa hecha".*

El, hubiera sentido vergüenza de colocar entre sus cuidadas estrofas una de esas palabras que las niñas — algunas, — con disfraz de delicadas, pronuncian sin ruborizarse cuando entonan el tango de moda.

Con una brevedad no igualada por cuantos quisieron imitarle, fotografiaba, con armonía y belleza, lo que, al pasar, contemplaron con tristeza los ojos de su alma:

*"Ha tosido de nuevo. El hermanito
que a veces en la pieza se distrae
jugando, sin hablarle, se ha quedado
de pronto serio, como si pensase..."*

Evaristo Carriego no buscaba el dolor en sus personajes, era el dolor de ellos que salía al encuentro del poeta. Y él, con lágrimas en los ojos, con tristeza, y a veces, hasta con rabia, escribía:

*"Dejó de castigarle, por fin cansado
de repetir el diario brutal ultraje
que habrá de contar luego, felicitado,
en la rueda insolente del compadraje".*

Luego, en una forma muy suya, nos muestra su desprecio por las palabras que llenan las letras de los tangos, esas palabras absurdas, raras, (pronunciadas hoy de atrás hacia adelante, en una forma tal que está gritando el analfabetismo de quien las usa:)

*"Y se alejó escupiendo, rudo, insultante
los vocablos más torpes del caló hediondo
que como una asquerosa náusea, incesante
vomita la cloaca del bajo fondo".*

Cuando quiere pintar a esa muchacha que estaba en la taberna, tras el mostrador, lo hace con una sola frase, con cuatro palabras:

"Azucena regada con ajeno..."

A veces hay, oculta, la nota humorística. Pero su humorismo es un poco triste, propio de quien conoce a fondo los resortes que gobiernan a los hombres y a las mujeres. Sí, hace humorismo cuando su poesía: "El guapo", la dedica...:

"A la memoria de San Juan Moreira, muy devotamente".

Pero, una de sus mejores poesías será siempre "Los perros del barrio":

*"Tal vez ellos mismos, en noches aciagas
son los milagrosos geniales artistas,
de bíblicas lenguas, que curan las llagas
de anónimos Cristos, sin evangelistas..."*

Después, más adelante:

*"De noche, consuelan la angustia infinita
de las incurables que en los conventillos
dulcemente lloran a la Margarita
que muere en las teclas de los organillos".*

Y también para "La Viejecita", tiene su recurso este muchacho bueno:

*"Sobre la acera, que el sol escalda
doblado el cuerpo—la cruz obliga—
lomo imposible, que es una espalda
desprecio y sobra de la fatiga,
pasa la vieja, la inconsolable
la que es, apenas, un desperdicio,
del infortunio, la lamentable
carne cansada de sacrificio..."*

Luego, con melancolía, canta la vuelta del organillo callejero, del viejo organillo que no se resigna a desaparecer, y que pasea por las calles del suburbio llamando a las mujeres, a los niños, a los viejos, a los que empiezan a vivir y a los que han vivido mucho:

*"Has vuelto organillo. En la acera
hay risas. Has vuelto llorón y cansado
como antes..."*
El ciego te espera..."

Por eso, lo afirmamos siempre; si el suburbio ha tenido un poeta, "su" poeta, ese no es otro que Evaristo Carriego, cuyo recuerdo aumenta hoy las sombras en nuestro mundo interior. El, es el verdadero poeta de los barrios tristes, donde en cada risa se oculta un sollozo. Recordemos un instante a este muchacho bueno a quien, por otra parte, debemos muchos momentos de emoción...

JULIO FRANZOSO.

Ideario de un desconocido

(Para "FRAY MOCHO").

A veces el corazón humano es como el agua de la acequia: cuanto más turbia, más fecundiza.

* * *

Fabriquemos el mosto de nuestras vides, pero para los demás: no seamos tan incautos que nos emborrachemos con nuestro propio vino...

* * *

No hay vidas peores que aquellas que nunca tienen horas de expansión espiritual. Son como dinamitas: la vez que se abren es sólo para sembrar la destrucción y la ruina.

* * *

Si lo que se llama felicidad sólo sirve para hacer más egoístas a los hombres, maldita sea la felicidad!...

* * *

"Aguantarse", "resistir"... ¿Conoces el indomable secreto de energía que reside en el fondo de esas dos palabras?... Conoces entonces el secreto de la verdadera fortaleza.

* * *

La profesión de pensador está llena de peligros, y uno de los mayores, quizás, es la sequedad de corazón.

* * *

Para ser grandes se necesita un tesoro de ebriedad: aquella que nace del arrebatado de nuestro corazón inspirado.

* * *

Da, tu pensamiento, exterioriza tu fuerza interior, vierte tu fe: no temas ser desmentido por la vida. Ella no desmiente sino a aquellos que antes se han desmentido a sí mismos.

* * *

Hay tristezas incurables: la que nace de una sed infinita de ternura.

RICARDO TUDELA.

Cómo se trabaja en los laboratorios de investigaciones agrícola-ganaderas del Ministerio de Agricultura de la Nación.

(Véase, en las páginas de ilustración, el complemento gráfico de esta crónica).

ESPECIAL PARA "FRAY MOCHO"

Puede decirse que el Ministerio de Agricultura es el que tiene mayor número de oficinas, o tal vez tantas como todos los otros ministerios reunidos. El enorme edificio de la calle Paseo Colón no basta para todas las dependencias de su vasta organización. Es interesante observar cómo funcionan todas las oficinas, cómo se trabaja activamente. Pero hoy hemos de pasar de largo ante muchos rincones que llaman la atención del ojo del cronista y nos detendremos en una sección, la cual, por la obra científica que realiza, por el prestigio de los hombres que la dirigen, merece ser conocida más que otras. Además, ha sido creada para el público y éste debe conocerla, utilizando sus servicios, por una pequeña suma, para la averiguación de cualquier dato. Son los laboratorios de investigaciones agrícola-ganaderas, cuya dirección tiene, hace muchos años, el ingeniero don José María Huergo, conocido y prestigioso profesional, gracias a cuya intensa acción y reconocida capacidad débese el progreso y la creciente importancia de los laboratorios.

La dirección de los laboratorios de las investigaciones, se encuentra dividida en una serie de secciones, teniendo cada una sus laboratorios, regularmente dotados. Ellas son:

Sección de Química.

- " " Zoología.
- " " Botánica.
- " " Patología vegetal.
- " " Control y análisis de semillas.
- " " Mecánica Agrícola.
- " " Fotocinematografía.

Nos presentamos al Director, don José María Huergo, a quien encontramos trabajando en su oficina. Hombre de aspecto joven, nos recibe con su acostumbrada gentileza y al expresarle nuestro deseo de conocer los laboratorios y su funcionamiento, para reflejarlos en las páginas de FRAY MOCHO, consiente, diciendo que las oficinas nacionales son del pueblo y para el pueblo y que con gusto nos hará conocer su funcionamiento. El ingeniero Huergo, profesor de la Facultad de Agronomía de Buenos Aires y que pronto se ha de acoger a los beneficios de la jubilación, es un hombre joven aún, autor de científicas obras de valor práctico y tiene en su Departamento a un grupo de sabios que trabajan por la ciencia del país.

En los Laboratorios de la dependencia se llevan a cabo toda clase de análisis de sustancias que remiten los interesados; se efectúan toda clase de investigaciones científicas sobre la flora y la fauna del país; se buscan los medios eficaces para combatir las plagas de la agricultura y de la ganadería y se preparan toda clase de sueros y vacunas. Así, por ejemplo, en el laboratorio de Química, dirigido por el ingeniero Pablo Lavenir, se hacen

análisis de tierras, de muestras de aguas, de abonos, de productos destinados a la industria, de productos minerales aplicables a la agricultura y de todo aquello que la ciencia química estudia; en el de Zoología — del cual hablaremos en seguida, — se hacen estudios sobre toda clase de problemas de la materia: caza, pesca, piscicultura, entomología agrícola, bajo la dirección del eminente zoólogo Dr. Fernando Lahille; en Botánica, se evocan consultas para la determinación de plantas, su adaptación y todo lo referente a sus aplicaciones; en Patología vegetal se estudian las enfermedades de las plantas y se determinan los medios para combatirlas, efectuándose las experiencias para comprobar los resultados de los métodos adoptados; en Bacteriología se estudian las enfermedades del ganado de carácter infecto-contagioso y se analizan los métodos sanitarios, preparándose también tuberculina, suero anticarbuncoso, vacunas contra el cólera y tifus de las aves y virus para la extinción de roedores; obra de importancia capital para la agricultura la realiza el Laboratorio de control y análisis de semillas destinadas a la siembra, en la que se determinan sus principales caracteres, como también en el Laboratorio de Mecánica

ca Agrícola, donde contestan consultas en todo lo relativo a mecánica, hidrología y construcciones agrícolas.

Como se ve, es una obra vasta la que se lleva a cabo en los laboratorios del Ministerio y los agricultores del país aprovechan los beneficios que puede reportarles, pero podrán hacerlo en medida mayor, ya que para ellos funciona todo. Las publicaciones de los Laboratorios, que son muchas, se remiten gratuitamente a quien las solicite.

Dirigen las secciones, además de los que hemos nombrado, el ingeniero Carlos D. Girola, en Botánica; ingeniero Juan B. Marchionatto, Patología vegetal; Ing. Gualterio Peters, Control y análisis de semillas, e Ing. Marcelo Conti, Mecánica agrícola. El gabinete fotocinematográfico, que también presta beneficios valiosos, está dirigido por el señor Constantino Ambrosioni, profesional de mucho talento, a quien se deben las fotografías con que ilustramos esta crónica.

Para que el público conozca bien la importancia y la utilidad de los laboratorios, sería necesario escribir mucho. Hoy queremos detenernos especialmente en el Laboratorio de Zoología, debido a que el sabio que se encuentra en su dirección, el doctor Fernando Lahille, verdadero maestro para la juventud argentina, ha sido honrado con el nombramiento de miembro honorario de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales. El doctor Lahille trabaja en nuestro país desde 1875 y es autor de un centenar de trabajos de alto valor científico. Es imposible hacer una lista de sus obras, que basta para inmortalizar cualquier nombre. Es, además, filósofo y poeta, como debe serlo todo naturalista. Es profesor de la Facultad de Agronomía y en

Partículas de radium

—La humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos.

—El lamento es de ruines, cuando está enfrente la obra.

—El que lleva la belleza en sí, ¿cómo creará en lo feo del Universo?

—Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él.

—Gobernante en un pueblo nuevo quiere decir creador.

—Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses.

—Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga.

—Una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela; la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad.

—El arte de escribir, ¿no es reducir?

—Las gentes de dinero, iglesia y milicia, se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo, que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio a sus legítimas angustias.

—Los pueblos no se rebelan contra las causas naturales de su malestar, sino contra las que nacen de algún desequilibrio e injusticia.

JOSE MARTI.

Hoy

ES UN PLACER EL PURGARSE

Un estómago sucio es foco de infecciones y fermentos; causa de fiebres, mareos, dolores de cabeza, malestar general, inapetencia, debilidad y anemia que puede concluir en tuberculosis, etc.

LIMPIE SU MAQUINA

SACAROL

se toma como azúcar en el desayuno, leche, té, café, cocoa o agua, sin que se perciba el menor gusto a medicina. Pueden tomarlo desde el niño al anciano; pues es completamente inofensivo, y no exige guardar régimen. Cuesta sólo 45 centavos en todas las farmacias. Rechace todo SACAROL que no lleve la firma de ARAUJO y Cía., en el sobre.

la Normal de profesores. Gracias a sus trabajos se conocen muchos géneros y especies de todos los tipos de la fauna argentina.

Colabora con el doctor Lahille, la señorita Teresa Joan, conocida naturalista que tiene algunos meritorios trabajos originales.

En la misma sección trabaja el ingeniero agrónomo don Tomas L. Marini, que es un estudioso de las ciencias naturales y que sigue siempre estudios superiores. El señor Ramón Bazán, naturalista distinguido, trabaja hace 12 años en el Laboratorio. Su dedicación le ha valido elogios del maestro.

Casi siempre se encuentra en el Laboratorio algún adscripto, que realiza estudios sobre algún tema de Zoología argentina. Encontramos a uno que realiza una investigación sobre un acridio poco conocido en el país: el género Dichroplus, que el pueblo lama "tucura", una de las tantas plagas nacionales.

Hemos dado una breve idea de los Laboratorios; las gráficas correspondientes ilustrarán al lector algo más. Esperamos, en breve, ocuparnos más extensamente sobre la labor útil que realizan en pro del mejor conocimiento de la fauna y flora del país, y de la lucha que llevan a cabo en contra de las plagas de la agricultura.

HOMO DUPLEX.

Váyase lo uno por lo otro

—¡Señorita! ¿Este perrito es de usted?

—Sí, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Pues, porque acaba de mordirme.

—No se preocupe, caballero. Otro día lo muerde usted a él y así quedarán en paz.

La herencia

Por Belisario Roldán

Era Dolores una vasquita perfecta. Honrada hasta la agresión, recia de carnes y fresca de cutis, llevaba ya doce años sirviendo de muca-ma en el palacete de don Emilio Vallares; y tan irreprochable había sido siempre su conducta, que así D. Emilio como su señora y sus hijas estaban a punto de ver en ella una amiga más que una Maritornes.

Para Dolores no había sino cariño en aquella casa. Ningún secreto se guardaba con ella y era, por el contrario, confidente obligada de las cosas más íntimas. El propio don Emilio se había preocupado de dar colocación ventajosa a sus ahorros acumulados, y hete aquí dueña de unos cuantos miles de buenos pesos.

Aquella vida plácida habría continuado así hasta el fin, si el amor no se hubiera aparecido a la vasquita, encarnado en cierto Adolfo González, a quien conoció en la calle y bajo el ala de cuyo chambergo chisporroteaban dos ojos negros y melosos...

—Parece un hombre bueno — había dicho don Emilio, después de conversar con él; y María Elena, la hija mayor, había dado una opinión más contundente:

—Muy simpático tu novio, Dolores...

Y se casaron. Ella abandonó la casa para seguir a su marido, y no fué poco el llanto que le costó la separación. Las economías que llevaba el matrimonio, multiplicadas por la bondad de don Emilio, servirían para emprender algún negocio lucrativo. Por lo demás, estaba locamente enamorada de su Adolfo. Y fué al año siguiente de la boda, en vísperas de ser madre, cuando sufrió Dolores el desengaño terrible. Se lo dijeron de golpe, en la comisaría, brutalmente: Adolfo, su Adolfo, era un ladrón conocido. Y esta vez no saldría en libertad por muchos años, pues el delito estaba bien probado: robo y tentativa de asesinato. El bribón y sus cómplices estaban a buen recaudo. Creyó Dolores caerse del quinto cielo cuando lo supo todo; y don Emilio, después de comprobar la verdad de la información policial, ofreció a Dolores volver a su casa. Fué allí donde dió a luz el fruto de su amor breve y trágico; y en homenaje al patrón, siempre generoso, el recién nacido se llamó Emiliano. Emiliano era lindo como él solo y bien pronto fué el niño mimado de la casa. Allí creció, al amor del palacete, bajo la mirada vigilante de la vasquita que lo adoraba y entre el cariño de todos. Y los años rodaron, rodaron...

Por voluntad de don Emilio, Dolores ejercía ahora — habían pasado diez y ocho primaveras — la administración de una casa de vecindad de que aquél era propietario. Ocupaba la pieza de la calle y a su cargo estaban las treinta habitaciones que la vasquita alquilaba. Emiliano, hecho ya un hombre, vivía con ella y era su brazo derecho. No había conseguido hacerlo seguir estudios; pero trabajaba a la sazón en un taller mecánico, cediendo a los ruegos de la madre que no se resignaba a la idea de no graduarlo de algo.

En el último patio, al fondo, en la más barata de las piezas, habitaba, desde días atrás, un inquilino nuevo. Era un italiano sexagenario, en torno del cual, con razón o sin ella, habíase formado un poco de leyenda en el patio del conventillo. Decían que era rico, que había llegado de la Pampa y colmado de pesos y que ocultaba sendos miles debajo del colchón. Alguien aseguraba haberlo sorprendido, en la hora del sueño, contando fajos de billetes de banco, nuevos y grandes... A la misma doña Dolores — así la llamaban ahora — preocupaba un poco el inquilino nuevo. Y he aquí que aquella noche no podía dormir, sabe Dios si presintiendo la desgracia. Emiliano no había vuelto aún del cinematógrafo, adonde iba siem-

pre. Eran más de las 12, cuando oyó claramente desde su insomnio, un grito inarticulado y clamoroso que venía del fondo. Animosa como buena vasca, se tiró de la cama y corrió rectamente hacia el cuarto del italiano misterioso. Ya los gemidos eran evidentes. Abrió la puerta; y a la luz de la luna vió el cuadro. El sexagenario era asaltado en ese momento. Estaba en el lecho, boca arriba. El criminal le había puesto una rodilla en el pecho y levantaba su cuchillo, de espaldas a la puerta. Pidió auxilio a grandes voces la aterrada doña Dolores, pero no había tiempo que perder: aquel cuchillo iba a hundirse en aquella garganta. Avanzó sin miedo, y por un movimiento más instintivo que deliberado, asíó al criminal por el pañuelo que llevaba al cuello y con tal fuerza tiró hacia atrás, que el miserable hubo

de ceder, ahogándose; y cuando pretendió desprenderse para fugar, diez vecinos llegaban en auxilio de doña Dolores. Así que iluminaron la alcoba, aun estaba la vasca prendida del pañuelo del bandido; y a la luz de la lámpara lo miró jadeante: era Emiliano.

DE LA VIDA INTENSA

El huésped (Revisando la cuenta del hospedaje).—¿Cuánto cobra usted por el baño?

La patrona.—Un peso, caliente y cincuenta centavos, frío.

El huésped.—El que yo he tomado era mitad frío y mitad caliente.

La patrona.—Entonces, un peso y cincuenta.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder anti-séptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los POLVOS DENTIFRICOS y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Celebración del
séptimo centenario
de la muerte de
San Francisco de
Asís



Con todo lucimiento religioso, lleváronse a efecto los diversos actos con que la iglesia conmemoró el séptimo centenario de la muerte de San Francisco de Asís.—El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, retirándose de la basílica de San Francisco, después de asistir al oficio religioso celebrado en dicho templo.



La imagen de San Francisco, conducida en procesión, regresando a la basílica después de la recorrida efectuada por las calles adyacentes.



Santo Domingo, imagen que también figuró en la procesión, a su paso por la plaza de Mayo.



Una de las congregaciones religiosas que tomaron parte en la ceremonia.



Vista parcial del público saliendo de la iglesia de San Francisco, después de oficiada la misa.

Visita judicial a la colonia Open Door



El juez de instrucción de la capital federal, doctor A. L. Domínguez, acompañado de otros miembros de la judicatura y de un núcleo de familias, durante la visita efectuada a la colonia nacional de alienados Open Door. — A la derecha: el juez, doctor Domínguez, y el director del mencionado establecimiento, doctor Alfredo Scarano, en un aparte mientras efectuaban la recorrida por las dependencias.



FIESTA DE BENEFICENCIA EN EL CIRO'S CLUB



Con objeto de allegar recursos en favor de la sala de auxilios Floresta, que sostiene la Cruz Roja Argentina, el Ciro's Club organizó un te y baile, que adquirió gran lucimiento.—A la izquierda: vista parcial de la concurrencia; a la derecha: un simpático grupo de la representación femenina, que dió realce a la fiesta.

INTERCAMBIO UNIVERSITARIO ARGENTINO-URUGUAYO



En el salón de la escuela normal de profesores Roque Sáenz Peña, realizóse un acto de intercambio universitario argentino-uruguayo, convenido entre los centros de estudios de ambos pueblos.—A la izquierda: la doctora Rosa Mauthone Falco, presidenta de la Asociación Estudiantil Femenina de Montevideo, haciendo uso de la palabra. A la derecha: vista parcial de la concurrencia.



Visita a la Cervecería Argentina Quilmes.

Invitadas por el señor Humbert, director de la Cervecería Argentina Quilmes, un núcleo de personas efectuó una visita a las dependencias del mencionado establecimiento industrial, donde fueron gentilmente atendidos por la dirección de la fábrica. —Participaron de la excursión, el señor Grog y su esposa, el señor Luis Alary y su esposa, la señora de Lombart, la señorita de Lombart, los señores Federico Perca, Paulino Uzcudun, Paul Arthus y otros.—Los invitados durante un partido de bolos, en el que aparece jugando el pugilista español, campeón de Europa, Paulino Uzcudun.

Bibliografía

De izquierda a derecha: señor González Carvalho, autor del libro de poesías "Palabras del retorno", recientemente aparecido; señorita Margarita Arsamasseva, autora del volumen de cuentos "Lobos", últimamente editado; señor Samuel E. de Madrid, a cuya pluma se debe "El libro atormentado", colección de poesías, que acaba de ser publicada.





DE ALTA GRACIA



Señora Pepita Fossati de Terán, señorita María Meucci y nena Olguita Carizzo Kemp.



Señorita Elvira R. Di Giorgio y señorita Dora Di Giorgio.



Señor Eloy Vera y señora.



Doctor Carlos F. Gómez.



Niña Martita Corrales Navarro.



Señora Guadiela M. de Roldán y su hijita Lilia Susana.



Señora Evangelina Novillo de Quiroga.



Señora Anita Kemp de Carizzo, su hijita Olga y señorita María E. Kemp.



Doctor Amadeo Grimaldi.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—Enlace Domato - Gómez Gallo



La señorita Josefina Ivonne Magnan y el doctor Raul Pueta, después de sus desposorios.



Enlace de la señorita Leonor Biglieri con el señor Narciso Segato.



Los desposados, señorita María Carmen González y señor Antonio J. Pineyrúa, después de la bendición nupcial.



Enlace de la señorita Carmela María Simeriglio, con el señor Miguel Angel Ferruccio.



ROSARIO.—ENLACES: Señorita C. Serrano con el señor A. Muzzio.



Señorita Rosa D'Angela con el señor Antonio Lepere.



Señorita Elvira Sanguinetti con el señor Guillermo M. Caminos.



Señorita Emma Meiss con el señor Walter Vogt.



Señorita Clementina V. Pizzo con el señor Héctor M. Lagos.



Señorita Anita Oller, con el señor J. Miralles López.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Margarita Livingston y Wallace Mac Donald, en "Los siete pecados capitales", lujoso cine drama de gran espectáculo que la Fox estrenará el jueves 14.



John Gilbert, el galán que besa mejor en el cine, y Norma Schearer, protagonistas, con Lon Chaney, que se muestra admirable artista, en "El que recibe las bofetadas", film que presenta Glücksmann.



Virginia Valli y Eugenio O'Brien, en "Llamaradas", cine drama que la New York Film exhibe desde el domingo.



**LON
CHANEY**

En su creación
más formidable:

El que recibe las bofetadas

Versión basada en la novela
de Leonidas Andreiev

ÚNICO CONCESIONARIO:
MAX GLÜCKSMANN

TODOS LOS DIAS
CAPITOL

(Santa Fe, 1848)



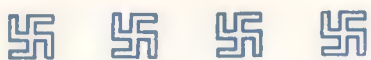
Rodolfo Valentino en su papel de protagonista de "El hijo del Sheik", film que presentará Artistas Unidos la semana próxima.



Jack Daugherty y Blanche Mehoffy, en "El tren desenfadado", cine drama Jewel que la Universal presentará el jueves próximo.



Escena de "Las alegres viudas", cinecomedia interpretada por Louise Fazenda y Jaqueline Logan, que, en su programa, presentará el viernes la General.



Cómo se trabaja en los laboratorios de investigaciones agrícolas del Ministerio de Agricultura de la Nación

(Véase, en la página 15, la crónica correspondiente a esta nota gráfica).



Ingeniero José María Huergo, director de los laboratorios, que se ha preocupado intensamente para que las dependencias a su cargo, realicen una labor útil.



El laboratorio de zoología, que dirige el doctor Fernando Lahille, descifrando el misterio que envuelve a los géneros y a las especies animales.



Un rincón del herbario del laboratorio de botánica, a cargo del ingeniero Carlos D. Girola, donde se registran más de 70.000 especies.



El laboratorio de química, en el que, bajo la dirección del ingeniero Pablo Laventir, se realizan los análisis de toda clase de productos agrícolas.



Laboratorio de control y de análisis de semillas, en el cual se estudian todas las que se le envía, con fines de investigación.—Su director es el ingeniero Gualterio Peters.



Vista parcial del gabinete fotocinematográfico, confiado a la dirección del señor Constantino Ambrossioni.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



La señora Adelina B. de Miniussi, rodeada de un grupo de sus amistades, que fueron a saludarla en ocasión de celebrar la fecha de su cumpleaños.



Alumnos de la escuela General Urquiza, que el día del animal colocaron nidos para los pájaros, en los árboles del jardín de niños, a inspiración de la dirección de aquel establecimiento docente.



El corresponsal de FRAY MOCHO y familias concurrentes al match realizado entre Newell's Old Boys y Estudiantes, por el campeonato Vila.



Arriba: team de Estudiantes derrotado en el encuentro; abajo: equipo de Newell's Old Boys, que triunfó sobre su adversario por 4 a 0 goals.



Los cuadros de Abogados (de pie) y de Médicos, que jugaron el match revancha, en el cual vencieron los últimos de los nombrados, por un "score" de 2 a 0 goals.



Placa conmemorativa colocada en el sepulcro del doctor Pío Goyenechea, por un grupo de los que fueron sus amigos.

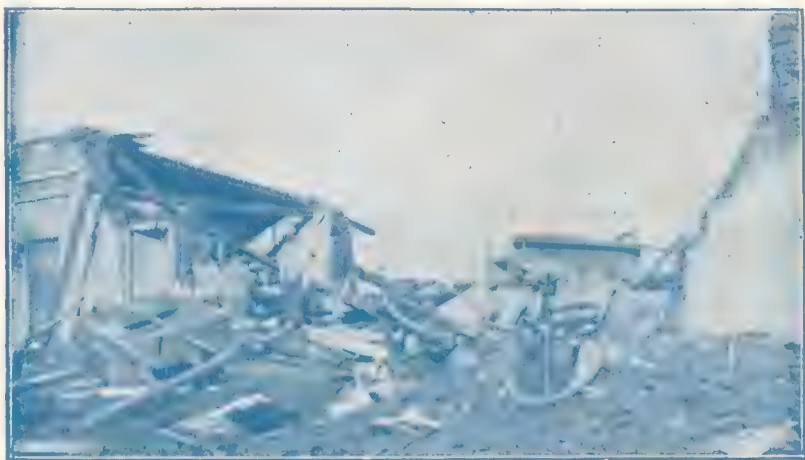


Un aspecto del banquete con que fué obsequiado el señor Rodolfo Parody, con motivo de su nombramiento de jefe del Resguardo de la Aduana.



Concurrentes a la demostración tributada a la oficialidad de la cañonera "Paraná". (Fots. Flores Toledo.)

Ecos de la catástrofe de Villa Encarnación (Paraguay)



Instantáneas donde pueden apreciarse los desastrosos efectos causados por un huracán, en Villa Encarnación (Paraguay), obtenidas momentos después de dicha catástrofe en la que perecieron numerosas víctimas, llenando de consternación a la República hermana.

Información gráfica del interior



AARON CASTELLANOS.—La superiora del Colegio de las Mercedes, sor Rita Echenique, rodeada de las alumnas que recibieron la primera comunión el día de la santa patrona.



COLONIA SARMIENTO (Chubut).—El más antiguo poblador sobreviviente, que cuenta 124 años de edad.



TUCUMAN.—Cuadro alegórico formado por alumnos del Colegio San Francisco, en ocasión del séptimo centenario de la muerte del santo patrón del establecimiento. (Fots. Carrón, Della Mattia, Martín y Pi).



SAN RAFAEL.—De derecha a izquierda: José Buttini, jefe de policía; Remigio Irias, coronario; Antonio Sola, jefe de investigaciones; Carlos Herrera, asesino de Segundo Valerio Soza, y Candalaria y Simona Matús, cómplices del crimen.

En Venecia, a inmediaciones del Gran Canal y del palacio Contarini, se encontraba, allá por el año de 1511, la casa del orífice Antonio Rizzarto. Esta casa no se revelaba por ningún esplendor; únicamente una quimera de bronce colocada arriba de la puerta había atestado tal vez la presencia allí de un artista. La construcción desconcertaba un poco, por la parte superior que no estaba a plomo, por el centro que se hundía, por su base que descansaba sobre dos pilares rechonchos, apartados como sobre pies macizos, a tal punto, que el edificio parecía inclinarse, prosternarse en una especie de reverencia, pidiendo disculpa por su extravagancia externa.

La torre del Reloj acababa de marcar el tiempo al silencio; habían dado las dos de la mañana. Los ruidos iban haciéndose confusos, y sólo vibraban en medio de la noche los murmullos del viento; las góndolas no se deslizaban ya con su majestad de cisnes sobre el muaré de las aguas. Una paz de ciudad muerta se cernía sobre los barrios centrales.

El taller de Rizzarto estaba iluminado todavía; el artista trabajaba en una obra que debía presentar en breve al dux Leonardo Loredano. Con su cincel infalible hacía surgir del alabastro oriental el "Océano". El Dios, de un palmo de alto, sentado en una concha arrastrada por tritones, sostenía en la mano izquierda una nave, y en la diestra un tridente. Incrustaciones de piedras preciosas en bajo relieve figuraban una fauna marina rara y tornasolada. Aunque este grupo estaba ya casi concluido, Antonio no se sentía orgulloso de él. Procuraba adornar el bajo relieve con algas y plantas que debían flotar con movimiento ondulado, entre los peces y caracoles. Pero su cincel, poco dócil para expresar su pensamiento, no indicaba la sinuosidad, la flexibilidad, la levedad de las hierbas marinas. En la elección de las piedras, y en la aplicación de los esmaltes, no faltaban la sobriedad de tonos, la variedad de matices, el brillo moderado de la flora de los mares. De pronto, su mano se puso a temblar, su rostro se contrajo, y exclamó despedido:

—¡Al diablo, el "Océano" y su imperio!" Y con ademán violento rompió el cincel y arrojó el cofrecillo de las piedras, que, al rodar sobre las losas incrustadas de mármoles orientales, parecieron flores animadas.

Duraba aún el ruido seco causado por esta cascada de joyas, cuando resonó una voz estridente: —Aquí estoy... Acepto tu regalo...

Rayos de luz llenaron la pieza; un ser vestido de negro irguió su alta talla delante de Antonio. Una sonrisa altanera constituía toda su expresión. Después de algunos segundos de mirar fijamente al artista, se sentó en un sillón, con las piernas cruzadas, y dijo:

—¿Por qué no me llamabas, Rizzarto? Yo habría guiado tu mano. Para que te previnieras contra esta desconfianza de tí mismo, tal vez excesiva, yo te habría indicado doctos tratados. ¡Oh! no sufrirías semejantes terrores si hubieras compulsado "El libro dell'arte", de Cennino Cennini, que trata de la ejecución de ornamentos de toda naturaleza, o si hubieras hojeado los "Elementa", de Alberti, las "Enseñanzas", de Filarete... Pongo fin

Diabólica venganza

Por René de Saint-Chéron

a esta nomenclatura, temeroso de que estos nombres no lleguen a ser amigos de tu memoria.

"No tiendas así el arco de tu boca, querido. Abandona todo recelo, destierra todo pesar. Tu grupo del "Océano" es laudable; no es, por cierto, una obra capaz de desarmar la crítica. ¿No eres tú hombre, y no estás sujeto, por lo tanto, a pequeñas heridas de amor propio? Consuélate; tus trabajos son lo bastante considerables para hacer-te abordar a cierta posteridad lejana..."

no son más que vanidades a las que no se concede ninguna atención. Más, todavía: la gloria que en otro tiempo buscara, con pueril afán, un insensato cualquiera, disgusta más bien a los habitantes de la sombría ciudad.

"Muchos filósofos (exceptuó el eclesiástico), han disertado con brío sobre las frivolidades de aquí abajo... Pero tú no sigues mi razonamiento... ¿Qué mal discípulo de Platón habrías sido! Y, en el "Banquete", ¿qué tétrico interlocutor te habrías revelado! ¿Por qué

Pidan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

—¿La celebridad? ¡Ja, ja, ja!... ¡chupador, muñeco, cascabeles de locura!... Si estuviera esta noche en vena de consejos, te incitaría a despreciar la gloria. ¿Acaso nos acompañas ella alguna vez al más allá?... Cuando el hombre franquea las puertas de las misteriosas mansiones, su aspecto es miserable y vil; ninguna gloria podría dar brillo a su miserable presencia. En esa hora tremenda, todos, por primera vez, se hacen iguales. En el reino de ultratumba las frusterias discernidas por los mortales

tu máscara expresa espanto?...

—¿Quién eres? —gritó Antonio Rizzarto, con la mano en su daga; —¡tu nombre!... que esta broma concluya... el Carnaval ha muerto.

—No ensucies con tu mano sudada esa inútil daga —aconsejó el nocturno visitante. —Yo emboto todas las armas.

—¡Arroja la careta! —aulló Antonio, —o vas a probar el temple de este cuchillo.

Una sonrisa de indecible desdén fué toda la réplica del desconocido. Como el orífice siguiera amenazán-

dolo, saltó sobre el gran cofre de taracea de Fra Damiano, y se rió burlonamente.

—Ahora estoy fuera de alcance, amigo... ¡Partirme en dos a mí! ¡Morir como un fruto! ¡Ja, ja! ¡qué graciosa ocurrencia! me estaré riendo toda la eternidad.

Y las notas de esta risa, seca, sonora, metálica, que silbaba a través de sus dientes de cristal, fueron a azotar los vidrios como una granizada.

—Deja esa arma, ese juguete; tu postura es ridícula. Manejando esa hoja corres peligro de lastimarte... desagradable incidente para quien tiene mujer que alimentar e hijos que azotar.

Rizzarto había descolgado un estoque y trató de asestarle un golpe en la cabeza.

—¡Alto ahí, sire! —repuso el burlón. —Antes de cometer un acto tan descortés, reflexiona; imita al rey de Babilonia que no se decidía nunca sin consultar antes a los terafines, sus dioses lares.

—¿Qué eres, últimamente? —dijo el orífice; —¿fantasma o charlatán?

—Ni lo uno ni lo otro; por lo demás, tu razón te prohíbe esa hipótesis. Tampoco soy una aparición, pues tus virtudes poco heroicas (esto lo sabes tú en tu modestia) no podrían justificar la presencia aquí de un santo, ni aun de último orden. ¿Me consideras acaso como incubo o súcubo, como una lamia, o un gale, o uno de los innumerables vagabundos de la noche? ¿Te defiende contra esta idea tu alejamiento del ocultismo? ¿Me pareceré yo a un nigromante, como Arnaud de Villeneuve, o a un astrólogo, como Tritemo o Paracelso? No. Mi cuerpo es una realidad, mi ser experimenta sensaciones (en particular el dolor, más vivamente que el placer); yo vivo, yo no amo, pero tampoco odio, y soy supremo en el arte de las emboscadas.

—¿Tu nombre! —rugió Antonio; —o te precipito en el canal.

—Mis nombres son múltiples. Dios me llama Satanás; la Biblia, por la boca de sus profetas, Lucifer; el Evangelio, Belcebú; los oradores sagrados, el tentador; los hagiógrafos, el maldito; los escépticos, el espíritu maligno; los poetas, el príncipe de los espíritus; los enfáticos, el ángel caído; los extractores de leyendas, el demonio; las niñeras y los niblos, el diablo. Para tí también me llamo el diablo, porque tú eres un niño, como lo son, por lo demás, todos los hombres. ¡Oh! sea dicho esto sin humillarte. Esta es una verdad que está por arriba de toda afirmación... No frunzas el entrecejo, maestro; ese esfuerzo comprometería la nobleza de tu semblante.

—Basta de necedades y de mentiras —interrumpió Rizzarto; —lárgate tan a prisa como un gato espantado, o te traspaso con este venablo. No conozco a tus semejantes.

—¡Es cierto, bello irritado! —chilló el enigmático visitante. —Pues bien, yo, yo te conozco. Escucha... Ese grupo que estás acabando, te lo pagará el dux con doscientos cincuenta ducados de oro. Con un salario así debe contentarse un buen obrero. Por otra parte, tú no colocas arriba del arte la preocupación de las riquezas; tú te muestras desinteresado, según los preceptos de Cennini, y a tí no te inflan las ambiciones de Pordeno-

ne. Tu vida probá y laboriosa debería ser un ejemplo para ese Giorgione que se muere por los placeres del amor, para Sebastián del Piombo que, tan joven todavía, sacrifica demasiado a los deleites, para Víctor Camelio, ese miserable, que últimamente ha sido expuesto en la cheba (1), en expiación de su vicio. ¿Te acuerdas?... Con razón tú otorgas poco al placer, y no se te ve frecuentar nunca la casa de la cortesana Verónica Stampano. Tú revelas un espíritu afectado de desprecio por las glorias transitorias que cosechan entre los hombres tan unánimes aplausos.

"Tus numerosos trabajos se opondrían además a esas orgías. Tú gozas de una reputación merecida, pues con una inspiración igual y una fecundidad feliz, haces alternativamente obra de escultor, de orífice, de fundidor; y esta triple y pesada corona parece leve en tu frente.

"Tu maestría es ondulante; todas estas obras que admiro, lo prueban: filácteros, hanapes, bronce niquelados, esmaltes incrustados, píxides, aguamaniles, esta jarra, formada por el cuerpo convulsionado de un tritón, estos cofrecillos taraceados, estas fuentes de plata, este cáliz sustentado por dos sirenas con garganta de zafiro; todo este genial alumbramiento, que hace ilustre tu nombre en toda la Italia. Tú evocas así a esos artistas cuyos huesos están hoy tan blancos como la cal: Andrés de Pisa, Giotto, Orcagua, Michelozzo, Verrochio, que con el mismo ardor y la misma inventiva, cultivaron las artes más diversas, dejando a la posteridad un patrimonio inmortal.

"¡Envidiables destinos! El tuyo también induciría a más de uno al pecado de los celos. La celebridad y la alegría han visitado tu morada, la fortuna ha de imitarlas quizá, porque ésta es una persona de libre albedrío mal definido y cuyos actos no participan a menudo de la razón. Tus discípulos son numerosos; algunos saborean ya la notoriedad, esa gloria vitalicia que basta para hinchar de orgullo a la mayor parte de vosotros. Y, sin embargo, ella es, respecto de la celebridad, lo que es una escaramuza feliz respecto de la victoria. Los hijos de los hombres, Antonio, se contentan con deleites ínfimos.

"En fin, para coronar tu dicha, tú eres esposo de la hermosa Francesca...

Al decir estas palabras, el demonio se trepó al dosel del lecho, y continuó:

—"No seas ingrato; agradece a tu suegra el haber dado a luz una hija casta. Reconoce que tu mujer sirve bien a tu fama cerca de los grandes. Ella es hábil, flexible, sagaz como un embajador; sabe acoger los dichos amables, escuchar a los habladores, provocar sus confidencias y réir de sus aventuras erótico-trágicas. Pero también sabe hacer notar su desagrado a los aduladores, su desdén a los fastidiosos, su desprecio a los que se valen del nombre y de la riqueza para humillar a las mujeres o tratarlas como amantes "a priori".

"Tu vida es hermosa y tú la embelleces más aún con tus ilusiones. Por esto eres superior a los habitantes de la Atlántida, cuyo sueño no encantaban nunca las visiones de la fantasía... La otra noche, por ejemplo...

—Yo no vivo de quimeras; yo no

sueño más que con mis obras — gruñó Antonio.

Satanás, le replicó pícaramente:

—Guárdate de aplicar el irónico precepto de Cicerón. "Causam mendaciunculis adspargere", de esmaltar tu discurso con pequeñas men-

encontrabas con el pensamiento sobre el "Bucentauro"; los grandes dignatarios de la República te rodeaban, el dux te revistió con el robone del caballero, la dogaresa te sonreía, sus cabellos de miel rozaron tu mejilla... Ahora te acuer-



ELLA.—Voy a ver si se ve el desfiladero desde aquí arriba.
EL.—No hace falta que suba usted más.

tiras. ¡Oh, quita allá! esa es una estrategia indigna de ti. Busca, hijo mío, "en las cavernas de tu memoria"... ¿No descubres nada?... Vamos, yo puedo socorrerte en tu aflicción... La otra noche, tú te

das... Tu mirada me lo dice.

"Y, varias semanas después, ¿no se transformó en realidad este sueño?... Por favor, ayúdame; yo soy viejo y de espíritu lento; una bruma oscurece mis facultades. ¡Ah,

Somos tan solo un eco...

(Para FRAY MOCHO).

No, amigos: A pesar del impulso violento de nuestras ambiciones, somos sólo una cosa humilde en el gran Todo que, con maravillosa luz, detiene las ágiles alas del pensamiento.

Es inútil gemir con dolorido acento; siempre ha de estar la Esfinge serena y silenciosa. No, amigos: a despecho de nuestra alma orgullosa, somos un débil grito que se pierde en el viento...

Hermanos de la hierba que nuestro pie asesina, cumplimos sin saberlo la voluntad divina, sin que quede el recuerdo de nuestra breve estancia...

A pesar de los dulces y los altivos sueños, de la loca inquietud, de los magnos empeños: somos tan sólo un eco de la gran resonancia.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú (R. O.).

cruel! te niegas... enmudeces como los esclavos negros del proveedor Mirtizzo.

Mientras Belcebú se absorbía en sus pensamientos, el llamamiento ronco de un gondolero en el ángulo del canal vino a turbar la melancolía de la noche... Entonces, levantando de pronto la cabeza, exclamó con una risotada vencedora:

—A fuerza de maltratarla, acabo de despertar mi memoria, presa de letargia. Hace algún tiempo, el "Bucentauro"...

—Era el día de la Ascensión — interrumpió el orífice.

—Gracias; discúlpame esa irreverencia a la cronología, pero, como guardo poco las fiestas de la Iglesia, no retengo absolutamente las fechas.

"El "Bucentauro", decía, estaba atracado al muelle de los Esclavos. Una luz rubia abrasaba los domos; allá, en su columna, el león flameante con su pelaje de oro parecía resentirse de esa eterna inmovilidad impuesta a su impetu; ¿soñaba quizá con otro nuevo destino? Las olas crepitaban como una seda de colores cambiantes; el mar estaba sembrado de flores cuyos perfumes recordaban a los navegantes los que se esparcen sobre las ondas de la mar Eritrea.

"Sobre el navío, Augusto Leonardo Loredano, con su bonete de oro en la cabeza y vestido de terciopelo carmesí, estaba rodeado por la Señoría, senadores envueltos en sus togas, proveedores engalanados con la cimarra, patricios que lucían su túnica roja y la estola de terciopelo negro, asiáticos de trajes relucientes, gastados, socios de la recreativa Calza, y muy ilustres artistas de estos tiempos: el viejo Palma, Lorenzo Lotto, Sebastián del Piombo, Pordenone, Bassaiti, Conegliano, Juan Bellini, Carpaccio, Vecellio. Entre dos filas de alabarderos y de soldados armados de partesanas y de espontones, las patricias eran recibidas por la dogaresca. Un vestido de brocado violeta de grandes ramajes realzaba la belleza de ésta; su pequeña gorguera y sus mangas resplandecían de flecos de oro, y adornaban su cabeza bandeletas doradas y piedras preciosas. ¡Ah, qué visión inolvidable! ¡Qué deslumbramiento el de esos damascos alejandrinos, esas felpas color jacinto, esos brocados crespos, esas amplias bernias, esas antiguas camarras, y las sayas de paño de plata, los rasos de Génova, las sedas de Luca y de Florencia!

Al decir estas palabras, el demonio se dejó resbalar del dosel abajo por medio de un cordón; después, al ver un manto de lampás esmeralda tirado sobre una silla, se envolvió en él y continuó:

—Cuando todos los huéspedes de Su Altesa Serenísima estuvieron embarcados, la nave magnífica, al alejarse de la orilla, pareció un leviatán imbricado con escamas de oro, que bogara hacia un país fabuloso. Inmediatamente, pinques, polacras y bergantinas, revestidas de tapices de Arras y de Ferrara, se apiñaron alrededor del navío co-

(1) La cheba era un jaula de madera, suspendida a mitad de la altura del campanario de San Marco, en la que se encerraba a los culpables, que quedaban así expuestos a los rigores del tiempo y a los insultos de la multitud, recibiendo sus alimentos por medio de una cuerda.

mo pájaros chispeantes. Músicos animaban el cortejo; se oyó el canto de las campanas y el ruido del cañón; tejas y pendones chasquearon al viento. Desde las procuradurías, desde los domos, desde los palacios empavesados de oro, una multitud feliz saludó la partida del "Bucentauro", un pueblo vibrante de entusiasmo aclamó su triunfo. Y así que el navío hubo ganado el Adriático, el dux arrojó su anillo a las olas, y dijo: "Nos desposamos contigo, ¡oh, mar!, en prenda de verdadera y perpetua dominación". Tomó entonces una copa cincelada por tu mano, una copa de jade en cuyo fondo se encabritaba una quimera de oro. Bebió en ella, la arrojó al oleaje, y, cuando te hubo revestido con el robone, te proclamó caballero, y cien mil pechos repitieron tu nombre...

"Sobre este tema voy a sellar mi boca, pues soy propenso a la elocuencia, esa extravagancia ridícula, esa manía insensata siempre en favor entre los hombres.

El espíritu maligno, franqueando un armario incrustado de venturinas, fué a plantarse delante del orificio y lo contempló con una mirada de hipócrita perversidad.

—Tus labios se estremecen como si pronunciaran palabras de espanto; ¿estarás repitiendo este versículo del salmo: "¿Entonces Dios les hablará en su cólera y los amedrentará con su furor?"... Aparta tu pensamiento del Todopoderoso y entrégate a mí.

—¡Fuera de aquí, demonio secuaz del infierno, maldito! — gritó Antonio.

—¡Ea, gentil señor, basta de vanas palabras! Sé dueño de ti y responde. ¿Mi relato es exacto?

—Sí; pero nada te importa.

—Al fin te has convencido de mi calidad, triple obstinado — dijo el demonio, y sus dientes de cristal sonaron como un repique armónico de campanas. — Es menester, efectivamente, que yo sea Satanás para que no ignore nada de lo que afecta al orden de tu vida. Hace varios meses había resuelto proporcionarte esta visita; pero tú me has llamado, y, por cortesía, he debido apresurar mi venida. Te impacienta sin duda el deseo de saber por qué he dejado el imperio de las eternas lamentaciones. Voy a decírtelo. Estoy celoso de tu genio y de la belleza de tu mujer. De modo que he decretado esto. Oyeme con atención.

"Perderás la inspiración, la habilidad, la maestría; tus contemporáneos te deshonrarán, te escarnecerán los niños... suprema injuria; vivirás desencantado, pero conservarás a tu Francesca. O, si el genio continúa sosteniendo su aureola en tu frente, la muerte arrebatará a tu mujer. No planteo absolutamente un enigma; mi proposición es clara, te está permitido escoger. Como tú ves, estoy lejos de toda intransigencia, puesto que mi ira se descarga solamente sobre uno de vosotros dos. Adiós, descansa; el alba esparce ya sobre el mar sus vapores de ópalos. Ten confianza en el sueño; tu meditación será más eficaz mañana. Adiós, pues, porque esta conversación te ha desconcertado un poco, y la palabra muere entre tus labios.

El demonio desapareció. Antonio cayó anonadado sobre las losas, a la idea de la horrible alternativa.

Al despertar, Antonio, sin reflexionar en ello, se decidió: se inmo-

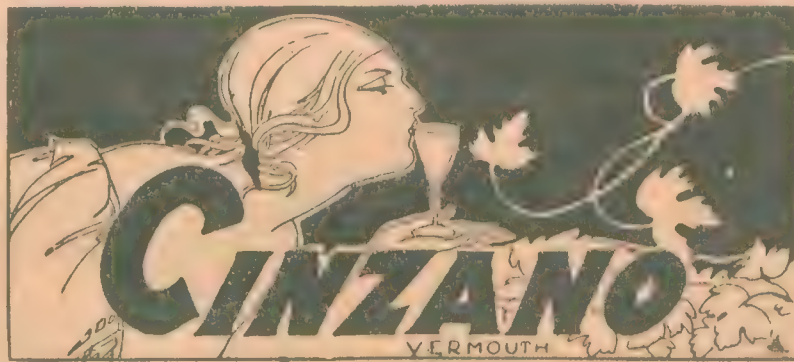
laría a la inquina del diablo. Se decidió sin vacilación; su pasión por su mujer le hizo dulce ese sacrificio, libremente consentido, cuyas consecuencias todas encaró. La pérdida de su talento traería la pérdida de su vida; lo sabía y se mostró resuelto.

No habló a Francesca de su nocturna entrevista. Hasta se manifestó contento, terminó alegremente su grupo, se puso suntuosas ropas y

El dux, sin mirarlo, le dijo con voz breve:

—La postura del "Océano" es mala, a los tritones les falta impetu, a los peces vida, a las hierbas marítimas, flexibilidad y belleza. Por primera vez, Antonio, me presentas una obra que no me satisface. Llévatela, sigue trabajándola. Adiós, el Consejo me reclama.

Desapareció detrás de un tapiz. Antonio, con la mirada estúpida,



llevó su obra al dux. En cuanto hubo salido de su casa, lo asaltaron preocupaciones; se detenía, hablaba en voz alta, no reconocía a los amigos que lo saludaban con una deferencia admirativa. Muchas veces tropezó, con peligro de romper el bloque de cristal.

Al aparecer delante del palacio ducal, los guardias bajaron sus partesanas. Se le hizo pasar a la cámara del dux. Mientras Leonardo Loredano examinaba el "Océano", Rizzarto lo observaba, ansioso de conocer su impresión.

permaneció largo tiempo inmóvil. Al fin se fué, tambaleándose. Unos pajes, que jugaban al ajedrez, interrumpieron sus combinaciones, acusándolo de ebriedad y mortificándolo con sus chanzonetas.

Antonio ganó apresuradamente su casa y se encerró en el taller para llorar su rabia y su humillación.

A la noche, Francesca, creyéndolo triste, invitó amigos para que distrajeran su melancolía.

Al día siguiente, con palabras de amorosa persuasión, lo exhortó al

trabajo; él, desencantado, no tocaba ya el cincel, abandonaba los trabajos comenzados, impotente para volver a encontrar el pensamiento creador de esos esbozos.

Después se presentó con las obras encargadas en casa de varios senadores y patricios. En todas partes fué mal recibido. Se sospechaba que estaba ateniéndose a la inexperiencia de aprendices o a la colaboración de inhábiles orífices. Un miembro del Gran Consejo, irritado por la mala ejecución de una jarra, lo hizo echar por sus gentes a planazos de alabarda. Cada visita le valía una vejación. Una vez, hasta se le amenazó con los Plomos, acusándolo de haberse hecho pesar por Antonio Rizzarto.

Una languidez extrema paralizó sus facultades, y pronto empezó a inclinarse hacia la tumba. Ante un infortunio tan singular, el amor de su mujer se transformó en piedad; después, en desdén. Sus amigos no le hicieron ya caso; sus discípulos corrieron a otros talleres. El olvido ¡ay! nos señala, en cuanto nos toca la decadencia... En los últimos años de su vida, Antonio no conoció más que angustia y desesperación. Murió sin revelar su secreto, y la despiadada Francesca no pudo llorar nunca al pensar en la heroica abnegación del que, adulado por los grandes, consagrado caballero por el dux, honrado por una sonrisa de la dogaresca, fué un artista famoso en esa edad de oro del Renacimiento.

Los peligros del juego

Afirman los psicólogos que el hecho de ser jugador denota en el individuo una degeneración mental. Efectivamente: el examen de un jugador revela la existencia de tres síntomas patológicos de importancia.

1.º La debilidad intelectual. — El jugador juega sin tener conciencia de la ausencia de valor intelectual de sus actos. Juega para distraer su ociosidad, para divertirse como los niños con sus juegos, y eso evidencia puerilidad, tendencia a una regresión mental.

La prueba de la debilidad intelectual de los jugadores se halla en la simplicidad de todos sus actos. Sus ideas son desordenadas, sin filiación; su lenguaje es vulgar, banal, fruto de su irreflexión.

También la superstición demuestra la debilidad de su intelecto, pues creen en la eficacia de ciertas prácticas para lograr fortuna.

2.º La abulia. — El jugador carece de voluntad, ya que, a pesar de estar convencido de lo perverso, de lo peligroso de su pasión y de proponerse no jugar más, no puede resistirse a la primera tentación.

3.º La atenuación del sentido moral. — La afición al juego revela en ciertos casos un carácter altanero que tiende a la anulación del sentido moral. Muchos jugadores comprometen los intereses confiados a su custodia, realizando, para satisfacer su pasión, actos innobles e irreflexivos. Es, pues, el juego, signo de perturbación mental.

POEMAS HUMILDES

NOCHE

La noche era tibia y estrellada. A la vera del camino del pueblo, bajo el sauce verde, un peregrino monologaba sobre los misterios del mundo, la fugacidad de los sueños y las maravillas de la imaginación.

A lo lejos se oía el canto de un carretero, que marchaba con amores o penas por la soledad campesina. En esa noche, con astros luminosos en el azul infinito, soñaba en una Cólquida imposible y me sentía en el mundo brumoso del más allá.

PAJAROS

Hay una algarabía de pájaros en los árboles del huerto. Es la hora delicada del atardecer. La sombra vuelve con su ropaje oscuro y el peregrinante canta a media voz la canción a la soledad encantadora.

Bajo el cielo pardo y el aroma florecido se esperan las estrellas titilantes, y se ansia en la pobreza la fortuna de las canciones de amor.

CAMPOSANTO

El viento gemidor dice su elegía de otoño, y las hojas ruedan en la tierra mojada y los árboles están desnudos. Nada ni nadie turba la quietud del camposanto.

Las tumbas abandonadas dan la razón al poeta que tó la soledad de los muertos: de los que duermen el sueño sin ensueños de la eternidad. Entonces se medita en la pequeñez del hombre, aunque se comprueba que en la existencia diaria, en las fragosas tierras del mundo, él lleva barro deleznable y marcha ciego en su loca ansiedad de poderío.

OSCAR ALBERTO IBAR.

Sir Roberto Montbarry, del condado de Norfolk, poseedor de innumerables castillos, de pintorescos montes, donde era un placer de dioses la caza, de afortunados barcos, que nunca efectuaron un viaje cortando las olas de todos los mares sin un producto fabuloso, nada tenía que pedir a la fortuna para que le diera felicidad. Heredada parte de sus riquezas de sus padres, acrecentaba la restante por el propio impulso del dinero ya creado, había pasado el noble inglés su juventud sin deseos no satisfechos, sin caprichos no conseguidos, sin tedios que no hubieran tenido por término el florecimiento de nuevas esperanzas.

Pudiera decirse que era el único compatriota de John Bull que no había conocido el "spleen".

Era dueño de los caballos más alrosos, de los perros más corredores, de las moradas más lujosas, y, hasta bajo cierto aspecto, más encantadoras. Porque Sir Roberto, si daba una mano a los jockeys, daba la otra a los artistas. Sus habitaciones tenían mucho de museo. Estatuas y cuadros, ya debidos a ingenios contemporáneos, popularizados por la fama, ya obras de antiguos maestros, celebrados por la lengua de oro de la tradición gloriosa, llenaban paredes y decoraban rincones de sus bellos palacios.

Los que conocieron a Sir Roberto no podían figurárselo de otro modo que por una sonrisa, perenne mente instalada en sus gruesos labios, de reluciente rubicundez, iluminando un rostro sano, redondo, limitado a derecha e izquierda por rizadas y abundantes patillas rubias.

Sus ojos, que eran de un clarísimo azul, tenían la transparente inocencia de unas pupilas de niño.

Era soltero. Nadie podía jactarse de haberle visto requiriendo de amores a una mujer. ¿Carecía acaso de corazón? ¿Era incapaz de afectos, de ternuras, de emociones sentidas al rozar de las flechas del amor? Nada de eso. Sir Roberto era, por el contrario, extremadamente sensible; pero su timidez, quizás exagerada; la rígida etiqueta británica que mantiene siempre a respetable distancia de los lores las impasibles ladys; y un carácter refractario de toda doblez y engaño, habían hecho de él un solterón, que sin acusar en voz alta al matrimonio, defendía en secreto con su conducta, al celibato.

Sir Roberto, pues, era susceptible de amar; pero quería, filosóficamente pensando, ser a su vez amado con lealtad, sin mezcla de ajenos intereses, sin que esas grandes cosas del mundo, que se llaman dinero, lujo, fortuna, posición social, renombre, intervinieran en las cosas de su alma.

No encontrando en su país la mujer soñada, viajó por Europa, hasta que se fijó, después de la lectura de un poema de Byron, en que se pinta a nuestras mujeres, en una de las más hermosas provincias de Andalucía.

—Si aquí está el Paraíso, — pensó Sir Roberto, — no faltará Eva.

II

Ana María Príncipe logró ser la perfecta realidad del ideal escrupulosísimo de Sir Roberto. Era una muchacha que no llegaba a los diez y siete años, pero en la que toda la floración de los hechizos feme-

REGALO DE LA BODA

Por José de Siles

niños se había desarrollado esplendorosamente.

Su hermosura magnífica, rodeada como de una aureola de gracia divina, habíala levantado un pe-

destal, ídolo de sin fin de adoradores.

Cuando la conoció Sir Roberto, la amó con locura. A la primera mirada, negra y brillante como la



LA MAMA.—¡Debíamos pedir a la autoridad que ahorcaran a los moscones!
ELLOS.—¡Lo que debía usted pedir es parecerse a una mujer!

PROVERBIOS RUSOS

—Las mujeres solteras piensan en el matrimonio; las casadas, en el amor.

—El amor se prende en un hilo de seda, pero se rompe con una maroma.

—Dar a luz es difícil; pero resulta una niñería comparado con el callar.

—El matrimonio es una puñalada en el corazón del amor.

—El ganso tiene más que censurar en el cisne, que el cisne en el pato.

—El que mira a través del amor, toma la joroba de la novia por su pecho.

—Un loco hace ciento; pero más locas hace una loca.

—La novia no sabe por qué llora, cuando llora, el día de la boda, hasta un año después.

—El último amor es el verdadero.

—El que alimenta a su mujer con vinagre, no beberá miel de sus labios.

—También llora la fea cuando se rompe el espejo.

fulguración de un abismo encendido, de la bella andaluza, dió al traste con sus planes y reglas de proceder el impetuosado hijo de Abdon. Descartó descomunanzas, y penso sólo en hacerse amar de Ana María.

Aunque entrado en años, remozóse, como por encantamiento, bajo el influjo de aquel amor. No experimentaba poco placer en sentirse, a su edad, con los potentes entusiasmos, las candideces ardorosas, los arrebatos heroicos de la primera juventud. ¡Aquello era vivir!

El noviazgo duró poco. Ana María le dio pronto el "sí". Sus padres convinieron en ello, y la boda fue señalada para plazo breve. No había habido obstáculos en aquellos amores. La dicha sonrió desde el primer paso a Sir Roberto, quien caminó como al son de una marcha triunfal, sobre un terreno rociado de flores.

Estaba ciego de orgullo. Había vencido con su sola presencia a sus rivales. Verdad es que era más rico que ellos. Pero, ¡el alma de Ana María, que parecía un cielo sacado lleno de alfileres y diamantes, ponía puntos en las cosas brillantes del mundo. No creyó en ella el dinero, la ambición, la vanidad, el interés. ¿Qué era de las que ya no pueden amar, como la miraba con los ojos de los amantes, puso en ella todas las perfecciones que hacen de una mujer un ángel.

Eso sí, Ana María guardaba de las gatas. Sus padres, que disponían de medios para no contrariarla con la privación, cumplían sus gustos. No ignoraban que la vanidad no tenía parte en el excesivo, casi exclusivo cuidado de su hija por los adornos. Sabían que era hermosa, frecuentaban los salones, parecían cosa llana que una doncella tan querida mostrara su beldad natural en el marco de oro de su fortuna.

Sir Roberto fué también de esta opinión.

Los talleres de modista más en boga fueron como convocados a un certamen para los trajes de boda. De igual modo, los joyeros más hábiles labraron para Ana María sus obras más ricas. No hubo tela costosa, ni color delicado, desde el rosa cera de aguas marfilinas hasta el verde océano de tonos que se confunden con el cielo, que no fueran empleados en la confección del variadísimo surtido de vestidos de novia. Por lo que toca a perlas, diamantes, záfiro y demás raras piedras, alfileres y anillos, pocas veces el sol, al reflejarse en ellas, celebró una fiesta de luces más riante.

Viendo aquel ajuar, más que mujer, parecía que se casaba un hada.

El caudal de Sir Roberto manifestó, en tal caso, cuánto era su poder. Pero todos sus bosques, todos sus castillos, todos sus buques mercantes, todos sus caballos y perros hubiera dado el de Norfolk por el amor de Ana María.

Aquella jovenzuela andaluza, mimada y caprichosa, de una mirada altiva y de seducción picaresca, desinteresada y bella, había sido la única pasión del inglés. Durante toda su vida de soltero, aparentemente feliz, la había estado soñando, viendo crecer y hermosearse en su fantasía. Al fin, en el Paraíso, había encontrado a Eva.

III

Verificóse la boda.

Sir Roberto creía soñar; estar viendo una aparición, cuando tenía a su lado a la sin par Ana.

Rápidamente corrieron los primeros días de matrimonio sin variación alguna en esa felicidad que da la unión de dos que se aman. No se pronunció durante este tiempo la palabra "no". Antes que brotara el deseo de algo en la mente de Ana María, aparecía convertido en hermosa realidad. Ningún antojo suyo se discutía. Hubiera pedido que ardiera Londres, y Sir Roberto, por ofrecer aquel espectáculo grandioso a su tirana, hubiera rociado de petróleo la ciudad, y con su misma mano aplicado la mecha.

Al día siguiente de su matrimonio, volvió Sir Roberto a su país, llevando consigo a su mujer.

Instaláronse en el principal castillo de Norfolk, en aquella antigua mansión feudal, de macizos muros, donde Sir Roberto había reunido tantos objetos de arte contemporáneo.

Los días eran allí tristes, las noches silenciosas; pero Sir Roberto había sabido alegrar aquéllos, organizando cacerías, y animar éstas, celebrando conciertos. Nobles y artistas acudían a su castillo, invitados por él, afanosos de mostrar, delante de la nueva señora, el tributo de su admiración o los prestigios de su talento.

Sir Roberto mismo no perdonaba medio de agradar a su mujer; pocos días pasaban sin que a manos de Ana María no llegara un nuevo regalo de su esposo.

Una noche, por fin, se quedó solo el matrimonio. Sir Roberto leía un libro. Ana María, sentada cerca de

la ventana, miraba por los largos vidrios del balcón la insondable oscuridad del campo. A ratos bostezaba y a ratos dejaba caer la cabeza en su mano, como cansada o pensativa.

Sir Roberto, que alternativamente leía y observaba a su esposa, abandonó el libro y vino al lado de Ana.

—¿Qué tienes? — la preguntó.

—Nada.

—¿Qué deseas, y no me lo dices?

—No sé, pero me falta algo, — dijo la joven con acento de fastidio. Sintió Sir Roberto en el pecho un dolor extraño; algo así como si se le hubiera roto el corazón.

Se contuvo, ahogó un suspiro profundísimo y siguió contemplando a su mujer. Luego dijo:

—Joyas, tienes cuantas has soñado...

—No todas, — interrumpió Ana.

— Precisamente te iba a decir que deseo un collar.

—¿Un collar?

—¡Tengo tan pocos!... es de lo que menos me has regalado.

—Pues... yo te regalaré uno ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¡Ah! ¿Lo tenías guardado?

—Sí, — respondió Sir Roberto sonriendo tristemente, — era el último "regalo de boda" que pensaba hacerte.

Se levantó, besó en la frente a su esposa, y entró en la habitación inmediata.

En vano le esperó Ana María. Cuando fué a ver si volvía, le halló colgado del cuello en los cordones de las gigantescas cortinas adamasadas que cubrían las puertas de las salas del castillo.

El collar, regalo de boda, ofrecido por el desilusionado esposo... era la cuerda con que se había ahorcado.

Los ojos de Bolívar

No era Bolívar el mayor de los oficiales cuando hubo para sí el mando del ejército; y con ser de los más jóvenes principió a gobernarlo como general envejecido en las cosas de la guerra. Hombre de juicio recto y voluntad soberana, aunque temblaran cielos y tierras, sus órdenes debían ser obedecidas. En los ojos tenía el domador de la insolencia, pues verle airado era morir el atrevido. Estaba su corazón formado de un flúido celestial, y no era mucho que su fuego saliera ardiendo en la mirada y en la palabra. La fuerza física nada puede contra ese poder interno que obra sobre los demás por medios tan misteriosos como irresistibles. Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos que alumbran y animan, aterran y pulverizan. Pirro, agonizante, hace caer de la mano la espada que iba a cortarle la cabeza, con una mirada, ¡qué mirada eléctrica, espantosa; en ella fulguran el cielo y el infierno! Mario pone en fuga al cimbrio que viene a asesinarle, sin moverse, con sólo echarle la vista; y se dice que la mirada de César Borgia era casi imposible de sostener. El general Páez habla de los ojos de Bolívar, encareciendo el vigor de esa ley profunda, la viveza con que centelleaban en ocasiones de exaltación. Y sino, ¿por dónde había de verse el foco que arde en el pecho de ciertos hombres amasados de fuego y de inteligencia? La mediana, la frialdad y la estupidez miran como luna o aun pudieran no tener ojos. Júpiter mueve los suyos y truena el firmamento. Homero sabía muy bien lo que convenía a los inmortales.

JUAN MONTALVO.

LA NOCHE AQUELLA

(Para FRAY MOCHO).

En casa de mi tía
la hallé una noche del invierno alevé;
su voz me parecía
un suspiro breve,
el mágico sudario de la nieve.

No es, por cierto, fácil
hurgar el corazón de una doncella.
Melancólica, grácil,
en la noche aquella,
como la luz, brotó la voz de Bella.

Amor del infinito
que alberga el divino corazón;
espíritu contrito,
hablóme de Platón,
de Sócrates, Eurípides, Solón.

Y es que en su pecho duerme,
con extraña fruición intercurrente,
una duda inerme;
la lleva dulcemente
como una ofrenda del amor ausente.

Y es que ella ignora
que la vida trasciende de estos lares.
La eternidad mora
en todos los pesares,
en los hondos abismos seculares.

La verdad se alcanza
a través de intensas reflexiones.
La frívola mudanza
de todas las pasiones
priva la realidad, siembra ilusiones.

¿Por qué la noche aquella
abrió su ignoto, frígido océano?
¿Por qué la voz de Bella
suspiraba en vano
como la flauta triste del arcano?

No todo es transitorio;
hay, tras el velo de los blancos prismas,
un principio notorio
que destruye sofismas:
el verbo oculto de las cosas mismas.

Con estas digresiones
alejéme de casa de mi tía.
Todas mis impresiones
de aquella noche fría
fueron a dar al fondo de un tranvía.

Y una voz infelice,
pálido grumo de lejana estrella,
¡romántico! — me dice —
¡óyela a Bella
cómo se ríe de la noche aquella...!

MOISES M. COHEN.



I

Te hallé en mi jardín cortando rosas y claveles.

Rosas, claveles, lirios y geranios, reclamaban tus búcaros vacíos, y eran tus manos sobre las flores mariposas rosadas y tranquilas!

Te hallé en mi jardín y perdieron las flores sus encantos bajo el encanto de tus pupilas: flor del Amor, reinabas entre las rosas y los geranios y los claveles, y era tu perfume para las brisas y tu hermosura para mi sueño!

II

Las flores cultivadas fueron para tí: semillas de ilusión y agua de esperanza fecundaron la tierra de mi predio, después de mis rogativas a la aurora. Y fueron mis rogativas mensajeras de amor hacia los cielos: lirios para su pecho; rosas para su alcoba y claveles para sus cabellos! Y brotaron las flores a los besos del sol, y fué la gloria en mi vida hecha canción en mis labios para tí!

Prendí los lirios en tu pecho, y los claveles en tu lengua cabellera. Tú llenaste tus búcaros de rosas y fueron en tu alcoba las guardadoras de mis besos silenciosos... perfumaron tus noches, y acaso, te dijeron el secreto de mi vida. Tú lo sabes!...

III

Triunfa mi lira en la batalla de las flores y con sus ritmos para tu nombre notas de bendición y de esperanza!

Gusto bajo las rosas, componer la estrofa que ha de arrullarte en el silencio de la noche plácida, después de acariciar a las margaritas que decoran a tu ventana.

Hecha es la estrofa con los trinos de las aves y los suspiros de las auras: aquellas cantan sobre los durazneros en flor; éstas suspiran al pasar por los rosales que te brindaron su blancura en la última cita de nuestro amor. ¿Te acuerdas?

IV

Baja la lluvia sobre mis jardines melancólicamente, y ruedan las gotas claras sobre las rosas y los claveles, como rodaran las perlas de mi llanto sobre la seda de tu cara, la vez que nos dijéramos adiós!

...Y fué una tarde así como ésta: lloviznaba en la hora tristemente, y bajo aquel cielo sombrío del otoño enfermo, la canción de la llovizna nos decía el tético romance de los recuerdos, perfumado con besos y promesas y visiones de playas extranjeras!...

¡Qué gentío en la ribera! ¡Qué bullicio, y qué solos estábamos los dos!...

Después... la nave que se iba seguída por los adioses de los pechos conmovidos y los ojos angustiados!...

Lucía tu pecho la blancura inmaculada de los jardines míos, y tus labios que humedeció mi llanto, el color de los claveles que deshojé a tus plantas; ¿recuerdas, Lena?...

Se fué la nave y con ella tú y mi vida.

En los jardines de la soledad, flores del recuerdo cultivé en silencio. Bajo la lluvia melancólica de mis afectos florecían amorosas, y, jardinero enamorado, cultivé las

Los poemas del buen amor

Por Ricardo M. Llanes

rosas de tu regreso en los tranquilos predios de mis esperanzas!

¡Y fué una tarde así como ésta!...

Baja la lluvia sobre mis jardines melancólicamente, y es toda mi vida bajo su nostalgia, flor de contemplación y de silencio!

V

Entre las magnolias del recuerdo floreció tu nombre, y fué un místico perfume sobre la tarde de mis meditaciones.

En la soledad, de los jardines en penumbras, me siguió tu imagen y platiqué con ella devotamente.

La aristocracia de las rosas, la majestad de los nardos y la triste blancura de los lirios, me hablaban de tí, mientras que la nocturna brisa traíame el eco de tu palabra milagrosa; y era la melancolía en mi alma deshojando las violetas de la ausencia!

¡Eso fué ayer!

VI

Alborada de marzo: trinos y colores en mis vergeles.

Las últimas sombras del crepúsculo matinal van desapareciendo, y cobrando va el cielo tonos arrebolados.

Es la glicina una cortina rosada sobre mi vidriera, y en la tapia las campanulas azules se libentan de la hiedra.

Dentro de poco pasarás tú rumbo a la misa mañanera. Ya el campanario musicó tu nombre y sus tañidos llenáronme de gloria!

¡Dentro de poco pasarás tú! Listo el ramo está de tus flores predilectas: se enjoyarán los altares del Señor bajo la ofrenda de tus manos y el perfume de tu gracia.

¡Listo está el ramo de tu amor!

VII

Déjame ser rey en mi jardín y en tu corazón.

Los surtidores cantan mi bendición

ción y es clara el agua como tu mirada!

Déjame ser jardinero y tendrás perennemente flores en tu vida, porque las primaveras serán eternas en mis vergeles y las floraciones victoriosas, por obra y gracia del amor, mensajero feliz, rumbo a nuestros corazones!

¡Déjame ser rey en tu corazón!

La mecanógrafa que fué princesa

Hace poco se terminó la testamentaria de la princesa Anastasia de Grecia, que falleció hace poco en Londres.

La historia de esta dama es por todo extremo novelesca.

Nació en humilde cuna, en Richmond (Indiana), y cuando tenía quince años, la necesidad de ganar la vida la llevó al servicio del industrial americano M. W. B. Leeds.

Su belleza y honradez convirtieron al poco tiempo a May Stewart en la esposa de su patrón, conocido en América por el "Rey del estaño".

Murió Mr. Leeds, y quedó su joven y bella esposa dueña de una fortuna superior a 200 millones de francos oro. La viuda se trasladó a Londres, con el deseo de brillar en la capital europea. Su hotel de Saint-James Place fué uno de los salones más "smart" de la metrópoli.

Su dueña, bellísima todavía, despertó amores en el corazón de muchos hombres; pero la viuda no parecía dispuesta a dar sucesor a Mr. Leeds.

Surgió en esto el príncipe Cristóbal de Grecia, y entonces renacieron en la hermosa viuda las legítimas aspiraciones de encubrimiento. La antigua mecanógrafa quería convertirse en prima del rey Jorge, de la reina Victoria, del emperador de Alemania, que aún lo era; el sueño era tentador.

En febrero de 1920, la viuda de Mr. Leeds se convertía en la esposa del príncipe real de Grecia.

Esto le permitió exhibirse francamente como la princesa real Anastasia de Grecia, con todas las prerogativas inherentes a este título.

Entonces entraron en juego los millones de la viuda, sirviendo para reorganizar el partido realista en Grecia y preparar la vuelta del rey Constantino.

Más tarde, los dólares americanos sirvieron para sostener el ejército griego en Esmirna.

Pero la esterilidad de sus dispendios, aumentada por intrigas que inevitablemente rodean a estos millonarios, los años y las enfermedades hicieron mella en el ánimo de la princesa, que se retiró de la vida mundana.

Un cáncer al hígado pone fin a la existencia de esta mujer, que desde una cuna humilde llegó a desempeñar papel tan importante, como el que desempeñó en Grecia la modesta dactilógrafa princesa Anastasia.

Caras de mujeres

¡Oh! caras de mujeres, ¡oh! divinas caras, de alegre o lánguida belleza, tras las cuales volvimos la cabeza, cautivos de sus formas peregrinas, o enfermos de deseo, o de tristeza.

¡Oh! caras de mujeres, que dichosas hemos visto surgir a nuestra vera; en vosotras dejó la Primavera, las galas de sus lirios y sus rosas, temeroso de que otro así lo hiciera.

Blancas unas, rosadas y sonrientes, si no en mármol, en nácar esculpidas; muchas otras, a veces, parecidas, de nieve o porcelana, transparentes, cuando no, como granas, encendidas.

Recuerdo una, en facciones, exquisita. ¡Ah! ¡No he vuelto a ver cara como aquélla! ¿Te acuerdas, corazón?... ¡Qué cara bella, la cara de la rubia Margarita, cada vez más lejana que una estrella!

Hubo otra también, con inefables destellos en las púdicas miradas; ¡oh! cara que llevabas encrespadas tus trenzas, de cabellos adorables, que por mí no pudieron ser besadas...

¡Oh! caras de mujeres, que surgieron una vez y otra vez a nuestra vera; caras hechas de luz y primavera, cuyos ojos ardientes encendieron una extraña pasión... ¡o una quimera!

IRENEO RICARDO DEL PINO.

Mi mujer quiere un collar

Por Francisco Caravaca

"O ciel! En quel état
ma fortune est réduite!..."

Corneille: Polyucte.

Hubo una ocasión en que mi mujer quiso un vestido. De esto creo que ya he hablado otra vez, si mal no recuerdo.

Cuando mi esposa se empeñó en tener un vestido hube de complacerla y, naturalmente, mi mujer tuvo... un collar.

Lo lógico sería que ahora que mi esposa desea un collar de perlas, yo la obsequiase con un impermeable o con un abanico de plumas. Pero he aquí lo verdaderamente peregrino del caso: mi mujer quiere un collar y nada más que un collar... "No muy caro — dice ella. — Treinta o cuarenta mil francos, nada más"... ¡Una bagatela!...

Y su empeño es tal, tan grande su obstinación y su deseo de reducirme a la miseria que, a pesar de que le he hecho las más sedudas reflexiones filosóficas acerca de la banalidad humana, al querer adornar sólo el cuerpo, cuando lo que principalmente se debe adornar es el alma de todas las virtudes, y singularmente la del ahorro, no ha habido manera de hacerle desistir de su propósito.

—Mira, Virginia — le dije, conciliador, hace muy breves días, — la gente de hoy no vive sino de apariencias, de engaño. Nadie se preocupa de averiguar si las perlas o brillantes de ciertas joyas son falsas o verdaderas... Eso a nadie le interesa. En este caso, ¿no te sería igual uno de imitación, que causan el mismo efecto que los de perlas auténticas y que, a lo sumo, me costaría cuatrocientos o quinientos francos?... Para el caso es lo mismo...

—¡No, no, y mil veces no! — argumentó mi esposa angelicalmente, con una lógica demoledora, dispuesta a romper la ya mermada vajilla. — ¿No te da vergüenza decir eso a tu mujer?... ¿Perlas falsas la esposa de un magistrado?... ¡Parece mentira!... ¡Es verdaderamente asombroso!... Debiera darte rubor proponer semejantes... fruslerías a tu esposa... ¡Pero, no; ya lo sabes: no quiero perlas falsas!... Quiero un collar de perlas buenas. ¿Lo has entendido?... ¡Buenas!... Aun cuando no sea muy caro... Treinta mil francos me parece que es ponerse en razón... En fin, como el de la señora de Mangeloup, que es sencillamente delicioso...

Y he aquí el dilema, el terrible dilema de ser o no ser, como dijo Aristóteles o Chateaubriand. O comprarle el collar a mi esposa — que no le sentaría del todo mal, — o romper nuestra no muy estable armonía conyugal...

¿Qué hubieran hecho ustedes en mi caso, del que Dios los libre muchos años?... ¿Comprárselo?... ¿No comprárselo?... Pues bien: yo hice ambas cosas; se lo compré, o, mejor dicho, no se lo compré, sino que hice como que se lo compraba.

Cierto día, después de una regular contienda doméstica (mi esposa rompió dos magníficos jarrones

de porcelana de Sajonia), por causa del collar, me lancé a la calle desesperado, con el fin de comprarle el collar o de arrojarle al paso de un carruaje, según que me soprase el viento de uno o de otro costado. Claro que, de todos modos, quien perdía era yo, siempre yo... ¿Por qué demonios se habrán inventado los collares y las esposas pedigüeñas?... El Estado debiera prohibir la importación y fabricación de estos dos artículos, igualmente suntuarios, enojosos e inútiles...

Rue de la Paix. Una lujosa joyería. Un empleado muy servicial me atiende "ipso facto", y al cual cuento la gravedad de mi caso. El dependiente me da algunos consejos al oído, y yo suelto una ruidosa carcajada que hace mover la infinidad de collares que se hallan suspendidos en el interior del escaparate.

—¿Pero es posible?... ¿Eso puede hacerse?... — exclamo rebosando de júbilo.

—Todo, caballero, todo es posible en este mundo... Lo mismo escribir versos que falsificar moneda... Cuestión de tiempo...

Y después de entregar al dependiente treinta mil francos salgo de la joyería lleno de satisfacción.

Una semana, justamente una semana más tarde, volvía yo a la joyería de la rue de la Paix, y por trescientos setenta y cinco francos

adquiría un nuevo collar de perlas imitación, que al entregarlo a mi mujer fué recibido con alborozo y gratitud...

¿Cómo había podido yo conseguir tamaña transformación?... ¿Creerán ustedes que amenacé a mi esposa con alguna resolución grave? ¿Tal vez con hacerme escritor? Nada de eso. Sencillamente...

Cuando yo conté al dependiente de la joyería mis tribulaciones, el joven, sonriendo discretísimamente, me dijo:

—Nada, caballero, nada... Usted se lleva el collar, previo el pago, claro está, de los treinta mil francos que tiene marcado de precio, y dentro de una semana, a lo más tardar, el collar vuelve a esta casa, y usted recibe veintinueve mil quinientos francos, reservándonos nosotros quinientos de comisión... En el caso de usted se hallan hoy muchos caballeros... ¡Las mujeres son tan caprichosas!... Pero eso no tiene nada de particular. Raro es el día que no hacemos alguna operación de esta índole...

—¿Pero qué operación es esa? — exclamé sin comprender. — ¿Cómo podré yo devolver a ustedes el collar una vez en poder de mi esposa?... ¡Qué ironía!... ¡Usted no conoce a mi esposa!... El 14 de julio del 89 no fué sino una leve alteración de orden público, comparado con lo que pasaría en mi casa si yo fuese tan audaz que quisiera arrebatarle el collar a mi mujer... Usted no la conoce, no la conoce... Créame usted: no quedaría un mueble sano en casa... Como usted no me indique el medio...

—Muy sencillo, no puede serlo más: usted lleva el collar a su señora, la cual, como es natural, en estos casos, se desmayará de emoción; usted, por su parte, cuidará

FOTOGRAFADOS

CONFECCION DE OLISES,
PARA REVISTAS, CATA-
LOGOS, FOLLETOS
Y OTRAS
PUBLICACIONES.

Pujol & Marpons
PRECIOS
SIN COMPETENCIA.
TRABAJO GARANTIZADO
ENTREGA INMEDIATA.

B. MITRE 1259

U.T.38MAY02589

de no ponerse demasiado pálido de ira. A los tres días justos la lleva usted a un batle de sociedad que yo le indicaré, y una vez allí yo le respondo de que cuando su esposa regrese a su casa volverá sin el collar... Se lo robaremos nosotros...

Aquí fué donde yo solté aquella carcajada de infinita alegría...

¿Era posible semejante dicha?...

—Todo, caballero, todo es posible en este mundo. ¡Hasta engañar a una mujer!...

Lo malo será que ahora se le ocurra perder o que le roben el collar falso... ¡Dios mío, que penoso es tener una mujer que se desvive por los collares!...

La carta de amor más antigua

El amor es tan antiguo como la humanidad; pero las cartas amorosas son indablemente bastante más modernas. Con todo, un descubrimiento hecho en Caldea, demuestra que la costumbre de escribirse, entre novios, no es de ayer ni mucho menos.

Consiste el tal hallazgo en una tableta de barro cocido, conteniendo un mensaje de amor, escrito en caracteres cuneiformes. Data del año 220 a. de C. y traducido dice así:

"A la señora Kashbuya, Gimil Marduk dice: Quiera el Sol de Marduk darte vida eterna. Te escribo deseando poder saber cómo está tu salud. ¡Oh, envíame un mensaje diciéndomelo! Desde que vivo en Babilonia no te he visto, y estoy muy triste por ese motivo. Envíame un mensaje diciéndome cuando vendrás, para que yo sea feliz. Ven en Marchesván. Te deseo larga vida para dicho mío".

Aquellos de nuestros lectores a quienes les parezca que un "billet doux" escrito en un ladrillo no puede tener nada de poético, cambiarán, sin duda, de parecer, cuando sepan que el nombre de la destinataria, Kashbuya, significa "ovejuela", mientras el del autor de la carta, Gimil Marduk, quiere decir "favorito de Marduk", que era para los babilonios el rey de los dioses. Aquella, juzgando por el punto donde se ha encontrado la tableta, vivía en la antigua ciudad de Sippara, mientras él, según indica la misma carta, estaba en Babilonia. En cuanto a la invitación "ven en Marchesván", expresa el deseo del enamorado de que la dueña de sus pensamientos participase de las fiestas que en el mes así llamado era costumbre celebrar en Babilonia.

La industria de motocicletas

Se calcula en 350.00 el número de motocicletas que anualmente se venden en el mundo; de ellas, la mitad son de procedencia inglesa, una sexta parte alemanas, otra sexta parte de los Estados Unidos y la sexta parte restante se la reparten entre Francia, Italia, Bélgica y otros países europeos. Según la estadística, a comienzos del año 1925, las motocicletas existentes en todo el mundo eran 1.250.000, de las que una mitad correspondía al imperio británico; en Alemania, su número era en el año 1914 de 20.611, y de 161.508 en el 1925.

En Inglaterra existen tres grandes fábricas que producen entre 15.000 y 35.000 motocicletas por año; unas doce que fabrican entre 2.000 y 6.000, y, en fin, una serie de pequeños talleres que en junto, producen una cuarta parte del total. En Alemania se fabrican unas 70.000 motocicletas por año, ocupando esta industria unas 10.000 personas, entre las 40 casas a ello dedicadas.

Una tragedia en el desierto

Una de esas tragedias difícilmente concebibles hasta por la imaginación más enfermiza del novelista más fantástico, es la que acaba de ocurrir en los trágicamente célebres desiertos de Arizona.

Tan grande como su desolación es la fama del desierto desde días inmemoriales. Hace muchos años los exploradores españoles buscaban en las llanuras de arenas caldeadas las siete míticas ciudades de Cibola. De la narración de viaje en la que se retrataba una angustia y dolor sin paralelo, la frase más gráfica e inolvidable, es la de Alonso que pereció al fin de la expedición. En estas terribles soledades, dice en un párrafo donde trasciende un horror superhumano, no se encuentra más sombra que la sombra de la muerte. Esa siempre acompaña a todas partes.

Precisamente en una región de esos espantosos lugares, fué donde Cox estableció últimamente su hogar. A 25 millas de Casa Grande, en pleno desierto de arenas calcinadas por un sol de plomo derretido, el atrevido y joven aventurero creyó ver el pedestal de su futura grandeza. Allí, sobre una aridez inconcebible y sobre el oleaje movedizo de las arenas espejeantes, construyó su rancho, como un desafío contra los tornados, el sol y las serpientes.

Dos años de ruda lucha con una naturaleza cruel, no le hicieron desmayar en sus propósitos. Al tercer año, trajo consigo a su esposa y dos pequeños hijos, para que fueran sus compañeros y alegría de su aislamiento. Y llegó el tercer año y los sueños del creyente comenzaron a convertirse en realidad. Una pobre, mezquina, raquítica cosecha, fué el premio de sus desvelos. Era insignificante el primer regalo de la tierra, pero la promesa del triunfo estaba patente, clara, lista a incrementar a fuerza de constancia y valor.

Sin embargo, no hay que olvidar, que no es la fantasía de los novelistas la que nos asegura que siempre los desiertos de Arizona ocultaron tragedias espeluznantes. Es la realidad de los hechos la que no desmiente la fantasía del escritor.

Fué un domingo el día de la catástrofe. Cox se había retirado a unos montículos lejanos siguiendo el rastro de una veta de agua que penetraba en el desierto y corría bajo sus arenas. De lograr localizar la corriente en aquellas soledades, nadie sería ya capaz de arrancar de sus manos el triunfo. Más de un mes empleó Cox en tan árdua faena, llegando al fin, desbordante de alegría, a encontrar que la veta de la clara ninfa, pasaba casi enfrente de su rancho, fría, cristalina, como una promesa, como una bendición.

Su descubrimiento le había hecho olvidar instantáneamente los incontables terrores que había experimentado en el curso de aquellos largos meses. El desierto silente, el aislamiento de anacoreta, la lejanía de auxilio en caso de enfermedad o desgracia, la lucha con una naturaleza despiadada, los reptiles del desierto.

¡Ah, los reptiles! ¡La terrible serpiente de Arizona, cuya picadura es casi fulminante; pero de efectos no tan suficientemente rápidos, como para evitar a la víctima varias horas de un martirio sin nombre!



EL.—Señora, tenga usted la seguridad de que con su hija no he de pasar de lo tolerable.
LA MAMA.—Es que mi hija tolera mucho!

Su alegría, le hacía contemplar tanta barrera terrible como juegos infantiles, pues para el triunfador, siempre el dolor pasado se esfuma como la niebla bajo los rayos del astro victorioso.

Pero la tragedia del desierto es-

taba esperándolo para herirlo de la manera más despiadada.

En el dormitorio de su rancho, sobre el rústico camastro, yacía el cuerpo semidescompuesto de su esposa, y a su lado, los dos niños con el cráneo destapado, por el certero balazo que había recibido cada uno de ellos.

La larga carta que estaba sobre la mesa explicaba gráficamente el espantoso drama.

“¡Que nos entierren en una misma tumba!” era la primera frase de la carta fatal. “Adiós, querido, siento el veneno en el corazón”.

terminaba diciendo la esquela que fué devorada por Cox, con los ojos dilatados, terriblemente dilatados hasta colgarle fuera de las órbitas.

La tragedia inesperada del desierto se había cumplido; la maldición oculta era un hecho, los re-

LA MEJOR ORACIÓN

Para los espíritus verdaderamente elevados serán siempre fecundas las horas consagradas a formar y hacer vivir interiormente su ideal; esas horas de recogimiento y de meditación, no solamente sobre lo que se sabe, sino sobre lo que se espera, lo que se intentará, sobre la idea que quiere realizarse por vosotros, que se apoya en vuestro corazón hasta quebrarlo. La manera más elevada de orar, será, pues, pensar. Toda meditación filosófica tiene, lo mismo que la oración, algo de consoladora; no por sí misma, puesto que puede conducir a tristes realidades, sino indirectamente, en tanto que al ensanchar el pensamiento ensancha también el corazón. Toda comprensión sobre el infinito nos produce esa impresión ruda y, sin embargo refrescante, del aire libre en el cual se dilata el pecho. Nuestras tristezas se funden en la inmensidad, como las aguas que proceden de la tierra en el agua azulada de los mares, donde vienen a penetrarse de cielo.

JUAN MARIA GUYAU.

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

latos novelescos de escritos y las leyendas de los aventureros, acababan de convertirse en una realidad agobiante, de realismo enfermizo.

La carta explicaba lo acontecido con un detallismo del que Cox hubiera preferido no tener conocimiento alguno.

Acababa de marcharse el esposo a la montaña, en busca del rastro de la ansiada veta de agua, cuando la señora salió del rancho y se encaminó al cercado donde criaba sus aves de corral. Estaba echándoles los desperdicios que constituían el alimento de las aves, cuando sintió un vivo dolor abajo de la pantorrilla. Volvió apresuradamente la cara, y contempló, en el paroxismo de la angustia, a una enorme serpiente, que aún estaba prendida de su carne inyectándole su terrible veneno.

Y a raíz de la picadura, la señora comenzó a escribir el más patético diario que pueda haber escrito ser humano, diario que se distingue, por la falta absoluta de miedo y carencia de piedad para la víctima.

Lunes.—Ayer domingo me picó una serpiente del desierto, en momentos en que daba de comer a las gallinas. Me he acordado de algunas de tus instrucciones para estos casos. Yodina, ácido carbólico y kerosene, me he untado copiosamente para contrarrestar los efectos del veneno que debe haberme inyectado el animal. Tres veces he disparado la escopeta al aire; pero nadie ha respondido a mi llamada. Estoy en una soledad de panteón.

Martes.—La pequeña manchita de la picadura del domingo, se me ha convertido en una veta negra, larga y dolorosa. He procedido a abrirme una ancha herida y exprimírmela varias veces. He vuelto a echar antidotos y parece que momentáneamente me siento mejor. He disparado la escopeta otras tres veces; pero nadie ha acudido a mi llamada. El panteón que me rodea acabará por convertirse en mi hogar.

Miércoles.—Hoy me siento muy mal. He tratado de hacer andar el Ford que tenemos arrinconado; pero está tan enmohecido y oxidado que todos mis esfuerzos han fracasado; siento un fuego interior que me devora. Dios mío, ¿qué será de mí?

Jueves.—Está tan hinchada mi pierna hasta la rodilla, que estoy por creer que durante el sueño, un espíritu malvado me la ha cambiado por una gruesa pierna de plomo. ¡Pero qué asombrada estoy! ¡Si ya casi no puedo ni moverme!

Viernes.—Me doy cuenta claramente que el veneno va conquistando mi cuerpo totalmente. Lo siento cerca del corazón. ¡Pobre mi corazón! Está trabajando con la angustia del que cava su propia sepultura. Me hace falta aire, ¡me ahogo!!

Sábado.—El veneno me mata. Ya lo siento en pleno corazón. Acabo de tener un copioso vómito de sangre negra. Mis manos manchadas

están de sangre como las manos de un delincuente. ¿Pero es delito seguir a su marido, enfrentarse a la adversidad de la suerte y luchar contra las fuerzas brutas de la naturaleza por el éxito? ¿Qué va a ser de mis hijos, en esta soledad, si yo muero de un momento a otro?

Domingo.—En en el día del Señor, al Señor me encomiendo! Mis hijos, mis hijos! ¿Qué va a ser de ellos! Apenas tengo fuerzas para pararme; pero he vuelto a disparar la escopeta. Nadie seguramente ha escuchado esta llamada. Nadie más que mis propios hijos y las serpientes del desierto.

Es seguro que el domingo comenzó la agonía corporal de la señora y con ella la mental de la infeliz madre, pues el lunes decía solamente:

Lunes.—¿Qué va a ser de los niños antes de que tú regreses, querido? Y ella misma respondía en seguida: "Sé de sobra lo que sucederá. Tan pequeños como son, no podrán soportar una semana más sin alimentos y sin agua. Morirán extenuados, con los ojos desorbitados por la angustia, injustamente heridos por un destino ciego, cruel y despiadado.

Martes.— Sólo para el que ha vivido en el desierto, es conocido el dantesco tormento de la sed. Aún hay un poco de luz en mi cerebro. Mejor me llevo a mis hijos. Es preferible una muerte rápida, por la amorosa mano de su madre, a una muerte dura, la muerte de sed y hambre, por la garra despiadada del destino.

Es seguro que desde este instan-

te la desdichada madre pensó en la escena final. No hay duda de que dió a sus hijos el beso de despedida, y cariñosamente para no perturbar su último sueño, olvidándose de sí misma, no recordó otro camino para la salvación, que el encontrado en su cerebro desequilibrado por la desesperación y el

sacado tu revólver. Tiene tres balas. Dos para los niños y la tercera para mí. Creía que me temblaría el pulso, pero no. No ha temblado... Ahí están los dos niños muertos ya. Falto yo. ¿Cómo sufro por final tan desdichado! Estoy tan débil que tengo que hacer grandes esfuerzos para poder man-

ANÉCDOTA

En un coche de ferrocarril se sentaron frente a frente un predicador y un bebedor.

—*Veo que usted pertenece a un grupo o sociedad de abstinentes,* — dijo el bebedor al evangelista.

—*¿Cómo lo conoce usted?*

—*Por esa insignia azul que lleva en el paletó.*

—*Y yo bien veo que usted no es abstigente,* — dijo el evangelista.

—*¿Cómo lo ve usted?*

—*Por ese color encarnado que, a manera de insignia, ostenta su nariz.*

veneno del reptil.

Miércoles.—Adiós, querido. Perdóname. Me siento morir. Dormí a sobresaltos la última noche, y hasta llegué a temer que me faltara el valor. Los niños han dormido apaciblemente. Temprano me levanté para cumplir con mi último deber. Las lágrimas me ahogan; un fuego interno me devora; una desesperación sin límites me agobia y una pena infinita atenaceaba todo mi ser. Es la crisis de la partida. He

tenerme semisentada. Mi querido, mi inolvidable y buen marido!, que nos entierren a todos en una misma tumba! ¡Adiós, adiós!

Cox ha enloquecido. Está en un manicomio de San Antonio Texas. Ha habido numerosas propuestas de casas editoras para la compra del diario de la señora; pero los tribunales se han negado terminantemente a hacer concesión alguna a los publicistas en el sentido que desean.

MUY URGENTE

Por Max y Alex Fischer

La revolución del 48 nació, se desarrolló y murió. La sucedió el Imperio. Todas las noches, José Denis veía que su padre, cuando vaciaba sus bolsillos para acostarse, sacaba un sobre del bolsillo interior de su abrigo. En un ángulo del pliego había un sello. En otro llevaba la indicación de "Muy urgente". Y siempre Denis, el padre, doblaba la carta y decía:

—¿Qué idiota!... ¡Hoy también me he olvidado de echarla!

La enfermedad que había de llevar al sepulcro a Denis, el padre, apareció, se desarrolló, murió.

Una mañana de 1885, inventariando legataria y piadosamente las cosillas que se hablaban en los vestidos de su difundo y pobre padre, José Denis encontró la carta. Miró la dirección y vio que llevaba las señas de una de sus tías, que habitaba en Marsella. Reconoció la letra de su difunta y pobre madre. Abrió el sobre y leyó:

"Querida hermana: Encargo a mi marido de echar con urgencia esta carta. Desde ayer tenemos un sistema postal muy perfeccionado. Se pega en el sobre un trocito de papel de color, que se llama *sello de Correos*, y ya no hay que pensar en más: la carta llega a su destino..."

—¡Pobre papá! — se dijo José Denis. — ¡Qué distraído era!... ¡Pensar que ha llevado durante seis años este sobre en el bolsillo!... ¡Voy a llevarla en seguida a Correos!

Pegó otra vez el sobre, cogió el

sombrero y salió a la calle. Un amigo a quien encontró le invitó a acompañarle a la recepción del joven y audaz señor Ponsard en la Academia Francesa. Aquella carta había esperado durante seis años. Un retraso de una o dos horas no tendría ninguna importancia.

Una tarde de 1859, una hermosa

tarde de radiante sol, por la avenida de los Campos Elíseos, los soldados de Italia entraban en París. José Denis, como todo el mundo, sacó su pañuelo para saludar a las tropas victoriosas. Un sobre cayó al suelo. Denis lo volvió al bolsillo, murmurando.

—¡Caracoles!... ¡Aun no me he

Aunque sea atrevimiento

Va por delante mi excusa... Cara de abril, retrechera, cual ninguna sandunguera y de líneas tan profusa,

que has inspirado mi musa, al acercarte ligera, sonriendo traicionera. En esa boca... que abusa

de su belleza sin par, un beso te quiero dar sin que se entere la gente.

Y, si peco de imprudente, después de lo ya gustado, me quitas lo que he robado.

Mas ten la seguridad que no olvidaré el sabor de tus labios, el primor de tu boca, la bondad

de tu beso, inmensidad de un mundo mucho mejor, esa prisión del amor que es cárcel con libertad.

Tuve sed y en tí bebí un ansia que había en mí de gustar mieles de amores,

libando en las ricas flores de tus labios carmesí... ¿Y me darás otro?... ¿Sí?

PERFECTO MIGUEZ.

Este número de

FRAY MOCHO

ha sido impreso íntegramente con tintas de la Sociedad Anónima Italiana

"ETELIA"

de FIRENZE (Italia)

Gran fábrica de tintas para

tipo-lito y tricromías de ca-

— lidad Extra Superior —

Representantes y depositarios en las Repúblicas del Plata:

Corporación de Fabricantes Italianos Unidos

Masetti, Shakespear y Cía.

U. T. 41-Plaza 2904

Suipacha 774

Buenos Aires

Los relatos sobre tan impresionante drama aseguran que los esposos fueron siempre un par de buenos camaradas, de amigos íntimos y sinceros, dispuestos a luchar llenos de unión y de optimismo, para conseguirse al fin una situación que les permitiera disfrutar del festín de la vida en un asiento de preferencia.

acordado de...!

El 10 de enero de 1867, José Denis dijo a su hijo Francisco momentos antes de morir:

—En el bolsillo de la izquierda de mi americana encontrarás una carta. En cuanto me cierres los ojos la llevas en seguida a Correos. Como verás en el sobre, la carta es muy urgente. ¡No te olvides de ello, por Dios!...

Los que asistieron a la batalla de Tuyen-Quan, durante la campaña del Tonkín, vieron a un hombre tendido junto al río Claro. No sabían de él sino que se llamaba Francisco Denis. Sacó las pocas fuerzas que le quedaban y una carta, que entregó a un camarada:

—Urgente..., urgente..., transmitir a mi hijo..., hijo..., hacerla llegar... gar... a su destino..., tino...

Ayer, el oficial encargado de apartar la correspondencia en la estafeta de la calle de Amsterdam interrumpió súbitamente su trabajo. Contempló con admiración un sobre extraordinariamente manchado.

Marsella era su destino.

En el ángulo de la izquierda llevaba la indicación de *Muy urgente*. Cogió sus tijeras, cortó el sello y rompió la carta en miles de trozos menudos. Luego sacó su cartera y metió en ella el timbre, murmurando alegremente:

—¡Un sello de los más antiguos!... ¡Qué contento se va a poner Enriquito!... ¡Menuda adquisición para su álbum!

El Brasil trata de obtener trabajadores japoneses

Por Francis Mc. Cullag

He tenido el honor de ser recibido en el palacio de Río Negro por el señor Ephigenio Salles, presidente del Estado de Amazonas. Su excelencia me dijo, entre otras cosas, que las autoridades del Estado intentan introducir en aquel país 10.000 trabajadores japoneses y 10.000 indios. Un representante del gobierno del Brasil se halla actualmente en la India, el cual si tiene éxito en sus negociaciones hará que el Brasil use, contra los gomeros ingleses, el mismo instrumento de que éstos se valen para aplastar la industria del caucho brasileño. Este instrumento es el coolí, cuyo trabajo barato y eficiente pone en condiciones de mayor ventaja a aquellos que le utilizan sobre los que se sirven del trabajo costoso y deficiente del "caboclo" del Amazonas.

Si el experimento ofrece resultados positivos, pronto el Amazonas dejaría de ser una región de "hombres blancos", si bien no es del todo seguro que actualmente lo sea.

Por algún tiempo se ha creído que el hijo de portugués con india sería especialmente apto para vivir en la región. Esta raza mixta se llama "caboclo", es de color cobrizo y a pesar de su apariencia es desesperadamente apático, inepto y enfermizo. Algunas veces tiene veinte hijos, pero la mayoría de ellos mueren en su infancia y los demás no son en su mayoría buenos trabajadores. La malaria y otras enfermedades han minado la salud de esta raza y la lepra se ha esparcido entre ellos en forma terrible. De acuerdo con lo informado por el doctor Belisario Penna, en el presente hay 33.000 leprosos en el Brasil (la mayor parte de ellos en la zona norte) y por el incremento con que se desarrolla la enfermedad se supone que en el año 1946 la cifra de los enfermos alcanzará a más de 177.000.

El Amazonas, por consiguiente, ha solicitado ayuda a Asia. Se dirige a Asia porque es imposible obtener inmigrantes de Europa. Varios esfuerzos se han hecho para atraer inmigrantes portugueses directamente al norte del Brasil, pero tales esfuerzos han fallado, sin embargo no es difícil conseguir trabajadores portugueses para el sud del Brasil. Entre los trabajadores nativos no se nota oposición a la entrada de trabajadores japoneses e indios en aquella zona, pues aunque entre ellos hay unión son muy apáticos y no tienen absolutamente ningún prejuicio de raza ni color.

Se dice que se han ofrecido a los japoneses seis millones de hectáreas de tierra en el Amazonas y la compañía de navegación Kanega Fuchi ha ofrecido 80.000 yens para cubrir los gastos de la comisión de estudios de las condiciones del Amazonas.

Es creencia general que los japoneses no aceptarían el ofrecimiento, ni tampoco hay probabilidades de éxito en razón de que los japoneses

no les sienta muy bien el clima tropical; su salud no resiste a ese clima.

rés en vista, y en segundo lugar porque el Brasil no puede tener una invasión extranjera. El Brasil absorbe las más indigestas nacionalidades y no habría ninguna razón para que no absorbiera a la japonesa. Si fuera en la costa del Pacífico el asunto podría ser motivo de alarma, pero en la región de que se trata no es lo mismo.

No solamente se considera que el Brasil puede defenderse a sí mismo por su distancia, clima y condiciones geográficas, sino que (desde el punto de vista norteamericano) Inglaterra y Estados Unidos no

introducidos por una compañía inglesa algodonera. En tan próspero Estado, yo creo que hay cinco colonias japonesas, tres de las cuales han tenido franco éxito. Todas las colonias se dedican al cultivo del arroz, que pronto ha llegado a ser el plato nacional del Brasil, como lo es de la India, el Japón y la China.

Antes de salir de Río de Janeiro con destino al Amazonas, he tenido una entrevista con M. Calmon, el ministro de Agricultura de la Nación, quien me dijo que, de ningún modo, se hará algo que pueda perjudicar al inmigrante japonés, pero tampoco se tolerará que se forme un block sólido en ninguna parte del territorio de la nación.

Se siente uno desagradablemente impresionado cuando se regresa de la parte oeste del Brasil, donde existen vastas extensiones de terreno, con excelente clima, que reclama la llegada del trabajador europeo, y se encuentra la ciudad congestionada de inmigrantes robustos que no saben hacer otra cosa mejor que vender billetes de lotería.

Esto me hizo examinar una nueva faz del problema de la inmigración en los países del Nuevo Mundo. Antes yo me indignaba por los procedimientos observados en muchas repúblicas sudamericanas. Eran descorteses y suspicaces con los inmigrantes; yo mismo he tenido que discutir con un cónsul sudamericano, pues antes de visarme el pasaporte tuve que probar que no era un criminal. En conclusión, el inmigrante actual deja mucho que desear, siendo por lo tanto explicables ciertos recelos.

Yo soy de opinión que Europa ya no representa una fuerza colonizadora. Europa está cansada, demoralizada, si bien no está agotada. Finalmente, puede decirse que la raza blanca no es capaz de colonizar el valle del Amazonas y se ve obligada a llamar a indostánicos y a japoneses para que lo hagan.



TALLER de GRABADOS
SELLOS de GOMA

NOMENCLATURAS
PLACOS de BRONCE

FÁBRICA DE CHAPAS ESMALTADAS

BARALE H. E.

LAVALLE 752
31-RETIRO-3970

FABRICA
JOSÉ M. MORENO 549
U T 877 FLORES

Tampoco son de temer complicaciones políticas, en primer término porque el Japón no tiene tal inte-

permitirían jamás una invasión. En San Pablo, no obstante, un gran número de japoneses han sido in-

Lo que dicen los sabios

¿Cuáles son los primeros y los mayores entre todos los bienes? Ser hombre honrado y hombre libre. Para lo primero conviene obedecer a la ley moral; para lo segundo, conviene obedecer a la ley política y civil.—M. D. AZEGLIO.

Un hombre despejado se vería con frecuencia muy apurado sin la compañía de los necios.—LA ROCHEFOUCAULD.

Un poco de buen sentido haría que se desvaneciese mucho gracejo.—VAUVENARGUES.

No seas glotón en la comida, y no desees todo manjar. Comiendo mucho se contraen frecuentemente enfermedades, y la glotonería viene a terminar en cólico.—ECCLESIASTES.

Casi siempre se puede conocer lo que vale un hombre, sabiendo cuáles son los libros que lee y las compañías que frecuenta, puesto que hay compañía de libros como de amigos, y siempre se debiera escoger los mejores, tanto entre los libros como entre los hombres.—SMILES.

Frecuenta buenas compañías y tú también te tornarás bueno.—HERBERT.

Toda mentira es mala y hay que huir de ella: considero que el decir mentira es vicio aún más torpe que todos los demás.—ESQUILO.

Quien miente, si por acaso no llega a ser descubierto, lleva con todo en sí mismo el castigo: comprende que falta a su deber y se degrada.—SILVIO PELLICO.

El color artificial de la madera

Experimentos, que bien pueden clasificarse de mágicos, se han llevado a cabo recientemente por hombres de ciencia, en los bosques del Maine (Estados Unidos), con los cuales se ha logrado dar a la madera el color deseado, aplicándole el sistema durante el crecimiento del árbol.

El procedimiento ha permitido transformar a la madera de haya, en palo-rosa, y el abedul en caoba. Se asegura que la transformación es tan exacta y perfecta que desafía el examen de los expertos en la materia.

Dicen que las sustancias colorantes son colocadas en agujeros practicados al pie del árbol, lo que permite que éste se sature hasta el mismo corazón del tronco. Es de suponer que el secreto de dicho procedimiento radicará en la calidad y componentes de los elementos colorantes empleados para obtener el mencionado fin.

PAPEL Y TINTA

«El poema de las tierras pobres», por Jorge González B. - Chile.

Este poema, que ha dado a luz en Chile el celebrado poeta Jorge González B., muestra sus bellas cualidades de artista; su conocimiento de la técnica en la versificación y la fantasía propia de los verdaderos hijos de Apolo.

Un panteísmo suave, fluye de este poema, donde el autor mezcla su pensamiento y su alma, dando relieve a aquellas estrofas sonoras como un vaso de cristal.

Poeta de alto vuelo, el señor González B. ha estudiado en la naturaleza, todas sus cambiantes, y se ha profundizado a su maravilla. De ahí porqué este libro tiene descripciones admirables, como así también dolores y desesperanzas de almas atormentadas.

El poeta González B., con esta nueva publicación, en su país, se coloca a la vanguardia de los poetas como Barrios Prendez Saldías y otros.

V.

«Poesías completas y Evangélicas», por Almafuerte. Editorial Tor. Buenos Aires, 1926.

Poeta jesucristiano y rebelde; maestro de niños y de hombres; artífice laborioso y único con mucho de aquel "Padre Hugo", todo grandilocuencia y altivez. Sus páginas, valientes y sonoras, resisten y resistirán al tiempo con su obligada secuela de modas, escuelas y tendencias. Versos y prosa, todo cuanto este hombre, que en vida fué bueno y humilde, nos ha legado, han de perdurar y han de ser ejemplo admirable de mansedumbre y bondad.

Las Poesías Completas que ahora publica la editorial "Las Grandes Obras", constituyen la labor más característica y también la más perdurable y perfecta que nos ha legado aquel que fué bueno y humilde maestro. Por eso, una edición de sus poesías, correcta y completa, como la presente, constituye un verdadero acontecimiento literario e ideológico, ya que, como es notorio, en Almafuerte, conjuntamente con el poeta, tuvimos al hombre de ideas, al demócrata, al rebelde contra las tiranías de la clase y la religión.

Abundantes composiciones, esmeradamente impresas, constituyen esta edición, que, insistimos, significa todo un encomiable esfuerzo editorial.

«Los zánganos», novelas por Félix Esteban Cichero.

El editor Manuel Gleizer anuncia la publicación de un nuevo libro de Félix Esteban Cichero, el autor que en 1924 dió "La vida en cuentos", obra que se señaló por la sencillez y claridad de su estilo y la profunda sinceridad de las cuestiones que trató. El libro anuncia- do por el editor Gleizer afirmará

aquella modalidad del escritor citado, pues reúne en él algunas novelas y cuentos redactados con el tono simplísimo que sólo pueden dominar quienes tienen el hábito de escribir y de observar.

Félix Esteban Cichero, al reincidir en el procedimiento de escribir sus escenas sencillas y de pintar personajes comunes a nosotros, ha querido mantener el estilo y carácter de novela que a su juicio es el mejor.

Prologa el libro el escritor Bernardo González Arrili, el aplaudido autor de "La Venus Calchaquí", libro laureado por la Comuna de Buenos Aires en 1924.

«Hipnotismo y sugestión», por Fernando Girbal. Edición Maucci. Barcelona (España).

La nueva edición de este pequeño Manual, ya bastante conocido del público, para que nada necesitemos decir de él a título de crítica, la presenta la Casa Maucci, con sugestiva cubierta en trieromía y muy bien impreso.

Hipnotismo y Sugestión, explicado según las teorías más modernas, merece, por mismo, nuestro aplauso.

Catálogo Harrods

Lujosamente impreso, e ilustrado con infinidad de nítidos grabados, acaba de aparecer el catálogo de los importantes establecimientos Harrods Buenos Aires Ltd., co-

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 Do 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oidos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1268. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Circulo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

«Yo acuso», por Rómulo Baya. Editorial Tor. - Buenos Aires, 1926.

Creemos que va a ser la novedad sensacional del año, pues sólo el título es ya una originalidad y para que se convenza el lector copiamos todo el texto de la carátula que en grandes letras rojas y negras llama enormemente la atención: "Yo acuso al gran diario "La Nación" de Buenos Aires, por decir que los Diputados Nacionales son holgazanes y sin delicadeza; son mal educados y procaces; no tienen probidad moral; son perjuros; y, por tanto, traidores a la patria".

Más que de un libro, se trata de una glosa de un editorial del mencionado diario, en la cual se demuestra, con una lógica inflexible, que los Diputados Nacionales son todo lo que expresa la, carátula del libro, siempre y cuando sean acertadas las afirmaciones que hace "La Nación" en el aludido editorial.

Es un trabajo meditado y serio, escrito "en prosa correcta, flexible, animada y llena de color", según así define el estilo del autor, uno de los críticos más autorizados de las letras castellanas. Este juicio está ratificado por las opiniones de los diarios serios del país, al juzgar otro libro del mismo escritor que se cita en el que ahora ve la luz pública.

Hablas interiores

Sé piadosa, alma mía;
sé manantial de paz en el sendero,
y haz que el triste y pobre compañero
beba en tí el agua mansa de alegría.

II

Sé dadivosa, mano;
sé luz de caridad en senda oscura,
alivia los dolores con ternura
y de cada enemigo hazte un hermano.

III

Sé bueno, corazón;
sé azucena de amor en el camino,
y si te agita el viento del destino
levanta el cáliz con resignación...

ENRIQUE S. MIGLIORRELLI.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

INSTANTE

Como un enorme corazón sangrante
El sol moría aquella tarde quieta;
Y en la calma propicia del instante
Buscamos un refugio en la glorieta!

En voz muy queda, dulce, suspirante,
Te mostré el fondo de mi alma inquieta;
Y ante el fulgor de tu mirada amante
Sentí una íntima emoción secreta!

Y cuando la luna majestuosa y pía
Volcó sobre nosotros la poesía
De su precioso y fúlgido tesoro...

Despertamos del mágico embeleso
Al eco audaz de nuestro propio beso;
De un beso ardiente, trémulo y sonoro!

Domingo F. Arietti.

GIMIENDO

En los instantes tristes, de mi vida incierta,
En que padece el alma, solloza el corazón,
Es el recuerdo amado de la viejita muerta,
Que vaga por mi lecho, cabeza recubierta,
Brindándome amorosa su tierna bendición.

Y luego, blandamente, allá en mi cabecera,
Mi sueño loco vela, con maternal amor,
Y así junto a mis sienes se pasa noche

Y en las faenas diarias, si sufro desespera,
Y enjuga, desde el cielo, mi cruento

¡Oh santa madrecita, bien sabes mi tristeza
Por eso te apiadas de tanto padecer,
Por eso tú me brindas materna fortaleza,
Por eso me acaricias, de noche mi cabeza,
¡Oh, madre cariñosa! ¡Qué santa eres,
¡mujer!

Y así pasan las horas de mi existencia
Sumido en las penumbras en búsqueda de luz,
Llevando por el mundo, esta pesada carga
En la jornada triste, angustiosa y larga
Llorando por mi madre, rezándole a Jesús.

Horacio A. Vieyra Ibazeta.

PRESENTIMIENTO

Era fría la noche... aquel viento
no sé qué extrañas notas modulaba...
Solo, con mi afiebrado pensamiento
la calle de tu casa atravesaba...

Quise verte otra vez... por un momento,
un segundo tan solo... y caminaba
cual autómatas, mudo y sin aliento,
embebido en la duda que me ahogaba...

Después... todo acabó; una mirada,
un gesto... un sollozo... y a mis plantas
la ilusión para siempre destrozada...

El egoísta

El egoísta, lo mismo que el esclavo, no tiene patria ni honor. Amigo de su bien privado y ciego tributario de sus propias pasiones, no atiende al bien de los demás; ve las leyes conculcadas, la inocencia perseguida, la libertad ultrajada por el más fiero despotismo, y, sin embargo, el insensato dice: nada me importa, yo no he de remediar al mundo. Ve sacrificar a sus hermanos al furor de una cruel tiranía con la misma indiferencia con que las aves miran al lobo que desola al rebaño. Cuando hombres de esta clase se multiplican, la patria está próxima a su ruina. La dignidad, la opulencia y la gloria, que son sus mejores hijos, desaparecen como el humo al soplo pestífero del egoísta.

Presto la sociedad se convierte en un conjunto de esclavos que reciben el yugo del primero que los conquista.

BENITO JUAREZ.

Allí, donde mil noches fueron mías
ternuras, besos y caricias tantas
a otro cuerpo, amorosa te ceñías...

Armando Ferretti.

LA NOVIA AQUELLA

Era la novia bella, la santa y cariñosa,
la que tímidamente soñara en su delirio
con un porvenir riente, tan albo como el
lirio,
con una vida tierna, divina y majestuosa.

Era la novia buená, tan buena como bella,
que todos sus ensueños y todas sus
grandezas
cifraba en el cariño de aquel que con vilezas
pagara sus bondades de cándida doncella.

Por ser buena, ser bella, ser dulce y
amorosa
hoy sólo un triste premio ostenta fervorosa,
la ofrenda despiadada del ser que la
engañó...

y herida por su duelo, radiante de cariño,
levanta entre sus brazos un blanco y tierno
niño,
aciaga remembranza del novio que fugó.

Oscar B. Barocela.

ESTRELLITA MIA...

Dile que ya la noche ha llegado, que aún espero... y que aprovecho sus sombras para ocultar este sollozo que llena toda mi alma!

¿Sabes tú, dónde se encuentra?

¡Dímelo, estrellita mía, que siempre callas tu secreto; háblame de él y de su amor, tú que lo estás viendo desde esa altura!

¡Cuéntame si él también sufre esta tristeza que nubla mis ojos!

¡Muéstrale en el reflejo de tu luz divina, mi doloroso llanto, que sólo tú, mi buena y dulce confidente, lo comprendes!

¡Háblame de su nena, que le tenga mucha fe y que no habrá barreras que detengan su paso, en esta penosa marcha, ya emprendida en pos de nuestro ideal!

¡Dile que todos me persiguen porque le quiero; que no me deje así, tan solita en este martirio, que me ayude a sobrellevar ésta ya insufrible pena, que la injusticia de los que me rodean, se ensaña en imponerme!

¡Recuérdale, estrellita mía, que todo en la vida tiene su ocaso y que en un hermoso despuntar de un alba como en la triste agonía del día que le sigue, la vida, sin querer ni comprender por qué, nos abandona y entrega al olvido de una tumba!

¡Que si su ausencia es larga, cuando llegue, tal vez no encuentre, sino en esa dulce mansión de paz, un ciprés marchito, una cruz con mi nombre y una fúnebre plegaria suspendida... vibrante de dolor... de reproche... y unido a todo ello, el murmurio de un perdido y triste adiós, que en la hora de su muerte, no tuvo otro regazo que su acerba angustia y la visión de su pobre e inocente ilusión, que moribunda, con desesperada llamada, le imploró... y bendijo su nombre en su postrer suspiro...!

María Isabel Arenaza.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas " " chico " " "	8.—	3.—
" " " grande " " "	9.—	3.—
" " " chico " " "	6.—	1.50



Esta graciosa señorita ostenta un rico collar de perlas Nacarfine, especialidad de la Casa Scarinci.

PRIVILEGIADA RELOJERIA LONGINES CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

La Gran Moda de las Perlas se impone cada día más. Para tener un Collar de Perlas que conserve su lindo oriente, debe usted comprar la Perla "Nacarfine". Es la única Perla que el más experto la confunde con la valiosa Perla Fina.

A los lectores de FRAY MOCHO ofrecemos el descuento del 10 o/o sobre los siguientes precios:

Collarito de Perlas macizas, con Broche, apropiadas para Nena, desde \$ 10; con Broche Fino, 18 K., desde \$ 30 con DIAMANTES FINOS.

Collarito para Niña, con Broche Artístico, Plata Fina, desde \$ 15.

Collarito para Señorita o Señora, con Broche Oro, Platino, Brillante y Diamante Finos, desde \$ 50; 75; 100, etc.

Collarito para Señorita o Señora, con Broche Artístico imitación, Fino, desde \$ 10; 15; 20; 25; 30

Sautoir con Perlas "Nacarfine" EXTRA, desde \$ 150; 100; 60; 50; 40.

" " " " LA REINA, desde \$ 50 hasta \$ 30.

" " " " PRINCESA, desde \$ 40 hasta \$ 20.

" " " " Maciza marca SANGEN, \$ 15; 10; 7; 5.

Al efectuar su pedido telegráfico o por carta sírvase citar Precio y Categoría EXTRA, REINA, PRINCESA, SANGEN, dirigir a CASA SCARINCI, Florida 142, Buenos Aires.

NOTICIAS DE CINE

«El que recibe las bofetadas». Lon Chaney de protagonista.

Max Glücksmann dará a conocer hoy 12 de octubre, la película de su programa super-extraordinario. «El que recibe las bofetadas».

La comedia dramática «El que recibe las bofetadas», es una de las más originales, profundas y pintorescas de nuestros tiempos. Su autor, Leónidas Andreieff, fué, como se sabe, una de las figuras más eminentes de la literatura europea.

«El que recibe las bofetadas» es conocida en Buenos Aires. Se estrenó en el Cervantes, en la temporada de Tatiana Pavlova y constituyó el mejor éxito de público y de prensa de aquella temporada.

El protagonista de la obra es un hombre que ha gastado su vida en las investigaciones y en el estudio científico. Cuando se dispone a publicar el resultado de sus esfuerzos, descubre que su patrón se ha apoderado de sus trabajos y con ellos pasa ante el mundo científico como un genio.

Desilusionado, desesperado, entra a un circo. ¿Para qué sirves tú?, le preguntan.

—Yo seré el que reciba las bofetadas del payaso, contesta.

Así empieza la historia, tan original, tan humana, en la que lo pintoresco y divertido de la vida circense, sirve de marco a un conflicto pasional que se apodera del ánimo del más indiferente. No podía haber un asunto que se prestara más que éste, para realizar una película brillante y que emocione más. La famosa editora Metro-Goldwyn confió la "mise en scène" de esta superproducción, a un gran director: a Víctor Seastron, quien

eligió, para interpretar los principales papeles, a artistas de tanta fama como Lon Chaney, que encarna al protagonista, John Gilbert, Norma Shearer, Tully Marshall, Clyde Cook y otros.

«El despertar», de Paul Hervieu. Una bella película de Jacques de Baroncelli.

Max Glücksmann ha estrenado recientemente en el Grand Splendid y Palace Theatre, la adaptación cinematográfica de «Le reveil», la célebre comedia dramática de Paul Hervieu.

Ha llevado a la pantalla esta obra de Jacques de Baroncelli, uno de los directores más eminentes con que cuenta hoy la cinematografía europea.

Como se recordará, «El Despertar» desarrolla un emocionante conflicto entre la pasión y el deber. Este asunto le fué inspirado a ese maestro de la escena que se llama Paul Hervieu, por un hecho real. El público verá en esta cinta personajes que no hace mucho tiempo dieron pábulo a los más apasionados comentarios. Por una parte, un príncipe heredero que por su amor se niega a aceptar el trono de su país, rebelándose contra el mismo padre que en vano lo conmina, lo amenaza, le ruega y hasta por último lo hace secuestrar; por otra, una señora joven, hermosa, que para asegurar la felicidad de su hija amenazada por causa de las relaciones que ella mantiene con aquel príncipe, sacrifica sus derechos al amor, comprendiendo sus deberes de madre. Y esta mujer es la que

hace comprender al príncipe que sus deberes están en servir a su país.

Este conflicto, de por sí tan dramático y emocionante, está desarrollado en forma magnífica, con una riqueza de detalles extraordinaria y la adaptación cinematográfica, podemos asegurarlo, es digna de la obra y, aún más, aumenta su interés, pues de Baroncelli ha realizado un trabajo metódico, sobrio, potente en las situaciones dramáticas, que se suceden con una gran naturalidad, y de una delicadeza y finura técnicas que hacen verdaderamente honor a sus prestigios.

Interviene en el papel de protagonista, Isabel Elsom, una actriz de grandes condiciones, que pone mucha emotividad en la expresión de sus pasiones y una gran dignidad en el papel de esa atribulada y resignada madre. El actor Maxudian, en el papel del rey padre, es uno de los elementos más eficaces de la película y el conocido actor Charles Vanel en el príncipe se impone por su juego natural, apasionado y justo. Todos los demás actores responden excelentemente al director. Los interiores son suntuosos y de buen gusto y los paisajes de una belleza y finura deliciosas.

LA LOCOMOTORA

La voz de la locomotora es el grito de victoria lanzado al porvenir. Himno sonante que se dilata, bajo la riente claridad de los cielos, a través de las montañas y los valles, de uño o otro mar, áspero y monótono, pero grato a los oídos del patriota porque en él palpita el alma nacional, y el orgullo de los bizarros triunfos y el generoso anhelo de la grandeza futura.

La potente máquina férrea, como gigantesco incensario, arroja al infinito sus densas espirales de humo. Viene el tren como una serpiente negra, en veloz movimiento, y a su paso tiembla la tierra, y los campos y las ciudades florecen, y se oye el silbido de las fábricas, y se ven sobre los piélagos azules las banderas de las poderosas naciones, ondeando a los vientos sobre los mástiles de las naves inmensas.

FROYLAN TURCIOS.

El concurso de la Fox Film cuenta ya con numerosos inscriptos.

En estos últimos días ha sido grande la afluencia de candidatos que se han presentado, en las oficinas del concurso de belleza fotogénica organizado por la Fox Film Corporation, a fin de inscribirse para tomar parte en él, de acuerdo con las bases ya publicadas.

El concurso, cuyas bases publicamos en nuestro número anterior, fué abierto el día 19 de septiembre y una semana después ya habían enviado los datos y fotografías, alrededor de doscientas personas, de cuyo número una tercera parte, son señoritas.

EL CIRCUITO PERRY O. BRIGGS

Por cierto que mucho se ha hablado del circuito Perry O. Briggs y no ha faltado razón para ello, pues el citado circuito, si está bien construido ofrece, al poseedor del aparato grandísimas ventajas, pues aparte de la selectividad que le caracteriza, es de máxima sensibilidad, sobre todo si, como hemos dicho antes, se hace con el máximo de precauciones y teniendo cuidado, de eliminar las pérdidas en lo posible.

Ya hemos explicado el error que consiste en llamar Perry O. Briggs a este circuito, que no es más que el regenerativo común, pero para no introducir confusiones seguiremos, llamándolo así, una vez hecha la salvedad del caso.

Por cierto que siendo tan conocido el citado circuito, no vamos a detallar aquí más que las cosas que interesen a los aficionados, pues debemos de hacer notar, que siendo este un circuito, con el cual están contruidos la mayoría de los aparatos que se venden en el comercio, existen gran variedad de piezas sueltas especiales, las cuales sería un error el construir las por sí mismo, pues a mínimo precio podrían comprarse en cualquier casa del ramo. Tal sucede con las bobinas, condensadores, cajas, elementos para mover las bobinas, etc.

El circuito indicado, con una etapa de baja se muestra claramente en el diagrama y es de muy fácil comprensión.

La antena necesaria para tal aparato, es de las comunes y deberá hacerse en la forma que se indicó en los números anteriores de FRAY MOCHO, pero si se desea utilizar antena de cuadro deberá hacerle al circuito citado una serie de modificaciones, que se indicarán en oportunidad.

Las bobinas L1, L2 y L3, representan respectivamente la bobina de antena L1, la bobina secundaria o de grilla L2 y la L3 es la llamada bobina de reacción o de placa. Estas tres bobinas se encuentran en el comercio de muchas formas distintas, pero todas ellas a precios sumamente bajos y muy bien contruidas, por lo que no recomendamos al lector el trabajo de fabricárselas por sí mismo, es posible también adquirir dichas bobinas ya montadas, con los elementos para poder variar los distintos cuplajes, lo cual simplifica grandemente la tarea de armar el receptor, sin aumentar mayormente el costo del mismo. Pero si el lector, a pesar de ello, deseara fabricarlas, le indicaremos los números de vueltas y los diámetros, la L1 deberá tener seis vueltas de alambre de 3 mm. en un círculo de 6 cms., la L2 se hace de 25 vueltas de alambre de 4 mm. en un círculo de 12 cms. y la de placa 12 vueltas de alambre de 1,5 mm. y en un diámetro de 6 cms. la forma que pueden afectar dichas bobinas, puede ser cualquiera pero es recomendable se hagan en la forma de Lorentz, más conocida por el nombre de bobinas canastas.

Un solo condensador variable lleva dicho circuito y para broadcasting, este deberá tener 23 placas siendo muy recomendable sea éste de los llamados de pocas pérdidas, que actualmente cuestan igual que los antiguos y aumentan enormemente la intensidad de las señales



RADIOTELEFONIA



Es fácil, comodo y agradable gozarse de la radio con un RECEPTOR MENTRUYT A CUADRO

Para oír con alto-parlante hasta 50 kms. de Bs. Aires. - No necesita ninguna instalación de antena ni tierra. - No necesita acumulador

Precio del Receptor Mentruyt a cuadro, completo, funcionando, es decir, con lámparas de consumo mínimo, pilas secas y alto-parlante. . . \$ 220.-

Pida detalles o una demostración sin compromiso a

MENTRUYT & CIA. - Calle Bolívar 181. - Buenos Aires
La casa de los aparatos y accesorios de radio de calidad

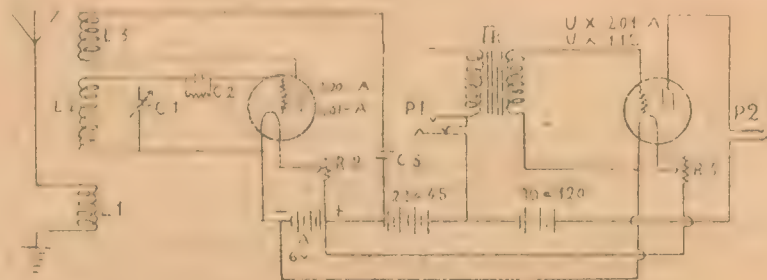
si el poseedor del aparato desea facilitarse en sintonía, es decir, encontrar sin dificultad las estaciones puede adquirir uno de los llamados línea recta, en los cuales las estaciones de Broadcasting, no se amontonan al final del condensador.

Este condensador es el indicado en el diagrama por C1. Dos condensadores fijos son los necesarios y ellos están indicados en el diagrama por C2 y C3, el primero es

grilla nacionales y extranjeros muy buenos y entre los cuales deben elegirse.

El condensador C3 es menos delicado y debe tener una capacidad de 0,002 mfd.

El transformador Tr, es de los llamados de baja frecuencia existiendo en el mercado enorme variedad de tipos y precios, desde 5 pesos hasta 30, y a veces los precios no están de acuerdo, con los resultados, por ello deberá consul-



el llamado condensador de grilla y su valor es de 0,00025 mfd y se encuentra en todas las casas del ramo, debe tenerse presente que tanto el condensador como la resistencia de grilla R1, que va junto con él, deben de ser de excelente calidad, pues de ellos depende el resultado de la audición, hay resistencias y condensadores de

tarse siempre sobre los mismos antes de adquirirlos y a veces un ahorro en este elemento puede conducir a malos resultados, la relación de los transformadores debe ser de 1 a 6, para una sola etapa.

Las baterías de acumuladores o pilas según sea el caso deberán estar de acuerdo al tipo de lámpara que se emplee, pues según sean

los tipos empleados se deberán colocar, pilas o acumuladores. Así por ejemplo si se emplean lámparas de mínimo consumo, americanas, Philips francesas, etc., las pilas correspondientes serán dos de 1,5 volts en paralelo y otras veces como en el caso de las UX 199, necesitan dos en serie de manera de formar 3 volts.

Si las lámparas a utilizarse son de las de medio consumo, es decir, de 0,25 amp., casi es necesario usar acumuladores, pues las pilas se desgastarían fácilmente, y sería más el trabajo que el ahorro que se podría efectuar; en este caso en acumulador deberá tener 6 volts y 50 amp. Horas por lo menos.

Las baterías de placa deberán tener también distintos valores según sean los tubos usados, los cuales difieren enormemente, así, por ejemplo, en la lámpara detectora, si se emplean lámparas de antiguo tipo y aun alguna moderna como la UX 200, que es muy buena, se deberá emplear 18 a 24 volts, pero si se usan algunas lámparas europeas y aun la UX 201-A, a veces será necesario colocarle 45 volts.

Muchas veces el voltaje a emplearse depende de la longitud de onda que se recibe y de la intensidad de las señales, así, por ejemplo, cuando las señales son débiles se empleará poco voltaje de placa, con la 201-A para recepción lejana no se empleará más de 22 volts y para las ondas más largas mayor voltaje en placa a objeto de forzar la reacción.

El voltaje de la batería para las ampliaciones también depende de la lámpara a usarse; si se utilizan tubos chicos y de mínimo consumo no deberá pasarse de 60 volts en ampliaciones, pero si se usa Philips 406-B u otras "OL-A", etc. se podrá llegar hasta 120 volts el cual es el voltaje indicado para obtener buena intensidad; si la lámpara es UX-112, se puede llegar hasta 150 volts.

Los Jacks P1 y P2 son de tres o dos vías respectivamente, y las lámparas pueden ser cualesquiera, que den buen resultado y que estén de acuerdo a las condiciones de instalación del receptor, pues debe tenerse presentes que en ciertas lámparas se hace necesario el uso de acumuladores.

Convénzase

Es necesario convencerse de que la radiotelefonía, ha pasado del período de experimentación y que la adquisición de un buen receptor, convenientemente instalado, significa la segura escucha de las audiciones de Broadcasting, que el radio no es solamente divertimento, sino que las audiciones están formadas por todas las noticias que usted puede obtener en un periódico y en un teatro. Convénzase que el radio no es un juego de niños, sino una de las conquistas más preciadas de los tiempos modernos.

Experiencias curiosas. Los ojos de los gusanos de luz.

El profesor Eltringham, de Londres, ha hecho una fotografía interesante a través del ojo de un gusano de luz.

El retrato ha sido obtenido por un procedimiento microfotográfico, consistente en substituir la lente del aparato por la lente del ojo del gusano. Proyectada la fotografía en la pantalla, da una imagen en la que se reconoce claramente al hombre que ha posado.

Dicho profesor deduce de ello que el gusano de luz tiene una visión perfecta. Asimismo está probado que las libélulas están provistas del sentido de la visión como el hombre, y si no gozan del mismo como el género humano es por faltarles la educación de este sentido.

Por último, los rayos ultravioletas, imperceptibles para el hombre, son muy visibles para los insectos.

Nuevo modelo de megáfono.

El profesor F. R. Watson, de la Universidad de Illinois, ha inventado un modelo nuevo de megáfono que está llamado a dominar completamente sobre los diversos hasta hoy conocidos. Y no hay duda que hará una revolución y marcará una época en la historia de estos aparatos científicos.

El nuevo megáfono se construye de hoja de lata, tiene una longitud de dieciocho pulgadas y una abertura estrecha rectangular. Su construcción está basada en la teoría del fraccionamiento del sonido, hipótesis según la cual, cuando el sonido pasa al través de una salida estrecha, se esparce en todas direcciones. Ahora bien: los megáfonos hasta hoy contruidos tiene el inconveniente, muy grave por cierto, de que la voz por ellos lanzada, viaja solamente en la dirección del eje principal del aparato. De donde resulta que el vocero, es decir el que habla por el megáfono con intención de que su voz se amplifique y aumente de intensidad a fin de ser oída a largas distancias y en medio de un gran bullicio, necesita ir girando sobre sus pies para que moviéndose el aparato amplificador en el sentido de un semicírculo que abraza a todos los oyentes, pueda el discurso alcanzar al mayor número posible de éstos; pero, naturalmente, cuando el discursante está dirigiéndose a los oyentes de la derecha, los de la izquierda quedan en ayunas respecto de lo hablado.

Este inconveniente queda subsanado con el invento del profesor Watson, pues con el nuevo megáfono, los oyentes de una extensa área oyen todos simultáneamente con igual intensidad en virtud de que la voz, al salir del aparato, se extiende en todas direcciones.

No hay duda de que el sabio físico ha hecho un gran bien con su invento y merece por él cumplido elogio, como lo merece la sabia

Universidad de Illinois que con tanto afán promueve y estimula los estudios científicos.

El peso de las personas.

Las personas de mediana y avanzada edad que pesan algo menos de lo que debieran, con relación a su altura, viven más que las que sobrepasan dicho peso, según afirma el doctor Chester T. Brown, en "Wat to Eat, pride to Good, Health" ("Lo que debemos comer, una guía para la buena salud"), obra destinada a los que han llegado al otoño y al invierno de la vida.

"Un moderado grado de disminución en el peso, esto es, el pesar de cinco a quince libras menos de lo que se considera corriente, es probablemente un peso saludable.

cir el peso, restringir la alimentación, representa esto para ellos un gran sacrificio.

"El camino de la reducción es fácil de indicar, pero a menudo difícil de seguir. El límite diario de 2.500 calorías debe tenerse continuamente a la vista, a fin de reducir el peso, o cuando menos no aumentarlo. El mejoramiento debe ser un resultado de la reducción del diario alimento y de la sustitución en la dieta de artículos de un bajo valor calórico por otros de alto valor. Esto significa la reducción de carne, mantequilla y otros productos de leche, azúcar, patatas, pan y pasteles, substituyéndolos por frutas y vegetales. Espárragos, coles, coliflor, espinacas, apio, tomates, berros y lechuga, pueden suplir en buena parte a la carne, siendo parcos en calorías. A la vez debe tenderse a aumentarse las actividades del cuerpo. En tal sentido son de gran valor el trabajo físico, los ejercicios calisténicos y los largos paseos".

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

Sin embargo, un grado menor de peso no puede ser ventajoso, y en tales casos se debe procurar aumentarlo a fin de mejorar los poderes de resistencia del cuerpo. Muchas personas pueden añadir peso aumentando la cantidad de alimento consumido y añadiendo a la dieta leche y los productos de ésta, tales como mantequilla, crema y queso, así como también aceites vegetales, vegetales y frutas. Estos alimentos contienen sustancias que producen grasa y que, como las vitaminas, auxilian la digestión y utilización de alimentos valiosos, que de otro modo serían perdidos para el cuerpo.

"Los gruesos, aunque frecuentemente joviales, febriles y aparentemente llenos de salud, no deben considerarse como los más afortunados en tal sentido. Considerados en grandes grupos no viven tanto como los delgados. Generalmente son de los que gozan comiendo, y siendo la mejor manera de redu-

Locomotora monstruo.

La mayor y más poderosa locomotora eléctrica en existencia en el mundo, es la que está exhibiéndose en el "Palacio de Transportes" de la Exposición Internacional de Filadelfia.

Construida por la "Compañía General de Electricidad" con destino al "Ferrocarril de Chicago, Milwaukee y St. Paul", para el arrastre de sus trenes *Olimpia* y otros de la línea *Chicago-Seattle*, a través de las montañas Rocallosas y los Montes Cascade, la gigantesca máquina salió de Tacoma, Washington, y llegó a Filadelfia un mes más tarde, después de haber recorrido tres mil millas. A causa de sus enormes proporciones, fué preciso que hiciera varios rodeos an-

tes de llegar a aquella ciudad, pues su paso por los puentes y túneles de la ruta directa, era imposible.

Esta máquina es de las conocidas con el nombre de locomotoras de tipo bipolar sin engranaje y opera con un trole colocado en la parte superior; tiene más de veintitres metros de largo y cuenta con veinte y cuatro ruedas motrices. Doce motores colocados directamente en el eje del movimiento impulsan al gigantesco monstruo; la cámara del maquinista va en el centro.

Los señores Jorge C. Lincoln, representantes en Filadelfia del Ferrocarril de "Chicago, Milwaukee y St. Paul", y Frank J. Newell, agente viajero de pasajeros, que dirigieron la instalación, declararon que utilizando los recursos naturales de las montañas, el uso de energía eléctrica creada por la fuerza del agua, ha traído al ferrocarril una economía como de 265 mil toneladas de carbón y más de treinta y cinco millones de galones de petróleo, anualmente.

Plataformas especiales de entrada y salida, permiten a los visitantes de la famosa exposición pasar de uno a otro extremos de la potente locomotora para poder observar los detalles de la construcción y el modo de operar al enorme monstruo.

Contra los tenorios

Las autoridades de los Estados Unidos no toleran tenorios en sus dominios.

Allí, el mismísimo Don Juan Tenorio que resucitara, quedaría en ridículo y lo echarían de aquellos países.

A juicio de las autoridades del Estado de Arizona, los *tenorios* más temibles son los mejicanos. ¡No en balde descienden de nosotros!

Y para devolver la tranquilidad a los perturbados espíritus de los yanquis, aquellas autoridades han comenzado a deportar a cuantos jóvenes y elegantes tenorioscos mejicanos se dedican en Arizona a enamorar a las muchachas o a las "jamonas" de buen ver...

Por el puesto fronterizo de Nogales, en Sonora, vienen realizándose en las últimas semanas numerosas deportaciones de jóvenes enamorados "por indeseables", y en ello son inflexibles las autoridades de dicho Estado. De las últimas deportaciones han sido víctimas veinte jóvenes aristócratas, que se dedicaban por la noche a pelar la pava, por la reja, románticamente. ¡Pero con romanticismos a los Estados Unidos!...

Los padres de los yanquis están tranquilos con estas medidas; pero ellas no parece que están tan contentas. Algunas han confesado que prefieren sufrir, a que se los lleven.

Muy yanquis, sí, sí... ¡Pero mujeres al fin!

La riqueza perdida

Un joven, por efecto de un golpe, descubrió que su cerebro era de oro. Como se halló poseedor de una fortuna, se dio a la holganza y ésta lo condujo a la cantina, a divertirse y a pasar el tiempo. A fin de pagar las copas que consumía, iba sacando, poco a poco, pequeñas partículas de su cerebro para reducir las a moneda corriente. Al poco tiempo su magnífico cerebro se había agotado y el joven, perecía, pobre y miserable.

Nadie tiene cerebro de oro, pero cualquier cerebro vale más que ese metal. El alcohol va agotando, poco a poco, esa riqueza que allí llevamos, hasta reducirla a cero. (Adaptado de una relación de Carmen Sylva, la talentosa reina de Rumania, muerta hace algunos años).

"PA MUJER, LA DE MI TIERRA", de ERNESTO MARSILI, EN EL BUENOS AIRES.

Con un propósito de exaltación de la mujer criolla, a cuyo efecto ha sido imaginado un conflicto sentimental de líneas harto simples, la pieza que nos ocupa sale del trillado camino de las que se cultivan en el teatro por horas e intenta un mejoramiento que, aunque no sea logrado en absoluto, refleja una buena intención que siempre es encomiable y que no en todos los casos constituye el sistema de pavimentación tradicional en el infierno, según el dicho popular. Alrededor de ese pequeño conflicto, se agrupan una serie de personajes bien estudiados, que animan la escena, entreteniéndolo amablemente al auditorio. Los diálogos son interesantes y han sido bien aprovechados para intercalar en ellos una buena cantidad de frases de marcado sabor popular, no exentas de belleza. En suma, "Pa mujer, la de mi tierra", puede considerarse como un esfuerzo loable, que marca un paso afortunado en la temporada del Buenos Aires.

Muñoz encarnó un papel muy pintoresco, en el cual puso mucha expresión, logrando un notable éxito personal. El conjunto del Buenos Aires, eficaz como siempre, contribuyó a la favorable acogida dispensada por el público a esta obra. Merecen citarse también los actores Bono y Podestá.

"TODO TRANQUAY QUE CAMINA V'A PARAR A LA ESTACION", de FRANCISCO CHIARELLO, EN EL LICEO.

La compañía Ruggero-Zárate ha venido explotando desde su iniciación en el Liceo, el sainete grotesco, el cual le ha dado éxitos muy estimables de público y la fortuna de alargar su temporada más de lo que una presunción lógica podía hacer esperar. Más aún, ha incorporado al conjunto nuevos elementos destacados en el género, índice expresivo de la buena marcha de la temporada. Con un criterio exacto de la realidad, aunque descartado de él toda noble aspiración artística, ha mantenido el repertorio dentro de las características de su comienzo y cada pieza estrenada ha reproducido tipos y escenas del mismo ambiente, en la evidente convicción de que el gusto del público no evoluciona a través de un mejoramiento del repertorio, sino que mantiene su adhesión a una compañía mientras ella sostiene la misma clase de espectáculos con que ha logrado su primer éxito.

Dentro de estos lineamientos, "Todo tranquay que camina v'a parar a la estación", es una nueva concesión al mal gusto del público. Ya el título es revelador. Sirve para cualquier conflicto o fábula, sin otra restricción que la de constituir una bufonada más o menos criolla o, por mejor decir, porteña y porteña del arrabal. Responde ese título a una moda que creíamos ya retirada un tanto de la afición de los autores de sainetes, porque ya hace rato que tuvo su momento de culminación. Considerámoslo como un colazo o una supervivencia esporádica.

Bajo esa denominación, la obra no puede tener ni más propósito ni otros méritos que los de excitar la hilaridad casi exclusivamente fisiológica de un auditorio poco exi-

TEATROS

gente y en ese sentido, responde a su objetivo.

La compañía del Liceo que está bien organizada para esta clase de espectáculos, tiene en esta obra un buen material para realizar una labor eficaz. Así se comprende el éxito conseguido, merced al esfuerzo hábil de Ruggero, Zárate, la debutante Susana Vargas y los demás que pusieron de su parte entusiasmo y acierto.

"DOS PATOS EN LA VIA", DE NICOLAS DE LAS LLANDERAS, EN EL APOLO

Participa esta pieza de todos los géneros que se cultivan en el teatro con el propósito de hacer reír al público y dentro de cada género, de todos los recursos valederos para el mismo objeto. Así resulta que a través de los tres cuadros de la pieza se van ensartando los sucesos al gusto del autor y un nuevo enredo viene a reemplazar al anterior cuando éste ya ha perdido su eficacia cómica. No se trata, pues, de un vodevil al gusto francés, sino de una producción, diríamos original, si su falta de método y de equilibrio no mereciera el calificativo de antojadiza. No hay que buscar en ella primores de ingenio, ni sutilezas de diálogo, dentro de su complicación es simplísima y a pesar de su comicidad no es graciosa, en el sentido estético y armonioso de esta palabra. Los elementos reideros explotados en "Dos patos en la vía", son imitados del vasto repertorio del viejo teatro español, pero no puede negarse la habilidad con que están, más que combinados, encadenados los episodios y, sobre todo, la fuerza cómica de las situaciones que demuestran la técnica segura de un viejo conocedor de la escena.

La obra mantuvo en casi permanente hilaridad al auditorio, que expresó su agrado con insistentes aplausos, correspondiendo gran parte de ellos a la meritoria labor de Arata, eficazísimo de comicidad en el importante papel a su cargo. Morganti y Rosingana colaboraron brillantemente y los demás se portaron bien.

"EL SECRETO DE VICENTE LOPEZ", de ELISEO GUTIERREZ, EN EL SMART.

Como era de esperar, el título de esta obra cuya sugerencia en estos momentos es realmente interesante, no es otra cosa que un ingenioso truco que a nadie podía engañar. Vicente López, en este caso, no es la localidad suburbana y el secreto no tiene nada de policial. Se trata de un vejete calaverón cuyo secreto es una aventura nocturna, cuyas consecuencias tiene que ocultar a la familia. Con ese fin y de acuerdo con su yerno, simula el padecimiento de un caso nuevo en medicina y que ellos denominan "Encefalitis retrospectiva", que consiste en un retorno de la inteligencia a los primeros años de la vida. Sobre esta base, están urdidos los simples episodios de la acción, sin otro propósito que el de colocar a César Ratti en un papel sumamente cómico, que es muy festejado por el público del Smart.

Conocida es la preferencia de las burguesitas que concurren a esa sala, por los espectáculos sencillos y apacibles que vienen a ser en el teatro lo que los cuentos de Calleja en la literatura novelesca y los cantos populares en la música. Esto sea dicho con toda la buena voluntad necesaria para dar alguna importancia al asunto.

Como decimos, César Ratti es el héroe de la jornada. Con una comicidad ingenua y disparatada, consigue continuas carcajadas de las damitas que forman el ochenta por ciento de la concurrencia, sin que tenga que hacer esfuerzo alguno. Pepe Ratti y Chela Cordero le secundaron con cariño, asociándolos el público a las demostraciones tributadas al primer actor.

EL CONSCRIPTO PARRA

Se confirmó el éxito de "Las delicias del cuartel", última pieza estrenada por Parravicini. El incomparable bufo desempeña en esta pieza el papel de conscripto poco afortunado, a consecuencia de un amor correspondido. Es de suponerse el partido que Parra saca de las mil incidencias cómicas a que está sujeto, ya sea por el desenvolvimiento de los acontecimientos en la pieza original, ya por los agregados que él mismo le ha hecho al traducirla y adaptarla o ya en las improvisaciones que realiza todas las noches.

La obra francesa se dió mil quinientas veces consecutivas en París en la época de su estreno. Nosotros no podemos garantizar una fiel reproducción de ese éxito, pero estamos seguros de que el actor francés que encarnó el tipo de protagonista no tendría más ingenio ni más desenvoltura que el impagable Parra.

UN ESTRENO INTERESANTE

Después del éxito literario obtenido por Defilippis Novoa con el estreno de "El alma del hombre honrado", era esperado con interés el de "Yo tuve veinte años", que debió tener lugar en el Sarmiento durante el curso de la anterior semana. La obra lleva el subtítulo de "fantasía escénica", lo que hace suponer que se trate de una pieza de igual tendencia artística que la anterior, Comentario, en el número próximo.

LA LIRICA DEL AVENIDA

La compañía lírica española que viene actuando con gran aceptación en el Avenida, continúa ofreciendo al público las zarzuelas de más éxito del repertorio moderno, bien interpretadas por el excelente conjunto de voces que la componen.

Para mañana, día de la raza, está anunciado un festival extraordinario en el que figura como número sensacional el estreno de un himno coral del maestro Clavé, titulado "Gloria a España", que será interpretado y cantado por sesenta profesores de orquesta y un nutrido orfeón.

EL SAINETE LIRICO

Una nueva compañía primaveral y lírica, hasta cierto punto, actúa

en el teatro Nuevo, bajo la dirección de Ivo Pelay. El debut ha debido de tener lugar en estos días con dos sainetes líricos del viejo repertorio: "Gorrion y Palito" y "Amalia". Cuenta este conjunto con algunos elementos destacados como Ada Cornaro, Lea Conti, Dora Galez, Milagros de la Vega, etc.

EL CAMPEON DE LA REVISTA

Decididamente, se ha adjudicado el campeonato de la revista, el teatro Maipo. Al final de la temporada oficial cuenta con el mismo entusiasmo e igual público que al comenzar la temporada. Pasó el primer centenar la revista "Una hora de locura" y le sigue despacito, pero con paso seguro "La mejor revista", que no se sabe hasta dónde llegará.

HACIA EL FIN

La temporada de Camila Quiroga en el Ateneo va llegando a su oca-so. Las últimas representaciones se anunciaban para estos días, durante los cuales ha ocupado el cartel la interesante obra de José León Pagano, titulada "Cartas de amor". No se sabía la fecha cierta de clausura, pero forzosamente será antes del 19 de este mes, fecha en que iniciará una temporada de primavera la compañía de José Gómez.

COMEDIA ITALIANA

Se trasladó del Odeón al Politeama la compañía de Comedia Italiana que dirige el prestigioso Dario Niccodemi. Estrenó últimamente "L'uomo", versión italiana de la comedia del mismo título de Alfred Savoir.

REAPARECIO PALMADA

Palmada ha vuelto. Está en el Mayo con un buen elenco, repitiendo viejas zarzuelas españolas. No hay que decir que cuenta con mucho público, que le aplaude con gran entusiasmo. Viejo actor, viejo teatro, viejas obras, pero todo bueno y muy del gusto del público. La primavera hará renacer viejos laureles.

GRAN SPLENDID

El programa preparado para esta semana por el Gran Splendid, es interesante como siempre. La aristocrática sala de la calle Santa Fe, es el punto de reunión de los más distinguidos "dilettanti" del cine, que han hecho de la misma el sitio obligado adonde deben concurrir las familias para pasar las veladas, disfrutando de un espectáculo ameno y agradable.

CAPITOL

Las películas de más alta novedad y de las mejores marcas serán pasadas durante la semana en este cine, que cuenta siempre con el favor de un público numeroso y selecto.

CINE PARC

La popular sala de Palermo congrega noche a noche a las más distinguidas familias del barrio. Las cintas que allí se exhiben son de lo mejor y más novedoso que llega a la Capital y unido esto a las comodidades del amplio local, explica que el Cine Parc sea una de las salas favoritas del público de aquella zona y aún de muchas familias de otros barrios.



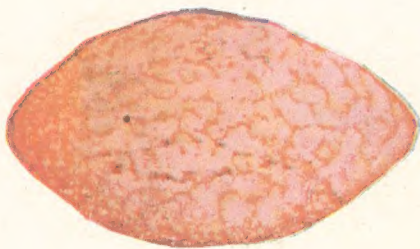
Últimas creaciones de la moda femenina



1. Creación Berthe Hermance.—Traje de velo de seda estampada blanco y negro, cuello de Georgette blanco, anudado por delante.—2. Creación Cyber. — Traje de crepón de China blanco estampado con dibujos rojos y avellana. La falda está orlada con una banda de crepón de China rojo. Corbata de falla roja y chaleco de Georgette blanco.—3. Creación Cyber. — Traje de crepón de China blanco, orlado con satén negro y adornado con bordados de seda en colores de varios tonos y metal oro.

¿ Conoce Vd. todas estas deliciosas galletitas ?

He aquí algunas de las selectas galletitas de la moderna elaboración BAGLEY, tan finas y de tan buena calidad como las mejores importadas



MAITRE D'HOTEL

Vainilla fina dulce

En envases de 1 y 1/2 kilo



SURTIDO FINO BAGLEY

Exquisita selección de 21 de las mejores galletitas BAGLEY. Para postre, té con leche y licores.

En envases de 4, 1 y 1/2 kilos



CRACKNEL

Rico bizcochito esponjoso

En envases de 1/3 y 1/2 kilo



ÓPERA

Deliciosas obleas con relleno de crema de varios gustos.

En envases de 4, 1/2 y 1/4 k. y en SURTIDO FINO.



SOLAR

Exquisita. A base de huevos, leche, manteca y azúcar de primera.

En envases de 1 y 1/2 kilo



CREMA

Galletitas sin azúcar, a base de manteca y leche, con poca levadura. Muy liviana. Para delicados del estómago.

En envases de 4, 1, 1/2 y 1/4 kilos



AMOR

Fino surtido de deliciosos bocados rellenos de crema.

En envases de 1/3 y 1/4 k.



PETIT BEURRE

Deliciosas galletitas poco endulzadas.

Envases de 1 y 1/2 kilo



ADELINA

Sabrosas galletitas mantecosas. Poco endulzadas

Envases de 1/3 y 1/2 kilo

El surtido BAGLEY comprende más de 52 variedades de Galletitas finas, todas elaboradas a máquina, de acuerdo con los últimos dictados de la higiene moderna, con ingredientes puros de la mejor clase, especialmente elegidos.

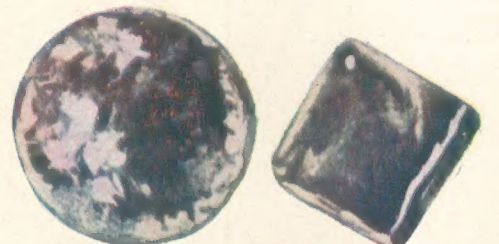
NOTA IMPORTANTE

Desde hace mucho tiempo, la Casa BAGLEY presenta sus galletitas en envases herméticamente cerrados con doble tapa, la primera de ellas bien remachada. Este cierre es el mejor sistema moderno que se conoce para conservar las galletitas en perfecto estado en climas como el de la Argentina. Prefiera, pues, Galletitas BAGLEY a las que se venden sueltas, expuestas al manoseo y a la humedad del clima.

Las Galletitas BAGLEY se venden en todos los almacenes y despensas.

Siendo de

Bagley
es bueno



MORENAS

Galletitas finas cubiertas con chocolate y envueltas en papel plateado.

Envases de 1/4, 1/3 y 1/2 kilo

